



BESOS PROHIBIDOS SOBRE EL HIELO

AVA AVERY

Besos prohibidos sobre el hielo

COLORADO COLLEGE 2

AVA AVERY



Índice

[Libro y Capítulo Gratis Para Ti](#)

[Prólogo - Ruby](#)

1. [Ruby](#)
2. [Chase](#)
3. [Ruby](#)
4. [Chase](#)
5. [Ruby](#)
6. [Chase](#)
7. [Ruby](#)
8. [Chase](#)
9. [Ruby](#)
10. [Chase](#)
11. [Ruby](#)
12. [Chase](#)
13. [Ruby](#)
14. [Chase](#)
15. [Chase](#)
16. [Ruby](#)
17. [Chase](#)
18. [Ruby](#)
19. [Chase](#)
20. [Ruby](#)
21. [Chase](#)
22. [Ruby](#)
23. [Chase](#)
24. [Ruby](#)
25. [Ruby](#)
26. [Chase](#)
27. [Ruby](#)
28. [Chase](#)
29. [Ruby](#)
30. [Chase](#)
31. [Ruby](#)
32. [Chase](#)
33. [Ruby](#)
34. [Ruby](#)
35. [Chase](#)
36. [Ruby](#)
37. [Chase](#)
38. [Ruby](#)
39. [Chase](#)
40. [Ruby](#)

[Epílogo - Chase](#)

[Mis novelas de un vistazo](#)

[Libro y Capítulo Gratis](#)

[Antes de partir](#)

Primera edición en español: febrero 2024
Copyright © Ava Avery
Cover/Portada del libro: Gráficos con licencia de depositphotos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin

Facebook: avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS PARA TI

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College, **además de un capítulo extra** exclusivo de este volumen, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este **código QR**:



Prologo ~ Ruby

Se suponía que iba a ser una relajada noche de chicas. Esperaba distraer a mi nueva amiga Carly Callahan de su angustia en nuestro pub favorito, *Pete's*. Pero esa esperanza se desvaneció cuando nos topamos con los jugadores del *Colorado College Hockey Varsity* en el bar y nos llamaron.

Jordan Bishop, el capitán del equipo, también formaba parte de este grupo de jugadores. Y, por desgracia, Jordan Bishop era la fuente de la desdicha de Carly.

Los chicos bromeaban y se jactaban de que nadie podía ganarles al billar, lo que reconocí con una sonrisa cansada.

Como todos sabemos, el orgullo siempre viene antes de la caída.

Chase Solomon, el extremadamente atractivo defensor de la Primera Fila, pareció ser capaz de leerme la mente y nos retó a una partida.

Chicas contra chicos.

Si ganábamos, los chicos pagarían nuestra cuenta en *Pete's* durante el resto del mes. Una oferta muy tentadora, tuve que admitir.

Si perdíamos, teníamos que darles a los chicos un beso de ganadores. No era lo ideal, pero había cosas peores.

Además, no perderíamos. Al fin y al cabo, éramos profesionales.

Y si lo hacíamos, aún jugaría a mi favor.

Por Carly.

Porque estaba absolutamente segura de que Jordan enloquecería si otro jugador mirara a Carly de la manera equivocada.

Besaría a Carly. No había duda.

Y eso estaba bien para mí.

Tal vez finalmente se daría cuenta de que realmente necesitaba hablar con Carly y decirle la verdad sobre lo que había sucedido entre ellos.

Así que entré en el juego.

Sin embargo, no me di cuenta de lo mala jugadora de billar que era Carly.

Y así, nuestras posibilidades de victoria y las bebidas gratis que venían con ella se fueron desvaneciendo hasta que los chicos ganaron y exigieron divertidamente su beso.

Estrictamente hablando, como hija del entrenador jefe y ayudante del director general del *Colorado College Ice Hockey Varsity*, no se me permitía jugar a este tipo de juegos. Después de todo, se suponía que los jugadores de los Cometas debían respetarme. Y no lo hacían cuando me liaba con ellos.

Sin embargo, para mi vergüenza, tenía que admitir que siempre había sentido debilidad por el

defensa de la primera línea, Chase Solomon, y un besito así no arruinaría mi reputación.

Siempre, claro, que Chase me exigiera el beso a mí y no a una de mis amigas.

Cosa probable, pero como todos sabemos, la esperanza es lo último que se pierde.

Y así fue. Apenas podía creer lo que veían mis ojos cuando Chase se acercó a mí y me atrajo hacia él posesivamente.

—Hola —sonrió descaradamente y me acarició la mejilla con el dedo índice.

Sonreí con frialdad y esperé que el temblor de mis labios no me delatara.

Aunque por fuera parecía relajada, por dentro estaba nerviosísima porque apenas tenía experiencia en ligar y besar. A diferencia de Chase Solomon, el mujeriego por excelencia.

De repente, Chase me soltó, maldiciendo, y se acercó dando pisotones a Jordan, que estaba a punto de salir de *Pete* 's con Carly para evitar el beso.

—¿Adónde vas? —preguntó Chase— interponiéndose en el camino de Jordan.

—Fuera, respondió, lo que Chase reconoció con un movimiento de cabeza.

—Lo siento, tío. Primero el beso. Luego la salida.

—Tío, ¿estás loco? —dijo Jordan con enfado.

—¿Por qué estás tan molesto? ¿Por qué no te tranquilizas? Mira, Marshall y Willow te están enseñando cómo se hace.

Chase señaló con la barbilla a Marshall y Willow, que estaban apoyados contra la pared, enredados el uno en el otro y obviamente divirtiéndose mucho.

Reed, otro jugador de los Cometas, se unió a la acalorada conversación de Chase y Jordan, avivando aún más el ambiente.

Observé cómo Jordan, Chase y Reed discutían entre ellos hasta que Carly levantó la mano para apaciguarlos y les explicó que le parecía bien que Jordan la besara.

Jordan la miró dubitativo, como si no la creyera. Pero entonces se inclinó hacia ella y le dio un fugaz beso en la mejilla.

—Ya está. ¿Satisfecha? —Jordan lanzó una mirada aburrida a Chase y probablemente pensó que ahí acababa todo.

Pero no conocía a Chase, que enarcó una ceja con desaprobación.

—¿Le enseñamos a este novato lo que es un beso como Dios manda?

Chase me atrajo suavemente contra su cuerpo bien tonificado, de modo que pude sentir el calor que irradiaba de él.

Solté una risita nerviosa que sonó sospechosamente como un hipo. Asentí con la cabeza, lo que hizo que a Chase se le iluminaran los ojos.

Me rodeó las caderas con los brazos, acercándose aún más a él, y posó suavemente sus labios sobre los míos.

Cuando nuestras bocas se encontraron, sentí como si un rayo hubiera caído sobre mi cuerpo. Noté un hormigueo. Todo hormigueaba. Todo me daba vueltas.

Chase me mordisqueó el labio inferior, lo chupó entre los dientes y lo lamió. Sus manos viajaron de mis caderas a mi espalda y a mi cuello, que fijó e inclinó hacia atrás para darme un beso profundo e intenso.

Sentí su lengua introducirse en mi boca y gemí suavemente.

Nunca había sentido nada tan caliente, tan estimulante y tan aterrador al mismo tiempo.

Los besos de Chase eran como cerillas que se encendían en mi cuerpo, prendiéndole fuego para que ardiera intensamente.

Me rendí a su beso, se lo devolví con avidez, exigí más con impaciencia, dejé que las manos de Chase vagaran inquietas por mi cuerpo, amasándome el trasero y acariciándome los pechos,

cuyos pezones se erizaron excitados en respuesta.

Vaya.

¿Qué estaba pasando?

Fuera lo que fuese, que no acabara nunca.

Pero en algún momento, a mi pesar, Chase me soltó sin aliento y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás... ? ¿Estás bien? —preguntó con voz ronca, escrutándome atentamente.

—Mhm —murmuré, porque no me sentía capaz de nada más en ese momento. Me temblaban las rodillas y me costaba mantenerme en pie. El beso me había sacado literalmente de mis casillas.

Chase parecía querer decir algo más, pero entonces sus ojos se posaron en un punto detrás de nosotros y se detuvo.

—Mira. —Señaló a Carly y Jordan, que se besaban sin freno y parecían haber olvidado por completo dónde estaban.

—Jordan afirma que Carly está en su pasado. ¿Te parece eso el pasado?

Sacudí la cabeza estoicamente, aunque sabía que la pregunta de Chase era retórica.

Atónita, me quedé mirando el ardiente espectáculo que Jordan y Carly estaban montando para nosotros en medio de *Pete 's*, incapaz de apartar la vista de los dos amantes.

De alguna manera, mi plan de acercar de nuevo a Carly y Jordan había dado en el blanco. Estaban tan cerca que era imposible saber dónde terminaba un cuerpo y empezaba el otro.

En su salvaje frenesí amoroso, Jordan estaba tirando del top de Carly y tratando de quitárselo.

—El pasado, una mierda —dijo Chase, dándole una palmada en la espalda a Jordan para frenarlo en su delirio degenerado.

Le dijo algo a Jordan, pero no pude entender lo que susurraban.

Y de repente todo sucedió muy deprisa.

Carly se puso blanca como una sábana cuando se dio cuenta de lo que acababa de pasar. Con piernas temblorosas, se tambaleó hacia las sillas, cogió su chaqueta y se apresuró hacia la salida, murmurando un saludo superficial.

Jordan se revolvió el pelo, maldiciendo, e hizo ademán de correr tras ella, pero yo lo contuve.

—Mejor no. Será mejor que me dejes hacerlo a mí.

Estaba a punto de contradecirme, pero Chase me animó y lo detuvo.

Me alejé de los dos, crucé el pub y empujé la puerta que daba al exterior.

El gélido frío de enero me golpeó en la acera. La nieve crujía bajo mis pies y caían más copos del cielo.

Miré frenéticamente a mi alrededor en la oscuridad y divisé a Carly a la luz de una farola a unos 50 metros delante de mí.

—¡Carly! Espera —la llamé. Y efectivamente, se detuvo y se dio la vuelta para mirarme.

Un torbellino de emociones se agolpaba en sus ojos: Miedo, excitación, desesperación, esperanza, confusión, dolor y amor.

La miré y la escruté.

—¿Adónde vas? Sonaba tranquila y, sin embargo, no me fiaba de la supuesta calma de su voz.

—¿Quieres que te acompañe? ¿Quieres hablar de lo que acaba de pasar?

Carly hizo un sonido negativo.

—Es muy amable por tu parte, pero prefiero estar sola. Necesito... pensar. A solas.

Exhalé ruidosamente.

—De acuerdo. Lo comprendo. Pero, ¿me mandarás al menos un mensaje cuando llegues a casa?

Carly asintió.

—Lo haré. Lo prometo.

Dibujé un círculo en la nieve con la punta del zapato y suspiré.

—Carly... yo... bueno... lo siento. No tenía ni idea. Empecé, pero Carly me interrumpió.

—No pasa nada. Sólo tenías buenas intenciones. Además, no soy la única que se ha pasado. ¿Qué pasa entre tú y Chase?

Bueno... a mí también me gustaría saberlo. Me mordí el labio inferior y sentí que el rubor se apoderaba de mi rostro.

—¿Entre Chase y yo? ¿Qué pasa? Nada. Sólo os estábamos dando un poco de ventaja. — Carly me guiñó un ojo y empezó a moverse. Di lo que quieras, Ruby. Pero el beso te delató.

La seguí con la mirada, asombrada, y la vi desaparecer en la noche.

¿El beso nos había traicionado?

¿Traicionar qué?

No había nada que traicionar.

Quiero decir... sí, vale... aunque nunca lo admitiría: Me gustaba Chase Solomon desde la primera vez que lo vi. Mucho. Pero para él, yo no era nadie. No se rodeaba de chicas simples como yo. A diferencia de las animadoras sexys de los Cometas, yo no encajaba para nada en su molde.

Sin embargo, él me había elegido y besado entre todas las mujeres esta noche. A mí y no a ninguna de las otras chicas.

Eso era extraño.

Pensé en volver al bar, pero mi mala conciencia me lo impidió.

Las nubes de mi cerebro se estaban despejando y las endorfinas provocadas por el beso disminuían lentamente, me sentía avergonzada de mí misma por haberme dejado llevar así en público.

Hablaría con Chase sobre aquel beso. Pero no era el momento ni el lugar adecuado.

La conversación tendría que esperar. Porque antes de volver a enfrentarme a él, tenía que entender por mí misma lo que acababa de pasar entre nosotros, por qué me sentí tan indescriptiblemente bien.

La semana siguiente, mientras entraba en el estadio del Hockey Varsity con el corazón palpitante y me dirigía a los vestuarios para hablar con Chase sobre nuestro beso, un par de jugadores de los Cometas se acercaron a mí. Cuando me vieron, silbaron provocativamente y me dedicaron una sonrisa de suficiencia.

—¿Tenéis algún problema o qué estáis mirando? les espeté.

Ya podía adivinar que se habían enterado del beso de Chase y mío y se regodeaban de ello.

Los chicos eran los más cotillas cuando se trataba de eso.

Los dejé allí parados y seguí imperturbable hacia los vestuarios, donde vi a Chase que se acercaba por el pasillo con una bolsa de deporte.

Estaba a punto de llamarle cuando una de las animadoras de los Cometas dobló la esquina y se me adelantó.

—Hola, cariño —dijo poniendo sus dedos perfectamente cuidados sobre los musculosos hombros de Chase, que se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Tienes tiempo para un polvo rápido antes del entrenamiento?

Chase colocó sus manos sobre las de ella y las soltó de sus hombros.

Se inclinó hacia ella y le dijo algo, pero no pude entender qué porque hablaba en un tono sospechosamente bajo.

La animadora empezó a hablarle y Chase empujó el picaporte de la puerta a su derecha, arrastrando a la guapa morena a la oscura habitación con él.

La... sala de equipamiento.

Podía imaginarme vívidamente lo que hacían los dos juntos allí dentro, aunque luché vehementemente contra la idea mental.

Cerré los ojos y exhalé profundamente para bloquear el dolor de la punzada que me atravesó el corazón al presenciar lo ocurrido.

Fue en vano.

Dolía.

Fue jodidamente doloroso.

Saber que Chase lo estaba haciendo con una hermosa animadora a pocos metros de mí, en ese momento, mientras yo era tan estúpida como para pensar que el beso entre nosotros había significado algo, me destrozó.

De rabia, de vergüenza, de dolor, de remordimiento.

Me aparté de la pared y me metí en mi pequeño despacho, con los hombros caídos, me refugié detrás del ordenador e intenté calmar mi tambaleante y dolorido corazón.

Justo cuando estaba tranquilizándome la puerta de mi despacho se abrió de golpe.

La voz airada de mi padre, el entrenador de los Cometas, resonó en la habitación.

Entró sin llamar y se plantó delante de mí con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Papá?

Me levanté y lo miré interrogante. Podía adivinar de dónde venía su enfado.

—¿Por qué susurran los chicos que lo haces con Chase Solomon, Ruby? Me estremecí de horror.

¿Hacerlo... hacerlo con Chase? ¿Se suponía que lo había hecho con él?

Pero... eso no era cierto en absoluto.

Sentí que me ponía enferma y mi presión sanguínea cayó en picado.

—Eso... eso no es cierto, papá, balbuceé. —Yo... eso no es verdad. No me acosté con Chase.

Mi padre entrecerró los ojos con suspicacia. —¿Entonces por qué te lo dices a ti misma? ¿Qué haces con Chase Solomon?

Tragué saliva.

Mentirle a mi padre no era una buena idea. Si era necesario, interrogaría a cada jugador por separado y les sacaría la verdad si no se la contaba.

—Nos besamos. En casa de *Pete's*. El viernes por la noche. Eso fue todo. Honestamente.

—¿Tú qué? —me gritó mi padre—. ¿Por qué demonios estás besando a un jugador? Creía que estábamos de acuerdo en eso, Ruby.

Agaché la cabeza, culpable, y me llevé los dedos a las sienes palpitantes.

—Lo siento, papá. No lo pensé, perdí el control por un momento. No volverá a ocurrir. Estoy segura de que no.

—Ruby —siseó mi padre con rabia—. Basta una sola vez para destruir tu reputación y tus ambiciones profesionales. No olvides quién eres. Estás en el punto de mira. Eres mi hija y la hermana de los hermanos Sloane. Si sale a la luz que eres una tonta fácil que se acuesta con los jugadores del equipo para el que trabajas, no sólo te arruinas a ti misma, sino que nos haces daño

a nosotros, tu familia. Pensaba que eso lo habíamos hablado hace mucho tiempo, antes de que empezaras a trabajar para los Cometas paralelamente a tus estudios.

—¡Pero papá! Sólo fue un beso. Sólo fue eso —me disculpé agitada—. No me acosté con Chase. ¡Eso no es verdad!

—No lo entiendes, Ruby —me regañó mi padre levantando las manos en señal de rendición—. A nadie le importa la verdad. La gente cree lo que le dicen. Son sensacionalistas. Disfrutan revolcándose en la suciedad de los demás. Bienvenida al mundo del hockey sobre hielo. Realmente pensé que eras más inteligente que eso. Si quieres sobrevivir en este tanque de tiburones, no puedes hacerte vulnerable. Tienes que ponerte una armadura dura y mantener las distancias. Y sobre todo: nunca te involucres con un jugador. No mientras trabajes para un equipo. De lo contrario, quedarás marcada para siempre. Y tu familia también. ¿He sido claro?

—Sí, papá —murmuré entrecortadamente, porque las lágrimas que me escocían los ojos hacían que me fallara la voz.

—Bien, entonces me aseguraré de que esta charla cese inmediatamente. Y mantente alejada de los jugadores fuera de este estadio a partir de este momento. Especialmente de Chase Solomon. ¿Te ha quedado claro?

Asentí, avergonzada.

—Sí, eso es. Lo siento, papá. No volverá a ocurrir.

CAPÍTULO 1

Ruby

18 MESES DESPUÉS

CARGADA CON LA MALETA, la mochila y el bolso de mano, salí de la parada del autobús hacia mi nuevo hogar.

Al principio de cada curso universitario, la administración estudiantil nos asignaba nuevas residencias. Los cuartos de estudio se dividían según el primer, segundo, tercer y cuarto año: Freshman, Sophomore, Junior y Senior.

Como sólo me faltaba un año para graduarme, vivía en el bloque de los estudiantes de último curso.

Sacudí la cabeza.

Me costaba creer que a partir de ese momento sería una estudiante de último curso.

El final de mis días universitarios... estaba al alcance de mi mano.

Por un lado, estaba deseando sumergirme por fin en el mundo profesional después de este año y seguir adelante con mi sueño de convertirme algún día en la directora general de un equipo de hockey profesional. Por otro lado, echaría de menos mi etapa en el *Colorado College*. Porque me encantaba estar allí.

La pequeña ciudad estudiantil estaba situada a los pies de las Montañas Rocosas, rodeada de un panorama montañoso único, enmarcada por espectaculares cascadas, densos bosques y caudalosos arroyos, era uno de los lugares más hermosos que había visto en mi vida.

En invierno, una capa de nieve cubría las copas de los árboles, los picos de las montañas y los tejados de las casas con sus chimeneas humeantes. En verano, el sol brillaba desde el cielo y bañaba las laderas de las montañas de un verde exuberante y el agua de los arroyos de un azul profundo y cristalino.

Los pequeños y acogedores bares y cafeterías que se alineaban junto al campus invitaban a tomar café, relajarse y estudiar.

Aquel día no era una excepción.

Numerosos estudiantes descansaban en los viejos sillones de cuero junto a las cristaleras que van del suelo al techo, charlando sobre sus vacaciones mientras tomaban un té caliente, un cacao dulce o un café fortificante.

Yo también quería reunirme más tarde con algunos amigos en mi cafetería favorita, pero de momento había llegado la hora de buscar mi casa y acomodarme.

A pesar de mi buena condición física, sudaba profusamente en mi paseo con las temperaturas casi tropicales que reinaban aquel día de agosto.

Avancé con dificultad por la carretera principal y giré a la izquierda al cabo de 400 metros.

Por fin se veía la zona de casas para mayores, lo que me hizo soltar un suspiro de alivio.

Por supuesto, podría haber pedido un taxi desde la parada del autobús hasta la casa, pero después de haber pasado las últimas horas sentada en el autobús leyendo, me apetecía moverme. Fui arrastrando mis cosas por las calles de Flake Falls como una burra, no sólo movía las piernas, sino que también hacía ejercicio con todo el cuerpo.

Comparé el número de la pintoresca casa de madera que tenía a la izquierda con el del papelito que me había dado la administración estudiantil y caminé decidida hacia la puerta principal.

Little Creek Drive, número quince.

Esa era también la dirección que figuraba en mi trozo de papel.

Emocionada por ver con quién compartiría la casa este año universitario, abrí la puerta y grité:

—Hola, ¿hay alguien en casa? —en medio del silencio. Escuché atentamente, pero nada se movió.

Tal vez era la primera en llegar.

Tanto mejor. Porque eso significaba que podía elegir mi habitación.

Introduje mi equipaje por la puerta, lo tiré descuidadamente en un rincón y comencé mi recorrido.

Abajo estaba la cocina, el salón y un pequeño comedor. Me di la vuelta, volví a las escaleras y me dirigí al primer piso, donde encontré tres habitaciones, todas con el mismo mobiliario: Cama, escritorio, armario, silla, taburete y cómoda.

Espartano, pero funcional y suficiente.

Opté por la habitación que tenía una enorme ventana, donde se veía un nudoso álamo negro que se elevaba hacia el cielo, el entrelazamiento de las ramas y el denso mar de hojas me hechizaron de inmediato.

Sin más preámbulos, abrí la ventana de un empujón y aspiré el aromático olor de las hojas, que crujían apenas perceptiblemente con la suave brisa.

Sí, en esta habitación me sentiría como en casa.

En verano y a principios de otoño, podría dejar la ventana abierta incluso por la noche y dormirme con el relajante baile de las hojas y el original aroma de la naturaleza.

Casi como un dormitorio en medio de un claro del bosque.

Inmediatamente al otro lado del álamo negro había otra cabaña de estudiantes. Me preguntaba quién se instalaría allí. También había una habitación con una ventana que ofrecía una vista directa del poderoso árbol.

Miré hacia abajo.

El jardín que había pegado a mi habitación comunicaba las dos casas, así que supuse que era un jardín comunitario.

Razón de más para esperar que mis compañeros de piso y mis vecinos fueran agradables. Después de todo, las barbacoas no eran divertidas en mala compañía. Tenía toda la intención de saborear las últimas semanas de verano antes de que los días se acortaran y empezaran a caer las primeras nevadas.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —oí una tímida llamada desde la planta baja.

Salí de la habitación y seguí el sonido de la voz femenina.

—Hola —grité, sonriendo al detenerme frente a una rubia menuda que me miraba tímidamente—. Soy Ruby.

La rubia de ojos azules como el hielo se pasó el pelo por detrás de las orejas avergonzada y me devolvió la sonrisa con timidez.

—Encantada de conocerte, Ruby. Yo soy Bella.

—Eres patinadora artística, adiviné al azar, porque todo en el aspecto de Bella apuntaba a eso.

Bella era menuda, bonita, casi frágil. Todos sus movimientos parecían elegantes y deliberados.

Y dado que el *Colorado College* era una de las mejores universidades de deportes de invierno de Estados Unidos, este pensamiento no era demasiado descabellado.

—Sí, así es. ¿Y eres jugadora de hockey sobre hielo? —replicó Bella con una sonrisa cómplice.

—¿Dónde...?, empecé, pero luego seguí la mirada de Bella, que se detuvo en mi bolsa de viaje, de la que sobresalía mi equipo de hockey.

—Muy observadora —alabé.

—Tú también. ¿Qué me ha delatado?

Me tocaba a mí sonreír.

—Supongo que la pregunta era, que no te delata princesa de hielo.

Antes de que Bella pudiera responder, la puerta de nuestra casa se abrió una vez más, revelando a una atlética pelirroja. Bajo el brazo llevaba una gran bolsa negra con el logotipo del equipo local de esquí alpino.

—Hola —sonrió y se unió a nosotros—. Soy Ivy.

—Hola Ivy —Bella y yo saludamos curiosas al tercer miembro del grupo.

Eso nos completó.

Patinaje artístico, esquí alpino y hockey sobre hielo bajo un mismo techo. Sonaba muy emocionante.

Y así, mi expectación por el último año de universidad siguió creciendo mientras me unía a Bella e Ivy en nuestro salón para saber más sobre mis nuevas compañeras de piso.

CAPÍTULO 2

Chase

—**HOLA**, Chase, colega, ¿qué tal? —me saludó en voz alta mi compañero de equipo Braydon Homes mientras empujaba la puerta de nuestros nuevos aposentos y metía mi equipaje dentro—. Eh, Ryder, Chase está aquí. Trae tu culo aquí.

Tiré mis cosas a un rincón y le di una palmada en el hombro a Braydon con una sonrisa.

—¿Listo para tu último año de universidad?

—Claro que sí refunfuñó y se dejó caer en el sofá del salón contiguo. Estoy impaciente por jugar en un equipo profesional de hockey en las Grandes Ligas y ganar mucho dinero.

Se oyó un golpe en las escaleras y Ryder Steel, uno de nuestros delanteros, se acercó despreocupadamente hacia nosotros.

—¿Todo bien, Chase?

Ryder extendió el puño en señal de saludo.

—Claro respondí y le devolví el saludo con el puño.

—¿Qué tal la nueva cabaña, Ryder? ¿Aceptable?—preguntó Braydon, colocando ruidosamente los pies sobre la mesita.

Fruncí el ceño y miré alrededor de nuestra casa.

Las normas del colegio decían que cada curso académico te asignaban una nueva habitación en un barrio determinado del campus.

Como este año éramos de los mayores, vivíamos en el barrio de la parte sur del campus, reservado a los estudiantes de más edad.

Para ser sincero, me gustaba bastante el barrio donde vivíamos desde el primer año y el recuerdo de alguna que otra fiesta legendaria todavía me hace sonreír.

Así que no me gustó nada tener que mudarme a otro sitio por culpa de esas normas de mierda de la universidad. Pero al menos a los jugadores de hockey no nos asignaron compañeros de habitación por sorteo como al resto de la universidad.

Gracias a la persuasión de nuestro entrenador, que citó la cohesión del equipo y el espíritu de comunidad de los Cometas, la administración de la universidad había cedido y, bajo el pretexto del secreto, permitió que los jugadores del equipo universitario vivieran juntos.

Menos mal.

Por lo menos podía relajarme con mis compañeros y tomarme una cerveza con ellos por la noche mientras hablábamos de nuestro día en el hielo.

—Está bien y creo que hay algunas tías buenas viviendo al lado.

Espoleado por esta afirmación, Braydon salió disparado y corrió hacia la ventana.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes? —Ryder respondió divertido.

—Acabo de ver entrar en casa a una rubia monísima y luego a una pelirroja buenorra.

—Si ese es el caso, definitivamente deberíamos presentarnos a ellas. Después de todo, somos vecinos y un vecindario armonioso es sagrado para mí.

Dejé escapar un sonido traidor, mezcla de gruñido divertido y risa reprimida, que me valió un gruñido de desaprobación por parte de Braydon.

—¿Qué te pasa? No me mires así. La buena vecindad se acabará enseguida si te tiras a nuestras vecinas y luego las dejas. Así que será mejor que te vayas con tus novias a otra parte. ¿Qué tal una partida de billar en casa de *Pete's*, por ejemplo? sugerí.

Braydon miró su reloj de pulsera.

—Después, sí. Pero aún es pronto para billar y cerveza. ¿Qué te parece una agradable y acogedora barbacoa en el jardín? ¿Quizá el olor de las deliciosas salchichas tienta a las princesas de al lado a salir de su castillo?

—¿Cómo sabes si les gustan las salchichas? A lo mejor son veganas. Está de moda—intervino Ryder y se unió a Braydon en la ventana.

Braydon enarcó una ceja y señaló su mejor pieza.

—No sé a ti, pero a todas las chicas les apetece mi salchicha, eso seguro. Puse los ojos en blanco con fastidio, pero tuve que reírme al mismo tiempo.

Qué idiota. Y un bocazas incorregible.

Aun así, Braydon era un buen tipo y un jugador de hockey con mucho talento y un futuro prometedor en el deporte profesional.

—Oye, Chase, ¿has sabido algo de Jordan últimamente? —preguntó Ryder, arrastrando los pies hacia mí.

Asentí con la cabeza.

—A él y a Carly les va bien. Arizona le está dando guerra, pero eso es exactamente lo que él quería. Estoy deseando ver pronto sus partidos por televisión.

Jordan Bishop era mi mejor compañero. Se había graduado en el *Colorado College* seis meses antes y desde entonces jugaba al hockey profesional con los *Arizona Armadillos*.

El amor de su vida, Carly, era aspirante a médico y viajaba diariamente entre Los Ángeles, donde estaba terminando sus estudios en SoCal, y Arizona, donde vivía Jordan.

Esperaba fervientemente que se pusiera en contacto conmigo un equipo profesional para poder convertir mi afición en una carrera dentro de un año, después de terminar la universidad.

Jordan era el mejor ejemplo de cómo los sueños podían hacerse realidad.

Y el *Colorado College* era conocido en todo el país como un semillero de talentos. Los ojeadores venían en masa a ver nuestros partidos.

Así que las posibilidades de hacer realidad mi sueño no eran malas. Y yo estaba más que dispuesto a darlo todo. Lucharía y lo daría todo. Tanto tiempo y tan duro como fuera necesario para atraer la atención de un equipo de las Grandes Ligas.

Por eso, no podía permitirme ninguna distracción. Tenía que mantenerme absolutamente centrado y concentrado en este último año. Lo único que importaba era el contrato que allanaba el camino de mi carrera profesional en el hockey.

Sin embargo, eso no significaba que renunciara a toda la diversión. Después de todo, ¿qué sentido tiene una vida sin diversión?

No había duda de que quería pasármelo bien en mi último año de universidad. Y mientras la diversión y el trabajo no se interpusieran en el camino del otro, era fácil combinar ambas cosas.

Y ya que hablaba de diversión, los entrenamientos y las clases no volverían a empezar hasta mañana, lo que significaba que Braydon, Ryder, yo y los demás podíamos disfrutar al máximo hoy.

Habíamos quedado en nuestro pub favorito, *Pete 's*, para pasar la tarde. Pero solo era la hora de comer, como confirmaba mi malhumorado estómago.

¿Qué tenía de malo un almuerzo relajado bajo el sol de finales de verano en el jardín? Y si podíamos echar un vistazo a nuestras supuestamente atractivas vecinas: ¿Por qué no?

—Ya que lo pienso, me apetece una barbacoa me oí decir, ganándome una sonrisa cómplice de mis compañeros.

CAPÍTULO 3

Ruby

—**PARECE** que nuestros vecinos también han llegado— dijo Ivy señalando con la cabeza la ventana del salón.

Levanté la vista, dejé el té y me acerqué a la ventana para ver si conocía a nuestros vecinos.

Era posible que fueran amigos. Aunque no compartimos casa ese año en la universidad, puede que compartiéramos jardín.

Mis esperanzas se desvanecieron cuando identifiqué a nuestros vecinos como Chase Solomon, Braydon Homes y Ryder Steel.

Genial.

—¿Los conoces? preguntó Ivy, que no se había dado cuenta de la cara de poco entusiasmo que puse.

—Sí. Son jugadores de los Cometas, el equipo universitario de hockey sobre hielo del *Colorado College*.

—Y... ¿son simpáticos?— Bella habló tímidamente desde el fondo, pero no hizo ningún movimiento para unirse a nosotras en la ventana.

—Bueno respondí, estirándome—. Agradables no es exactamente la palabra que usaría para los tres. Son...

—Sexy de cojones me interrumpió Ivy y me guiñó un ojo con picardía.

—Sí admití—. Lo son. Y además lo saben. Lo que a su vez los convierte en unos machotes bastante arrogantes, llenos de testosterona y seguros de sí mismos.

Ivy miró a los chicos, que estaban tan ocupados con la barbacoa del jardín que aún no se habían percatado de nuestra presencia. Y la verdad es que deseé que siguiera siendo así.

En realidad.

Porque en realidad no...

—¿Cómo lo sabes, Ruby? Quiero decir, ¿cómo los conoces tan bien a los tres? —preguntó Ivy con interés.

—Trabajo para el director general de los Cometas a la vez que estudio. Por eso suelo ver a los chicos casi todos los días.

Ignoré generosamente el hecho de que mi padre era un ex jugador profesional de hockey sobre hielo y entrenador de los Cometas. No nos conocíamos desde hacía tanto tiempo como para dar esa información. También ignoré hábilmente el hecho de que mis hermanos eran famosos jugadores de hockey sobre hielo.

Disfrutaba siendo Ruby con Ivy y Bella. Ruby, la nueva compañera de piso. Ruby, la estudiante del *Colorado College*. Y Ruby, la que juega en el equipo femenino de hockey sobre hielo Cometas.

Mientras seguía mirando a los tres chicos, ensimismada en mis pensamientos, Braydon nos descubrió, muy a mi pesar, y nos saludó exuberante.

—Oye, Ruby, no me digas que somos vecinos— berreó, agitando sus pinzas de barbacoa en el aire.

Obligada a hacerlo, le devolví el saludo y abrí la puerta del jardín.

Al oír las palabras de Braydon, la cabeza de Chase se movió en mi dirección. Sus ojos se clavaron en mí con un extraño parpadeo, haciendo que el frío y el calor me recorrieran la espina dorsal.

Era evidente que había pasado las vacaciones al sol. Su pelo castaño claro, más largo, parecía aún más claro de lo habitual y su tez casi bronceada. Como siempre, sus ojos verde oscuro me recordaban a los frondosos abetos verdes de las Montañas Rocosas en una idílica mañana de verano.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? gritó Ryder y se acercó a nosotras pisando fuerte—. Al jefe en persona. No sé si reír o llorar. Por favor, no nos delates a tu padre si nos pasamos de la raya de vez en cuando, ¿vale?

Demasiado para permanecer de incógnito.

—También te invitaremos a nuestras fiestas— intentó provocarme Braydon.

—Lo hacéis de todas formas contraataqué.

—Porque de todas formas sabemos que nunca vendrás refunfuñó Chase de mal humor y le quitó las pinzas a Braydon para darle la vuelta a la carne en la parrilla.

Me puse las manos en las caderas, disgustada.

—¿Sólo me invitas porque sabes que no voy a venir de todas formas? ¿Qué se supone que significa eso?

Ryder levantó las manos apaciguadoramente.

—Tonterías. Lo has entendido mal. Chase dice tonterías a veces. Olvídate de él.

—Sí, claro— coincidió Chase con él malhumorado—. Olvídate de mí. Ignórame. Sueles ser bastante buena en eso.

—¿De acuerdo? dijo Ivy, estirándose— ¿Qué me he perdido exactamente?

—Nada, respondimos Chase y yo al unísono.

Bueno, al menos en eso estábamos de acuerdo.

Qué milagro.

—¿Os apetece comer con nosotros? —nos llamó Braydon. Tenemos suficientes salchichas, filetes y ensalada para todo un equipo de hockey sobre hielo.

Ivy me miró y frunció el ceño interrogante.

—¿Te parece bien? Tengo la sensación de que tú y Chase no os lleváis muy bien.

—No pasa nada dije—. No merece la pena mencionarlo. Además, tengo mucha hambre y, que yo sepa, nuestra nevera sigue completamente vacía.

Me volví hacia Bella, que permanecía tímidamente en segundo plano, y señalé la parrilla.

—¿Te gustaría unirme a nosotros?

Ryder me miró con curiosidad. Obviamente, aún no se había fijado en Bella. Cuando su mirada se fijó en ella, un destello de aprecio pasó por sus ojos.

Le gustaba lo que veía. Claramente.

—Yo... no tengo hambre afirmó Bella desde el interior, retrocediendo hacia las escaleras.

—También tenemos ensalada, si no comes carne— se apresuró a decir Ryder, dejando entrever lo mucho que le gustaría disfrutar de la compañía de Bella.

Quién podía culparle.

Pero Bella negó con la cabeza y huyó escaleras arriba hacia su habitación sin decir una palabra más.

—¿Qué ha sido todo eso? preguntó Ryder desconcertado, pasándose los dedos torpemente por el pelo.

Estaba acostumbrado a que las mujeres saltaran sobre su regazo, radiantes de alegría. Era extremadamente raro, por no decir inaudito, que huyeran de él.

—Parece que has olvidado tu encanto en casa, — me burlé de él y lo empujé hacia fuera—. Está claro que Bella es inmune a ti.

Ivy y yo nos acercamos a Braydon y Chase, que estaban atendiendo la parrilla y cargando la bandeja con el contenido de la barbacoa.

Incluso había cubiertos, platos, vasos, ensalada y pan listos en la rústica mesa de madera junto a la barbacoa.

—Toma asiento ofreció Braydon—. La comida viene enseguida.

Accedí encantada a su petición y recordé mis buenos modales, que a veces perdía en presencia de Chase.

—Gracias por la invitación.

—Siempre por ti, jefe— se burló Braydon y tomó asiento junto a Ivy, lo que significaba que Chase tenía que sentarse a mi lado para bien o para mal.

¡De todas formas ,me pareció genial!

CAPÍTULO 4

QUÉ MALA SUERTE que Ruby Sloane se mudara a la casa de al lado

¡Maldita sea!

Fruncí el ceño, me dejé caer en la silla e hice todo lo posible para que no se notara mi enfado.

La relación entre Ruby y yo podía describirse como complicada en el mejor de los casos. No se trataba sólo de que fuera la hija del entrenador de los Cometas y de que, además de sus estudios, fuera la mano derecha del director general y tuviera al equipo bailando a su son. No, incluso sin todas estas adiciones indeseables, Ruby Sloane era una mujer a la que era mejor no tocar.

Era terca como un burro. Insanamente ambiciosa. Y odiosamente obstinada.

Desgraciadamente, también besaba muy bien y estaba prohibitivamente buena. Y por cierto, también era la jugadora de hockey sobre hielo con más talento que conocía.

¿Cómo supe lo de los besos?

Bueno... puede ser que Ruby y yo nos besáramos sin freno en *Pete 's* hace un año y medio porque ella y sus amigas perdieron contra mi equipo en el billar. Entonces las chicas tuvieron que pagar sus apuestas a los chicos con un beso.

En realidad fue completamente inofensivo.

Pero no fue sólo un beso inofensivo entre Ruby y yo. Al contrario, nos besamos y lo hicimos con bastante violencia.

¡Maldición! Sólo recordarlo me enfadaba. No porque no me gustara, sino precisamente porque me gustó mucho, joder.

Todo esto fue culpa de Jordan.

Sólo lo hice por él. Para que él y Carly pudieran acercarse de nuevo.

Nunca hubiera imaginado que un beso inofensivo con la hija del entrenador me impresionaría tanto.

Desafortunadamente, esta impresión duradera, no fue mutua.

Porque desde aquel beso, Ruby me estuvo dando la espalda. Como si aquel beso hubiera sido la experiencia más desagradable y repulsiva de su vida.

Me evitaba. Y cuando no podía evitar verme porque trabajaba para mi equipo de hockey sobre hielo, me ignoraba hábilmente. Miraba a través de mí. Nunca me prestó la más mínima atención.

Y eso era molesto.

Ninguna mujer se había quejado de mis cualidades como amante. Al contrario. Todas querían más.

Excepto Ruby.

¿Qué se creía que estaba haciendo?

Cuando la intercepté unas semanas después de nuestro beso y le pregunté cuál era su problema, simplemente me contestó que cómo demonios podía pensar que yo era tan importante para ella como para provocar un cambio en su comportamiento.

Desde aquel comentario, imité a Ruby en su comportamiento despectivo. Reduje el contacto al mínimo y me alejé de ella.

Después de todo, había más que suficientes mujeres guapas en el campus. No necesitaba obsesionarme innecesariamente con la testaruda hija del entrenador, que de todos modos habría estado fuera de mis límites.

Sentí que la ira volvía a aflorar en mí.

Oh, oh.

Por suerte, Ryder apareció en nuestra mesa justo en ese momento, así que no me sentí obligado a entablar conversación con Ruby porque Braydon se había asegurado la atención de Ivy.

Dejemos que Ryder hable con Ruby. Por mi parte, desde luego que no. El hecho de que fuéramos vecinos no cambiaba nada entre nosotros.

Empecé a comer en silencio e intenté no impresionarme por la proximidad de Ruby.

—Bueno, jefe, ¿has pasado un buen verano? me alivió Ryder entablando una conversación inofensiva con Ruby.

—Gracias, sí. Estuvimos en Hawai unas semanas. Nos relajamos y holgazaneamos.

—¿Nosotros?

¡Un momento! ¿Esa pregunta acaba de salir de mi boca?

¿Qué demonios?

—Mi familia y yo respondió Ruby encogiéndose de hombros.

Ya veo. Por un momento pensé que se refería a su novio, pero eso era absurdo. ¿Quién querría salir con una mujer como Ruby Sloane?

Con tanta emancipación en una sola persona, un hombre podría cortarse el rabo con la misma facilidad.

—Hawai suena genial, me salvó Ryder por segunda vez—. ¿Y tienes idea de adónde irás después de este año en la universidad? ¿Has recibido alguna oferta de trabajo?

Ruby negó con la cabeza. No es que la estuviera mirando, al menos no directamente. Pero el radio de visión de los ojos de una persona era desconcertantemente grande.

—Espero conseguir un trabajo en un equipo de las grandes ligas en administración.

—Seguro que tu papi puede ayudarte con eso murmuré, ensartando vigorosamente un trozo de mi filete.

—Mi padre no necesita ayudarme con eso. Puedo hacerlo perfectamente sin su ayuda— se burló Ruby—. Que sea mujer no significa que no pueda llegar a lo más alto en la gestión de las grandes ligas por mí misma.

Levanté la vista de mi plato y miré a Ruby detenidamente.

—Nadie dice eso. Pero tu padre es una puta leyenda del hockey sobre hielo y tus hermanos son profesionales. ¿Por qué no dejas que te ayuden y utilizas sus contactos para poder conseguir un trabajo? ¿Demasiado orgullosa o qué?

Ruby cerró los puños sobre la mesa.

Se había hecho el silencio a nuestro alrededor.

Braydon e Ivy también escuchaban atentamente nuestra acalorada conversación.

No sé por qué estaba tan enfadado de repente. Pero siempre me pasaba con Ruby. Sólo tenía

que tropezarme con ella y me ponía de mal humor.

—Que yo sea una privilegiada no significa que me aproveche de esos privilegios— dijo Ruby con enfado.

—Porque eres demasiado testaruda y orgullosa para eso. Pero a pesar de tu ingenuidad, te das cuenta de que todos en la liga profesional saben quién eres en cuanto leen tu apellido en la solicitud, ¿no? Vas a tener un trato preferencial de cualquier manera, cariño. Cuanto antes te des cuenta, antes podrás relajarte y tranquilizarte.

Ruby entrecerró los ojos, molesta.

—Estoy relajada.

Solté una carcajada incrédulo.

—¿Tú y relajarte? Nena, estás tan estresada y tensa que ningún hombre del mundo sería capaz de llevarte al orgasmo.

Ruby empujó ruidosamente la silla hacia atrás y se levantó con un movimiento fluido. Enfadada y también... dolida... me miró.

—No des nada por sentado, Solomon.

—¿Qué quieres decir?— respondí amenazadoramente y me puse de pie también.

—Que tu polla no pueda excitarme no significa que las demás tampoco puedan. —Con estas palabras, Ruby giró sobre sus talones y marchó enfadada en dirección a su casa.

—De todas formas no conseguirías mi polla. No le gustas— grité tras ella, ganándome las risas maliciosas de mis compañeros, que se lo estaban pasando en grande riéndose de mí.

Muchas gracias, Ruby Sloane.

CAPÍTULO 5



ME DEJÉ CAER en la cama y me quité la ropa sudada de correr.

Después de que Chase Solomon, el talentoso y extremadamente hostil defensa de los Cometas, me dejara claro una vez más a la hora de comer que no me soportaba, me había arrastrado hasta el estadio y había trabajado en mi despacho, que más bien parecía un trastero, hasta primera hora de la tarde. Había cancelado la cita con mis amigas. No estaba de humor para charlas.

Después de trabajar en el estadio, volví a casa, me cambié de ropa y salí a correr.

Estaba sentada en la cama, agotada, y la rabia del almuerzo se disipaba como una raya oscura en el horizonte.

¿Por qué me enfadaba por alguien como Chase Solomon?

Lo que dijera de mí o pensara de mí no me interesaba.

Que dijera tonterías si eso le hacía feliz.

¡Y qué si lo hacía!

Chase Solomon podía ser un maravilloso jugador de hockey, pero como persona era cualquier cosa menos maravilloso. Si le llamaba mujeriego sin corazón, egoísta y egocéntrico, seguía siendo agradable.

Besarle fue uno de los mayores errores de mi vida.

Besarle delante de todo el equipo aún más.

Dios, todavía tenía la cara roja al recordar nuestra metedura de pata en casa de *Pete* 's hacía año y medio.

¿Qué no daría por poder volver atrás en el tiempo y deshacerlo?

Pero, por desgracia, aún no había encontrado una máquina del tiempo que lo hiciera posible.

Así que todavía tenía que vivir con la vergüenza de que yo, la hija del entrenador jefe, me hubiera besado con el famoso mujeriego Chase Solomon en público y en estado de embriaguez.

Lo único que quería era ayudar a Carly a acercarse al amor de su vida, Jordan Bishop.

Bueno... Una buena acción rara vez queda sin castigo.

Tiré la ropa sudada a un rincón y me envolví el cuerpo con la toalla que había sacado de la maleta. Luego me dirigí a la ducha para lavarme el sudor de la larga carrera y los pensamientos de Chase del cuerpo y del alma.

Cuando regresé a mi habitación quince minutos más tarde, vestida con ropa interior y secándome el pelo con la toalla, me había convencido de que debería estar deseando que llegara el año universitario en lugar de enfadarme innecesariamente por Chase.

Dejé la toalla sobre la cama y me acerqué a la ventana para dejar que el sol del atardecer entrara en mi habitación.

De un tirón, levanté el marco de la ventana y sonreí, estirando el torso en sujetador hacia el exterior.

Cerré los ojos e inhalé profunda y lentamente el aroma especiado y terroso del álamo negro, cuyas ramas casi tocaban el alféizar de mi ventana.

Cerrar los ojos agudizó el resto de mis sentidos y oí el pío de los pájaros, el susurro del viento y una ligera y fresca corriente de aire sobre mi piel, en la que se formó una agradable piel de gallina.

Sentí que la presión y la tensión desaparecían poco a poco y me invadió una sensación de felicidad tranquilizadora.

Estaba aquí. En Flake Falls. En la Universidad de Colorado. Estaba exactamente donde quería estar. El lugar al que pertenecía.

Entonces, ¿por qué estaba dejando que un matón cualquiera sin modales arruinara mi buen humor y mi último año de universidad?

No tenía ningún sentido.

Iba a disfrutar de mi último año en Flake Falls. A partir de este momento, ya no miraría atrás, sino sólo hacia delante.

No podía cambiar lo que ocurrió en el pasado. Y cuánta energía y atención malgastaba en este empeño inútil, necesitaba precisamente estos atributos para el presente y para lo que aún me quedaba por delante: el futuro.

Eso se había acabado de una vez por todas.

Abrí los ojos, motivada y de buen humor, sólo para ser inmediatamente transportada de vuelta al pasado con una patada en el culo.

Apoyado en el marco de la ventana de enfrente estaba Chase Solomon.

Me miró con una ceja levantada provocativamente.

Su ventana también estaba abierta. Estaba cuando me acerqué a mi propia ventana. Pero entonces no tenía ni idea de que la habitación de enfrente, al parecer, había sido asignada a Chase.

Es más, con la mágica visión de luz dorada del atardecer, había olvidado momentáneamente que él y sus compañeros de equipo vivían en la casa de al lado.

—¿Qué haces, Chase? ¿Por qué estás ahí con esa cara de tonto? le dije.

—Estoy descansando —respondió encogiéndose de hombros—. Y para ser honesto, estás arruinando mi vista en este momento. ¿Serías tan amable de dejarme en paz?

Su comentario descarado me hizo resoplar indignada.

—¿Dejarte en paz? Esta es mi ventana. Puedo estar aquí cuando quiera y todo el tiempo que quiera.

—Haz lo que quieras, Ruby. Pero al menos podrías ponerte algo mientras lo haces.

—Como si nunca hubieras visto a una mujer desnuda le respondí, cruzando los brazos delante del pecho, molesta.

Chase dejó que su mirada se deslizara por mi cuerpo de forma especialmente lenta, haciendo que mi piel sintiera un cosquilleo ardiente.

¿Este tipo tenía poderes mágicos que le permitían disparar su odio hacia mí directamente sobre mi cuerpo con una mirada láser, o qué me estaba pasando?

—No estás desnuda, cariño. Las partes cruciales que suelen interesarme en una mujer están completamente cubiertas. Pero, por supuesto, como virgen, no lo sabrías. ¿Cómo podrías saberlo?

—¡No lo sé! Eres un imbécil, Chase Solomon.

Cerré apresuradamente la ventana y corrí las cortinas.

El hecho de que Chase viviera en la casa de al lado ya era bastante malo, pero que pudiera ver directamente mi habitación desde la suya estaba fuera de lugar.

Jugué con la idea de pedirle a Ivy o a Bella que cambiaran de habitación conmigo, pero no le daría a Chase esa satisfacción.

Rendirme era imposible. Y tampoco lo era una vida en la oscuridad, detrás de cortinas cerradas.

Me enfrentaría a Chase Solomon y lo pondría en su lugar.

Mañana a primera hora.

CAPÍTULO 6

LA PRIMERA SEMANA de vuelta al *Colorado College* fue emocionante y agotadora a la vez.

Orientarse en los nuevos cursos y gestionar la formación al mismo tiempo era un gran reto cada año.

Con el tiempo te acostumbras, pero las primeras semanas siempre resultaban desproporcionadamente estresantes.

Por eso disfruté tanto de la noche libre en *Pete's*, el pub favorito de los Cometas.

Mis compañeros y yo quedamos allí después del entrenamiento para tomar una cerveza, hablar de tonterías y jugar al billar.

Fomentaba la cohesión del equipo, era muy divertido y nos relajaba.

Sólo la ausencia de mi mejor amigo Jordan Bishop, que había jugado para los *Armadillos* en las Grandes Ligas desde que se graduó en la universidad, empañó mi exuberante estado de ánimo.

Decidí volver a llamarle pronto. Y hasta entonces, seguiría viendo sus partidos por televisión y alegrándome de que, después de todas las terribles pruebas y golpes del destino que había sufrido, mi colega fuera una de las estrellas del hockey sobre hielo más célebres de Estados Unidos.

—Eh, Chase, despierta la voz de Dylan me sacó de mis pensamientos—. Es tu turno.

—Lo siento murmuré y me acerqué a la mesa de billar para hacer mi jugada.

—Hundido rió una voz demasiado familiar, rodeando mis caderas con sus brazos desde atrás—. Pero de todas formas eres el mejor hundiéndote con precisión. Tanto en el hielo como en la cama.

Los chicos rugieron y tuve que admitir que el cumplido de Layla me halagaba.

Pero eso no cambiaba el hecho de que lo nuestro había terminado. Y para siempre.

—Ven conmigo.

Le di el taco a Ryder y tiré de Layla conmigo hacia un rincón más tranquilo del bar.

—¿Qué haces aquí? le pregunté en voz baja.

—Lo mismo que tú. Terminando mi noche de viernes y ofreciéndote la oportunidad de pasar la noche conmigo.

Layla puso una sonrisa significativa para enfatizar su perversa invitación.

Básicamente, Layla era una gran mujer. Atractiva, divertida, de mente abierta, sexualmente experimentada, con ganas de experimentar y bastante sencilla. Pero por desgracia era una de esas mujeres que se aferraban.

No entendía la diferencia entre una aventura casual y una relación seria. Yo no tenía ningún

interés en esto último. Pero estaba más interesado en lo primero.

Cuando Layla empezó a atarme y a reclamar mi propiedad, le di esquinazo.

Un hecho que a ella le costó aceptar.

Intentó hacerme cambiar de opinión con ropa sexy, llamadas calientes y fotos aún más calientes. Pero ni hablar.

Había tomado mi decisión y me gustaría que Layla la aceptara de una vez.

—Gracias por tu oferta, pero me atengo a ella, Layla: esto se ha acabado entre nosotros. Nada ha cambiado durante las vacaciones de verano le susurré al oído porque no quería avergonzarla delante de todo el equipo rechazándola a la vista de todos.

Puede que no fuera un caballero, pero tampoco era un imbécil temerario.

No tenía ningún interés en destruir la reputación de mis compañeras tachándolas de tontas abandonadas.

—Tienes a otra— dijo Layla desafiante.

Suspiré.

—Layla, tú y yo sabemos que no soy ningún santo. Me gusta mucho el sexo. Y con parejas cambiantes. Así que no te sorprenderá que haya más de una, ¿vale?

Eso fue duro. Pero necesario.

Nunca le había prometido a Layla una relación. Al contrario. Siempre había sido abierto y sincero sobre mis intenciones: sexo sí. Relación no.

Realmente no podía evitar que Layla se hiciera ilusiones y pensara que podría cambiar mi actitud.

Layla me rodeó la nuca con las manos y tiró de mi cabeza hacia ella.

—Sólo una noche más, Chase. Prometo ser una chica traviesa. Igual que tú, amor. Sus labios rozaron los míos y por mi mente pasaron recuerdos de nuestras aventuras juntos.

Su propuesta sonaba extremadamente tentadora, pero si cedía, nunca me libraría de ella y, en cambio, le daría falsas esperanzas.

Junté sus manos entre las mías y las solté de mi cuello.

—Lo siento, Layla. La respuesta es no.

La sonrisa coqueta de Layla se derrumbó y sus labios se torcieron en una línea fina y dura.

—Bien, entonces. Como quieras, Chase. Pero te diré una cosa: te lo estás perdiendo. Y si mañana vienes arrastrándote de rodillas suplicándome que te la chupe, seré yo quien te rechace. Puedes contar con ello.

—De acuerdo— asentí, contentísimo de que Layla se acabara de dar cuenta de que aquello era cosa del pasado.

Ofendida, Layla me dejó allí plantado y volvió con sus amigas, que inmediatamente se reunieron a su alrededor, sin duda queriendo saber qué le había dicho.

—Chase, colega, ¿ya has terminado de ligar? Las chicas están esperando y queremos empezar gritó Braydon desde la mesa de billar.

¿Las chicas?

¿Qué chicas?

Mis ojos se desviaron hacia Braydon y los chicos y fue entonces cuando vi el siguiente desastre de la noche.

Zoe, Willow, Scarlett, Ivy y... Ruby.

Ruby. Ruby de entre todas las personas.

Desde nuestro incidente en la ventana, había evitado mirar por la ventana.

Por un lado, porque no tenía ningún deseo de ser golpeado por Ruby de nuevo.

Por otro lado, porque no quería volver a verla medio desnuda.

No porque no me pareciera atractiva, sino precisamente porque no podía quitarme de la cabeza la imagen sexy de ella en ropa interior.

Y porque ella seguía rondando mi mente días después. Y fue precisamente cuando por la noche estaba tumbado sin dormir en mi cama y me frotaba la polla para conciliar el sueño. Hasta que me corrí duro y caliente en mi mano, jadeando roncamente su nombre.

¡Eso fue una mierda!

CAPÍTULO 7



PETE'S ERA mi pub favorito.

No era sólo que no estuviera lejos del estadio de hockey sobre hielo. La pintoresca música country, los muebles desgastados, los suelos chirriantes y los acogedores taburetes tapizados de la barra también contribuían al ambiente hogareño de este auténtico pub de Colorado.

El único inconveniente era que el equipo masculino de hockey sobre hielo del *Colorado College* también había hecho de *Pete's* su pub favorito.

Así que no sólo me encontraba con estos molestos exaltados en el trabajo, sino también en mi tiempo libre, para mi disgusto.

El viernes por la noche no fue una excepción.

Entré en el abarrotado pub con algunas de mis compañeras y me dirigí a la barra para pedir una ronda de bebidas.

No muy lejos de mí, en una de las mesas de billar, estaban los chicos de los Cometas, concentrados en meter bolas.

Sólo Chase Solomon, que había sido nombrado capitán del Varsity después de que Jordan Bishop se graduara en la universidad, estaba apoyado contra la pared, hablando con una morena muy atractiva.

Los dos parecían conocidos. Estaban cerca el uno del otro, susurrando mientras ella le rodeaba el cuello con las manos y buscaba sus labios con los suyos.

Típico.

Chase Solomon había vuelto a buscar a una chica dispuesta a hacer de las suyas esta noche.

Se parecía mucho a él y no me sorprendió en absoluto porque siempre encontraba a Chase en estas situaciones.

Todo lo que tenía que hacer era chasquear los dedos y había una chica de ensueño en cada uno de ellos.

Pero, ¿por qué me importaba? Chase podía tirarse a quien quisiera y tan a menudo como quisiera. ¿A mí qué me importaba?

Sin embargo, me molestaba por razones que no podía entender.

¿Por qué?

Porque yo era una de las estúpidas que había dejado que Chase Solomon se enrollara.

Porque había cedido a las llamas ardientes de sus ojos y a la tentadora sonrisa que asomaba por las comisuras de sus labios y me había lanzado sobre él.

Para evitar que me recordara uno de los mayores errores de mi vida, solía dar esquinazo a Chase Solomon.

Normalmente lo conseguía. Excepto en *Pete's*...

—Hola chicas, ¿qué pasa? ¿Qué hay de nuevo? ¿Os apetece una partida de billar? oí que Pierce, uno de los jugadores más jóvenes de los Cometas, nos llamaba.

Estaba a punto de decir que no cuando Willow se me adelantó.

—Parece que alguien quiere que le aplastemos otra vez soltó una risita.

—Willow, déjalo. Se suponía que íbamos a pasar una velada relajante, ¿recuerdas? le dije siseando y, de repente, tuve una terrible sensación de déjà vu.

Por aquel entonces, la noche del beso fatal con Chase, había obligado a mi amiga Carly a jugar al billar con los chicos. Y un año y medio después, ese escenario exacto parecía repetirse.

Sabía que mis amigas jugaban contra los chicos de vez en cuando, pero como rara vez las acompañaba a *Pete* 's, siempre me había librado.

Al parecer, mi período de gracia había llegado a su fin.

Porque Willow me empujó delante de ella hacia la mesa de billar de los chicos.

—Incluso con el jefe hoy— bromeó Marshall, ganándose una mirada de advertencia de mi parte que lo silenció al instante.

—Entonces, ¿a qué jugamos? ¿Las copas de la noche? sugirió Zoey.

—Eso es aburrido. ¿Qué tal un beso? contraatacó Reed, uno de los jugadores de Second Row.

—Déjate de tonterías, Reed espetó Chase, que se había unido a nosotros desde la parte de atrás, a su compañero—. Si quieres liarte, búscate una habitación, ¿entendido?

—Tú eres el que tiene que decir eso— refunfuñó Reed ofendido—. Tú eres el que...

—Cállate tronó Chase, silenciando a Reed—. Entonces, ¿las bebidas de la noche? ¿Están todos de acuerdo?

Mis amigos asintieron. Las chicas también.

Uf. Aquello acababa de salir bien.

Aunque me vería obligada a estar en presencia de Chase durante un rato, al menos no tendría que besar a nadie, especialmente a Chase.

—¿Chicas contra chicos, como siempre? preguntó Scarlett, alcanzando el taco.

—No Braydon no estuvo de acuerdo—. Hoy lo haremos diferente: parejas de dos. Un miembro femenino y otro masculino de los Cometas juegan en equipo. Yo juego con Ivy.

¿Parejas de dos? ¿Qué clase de ocurrencia era esa?

Me giré hacia las chicas que, muy a mi pesar, sonrieron de acuerdo.

En un santiamén se habían formado grupos de dos, de modo que, bien mirado, sólo quedaba yo.

Sí.

Supongo que eso significaba que no tenía que jugar. No podría haberme ido mejor.

—Chase, idiota. Fuiste al baño exactamente en el momento equivocado gruñó Dylan unos metros delante de mí—. Tienes que jugar con el jefe.

¿Perdona?

Creía que todo el mundo había encontrado pareja. Todos menos yo, al menos.

Me di la vuelta lentamente y, para mi horror, descubrí a Chase paseando hacia nosotros desde los aseos, con cara de aburrimiento.

Ni siquiera me había dado cuenta de que se había alejado del grupo.

—De todas formas, no va a jugar —replicó Chase, resoplando y apoyándose en una de las mesas de billar libres—. Porque ella podría disfrutarlo, y el jefe no sabe nada de eso.

Alcé una ceja con desaprobación.

—¿Qué es exactamente lo que no sé?

—Bueno, de reír. De divertirse. De soltarse. Mira cómo estás ahí: rígida como una tabla, tensa y crispada como un arco. Duele sólo de mirarte.

Antes de que pudiera pensarlo mejor, dije:

—¿Ah, sí? Sólo tú piensas eso.

Volviéndome hacia los chicos, les dije:

—Que se mueva el taco. Chase y yo iremos primero.

CAPÍTULO 8

ESPERABA ESTAR FUERA cuando volviera del lavabo, donde me había pasado un buen rato lavándome las manos para ganar tiempo.

No estaba de humor para estas tonterías de los dos equipos.

Al menos no en presencia de Ruby, donde me sentía a merced de su mirada láser, que era un coñazo y me desconcentraba constantemente.

Así era cada vez que nos observaba en los entrenamientos de hockey sobre hielo. Así que el billar no iba a ser diferente.

Para mi disgusto, me di cuenta de que ninguno de los chicos se había tomado la molestia de formar equipo con Ruby, lo que significaba que yo tenía que jugar con ella.

Me di cuenta de lo poco que le gustaba por su cara de enfado, que no tenía nada que envidiar a la mía.

La antipatía era claramente mutua.

Pero no siempre había sido así. Esta hostilidad comenzó después de nuestro beso, que todavía lo siento en mis labios. Normalmente, las mujeres me miraban con amor y cariño después de que intimara con ellas.

No era el caso de Ruby.

¿Le había mordido accidentalmente la lengua mientras la besaba?

¿O había ido demasiado lejos?

¿Tal vez no debería haber agarrado su trasero con mis manos?

Jesús, aunque hubiera sido así, podría habérmelo dicho en lugar de declararme enemigo público número uno.

Este comportamiento me enfadó mucho.

Vi cómo Pierce le daba el taco a Ruby y ésta se acercaba a la mesa de billar con la cabeza bien alta.

—¿Conoces siquiera las reglas de esta versión modificada del juego? —le pregunté con el ceño fruncido, esforzándome por mirarla a la cara y no a su trasero estirado en unos vaqueros ajustados.

Ruby respondió a mi pregunta con una de sus mortíferas miradas asesinas y luego centró su atención en la ejecución de su tacada.

Vi cómo deslizaba el taco de un lado a otro entre sus dedos y se acariciaba el labio inferior con la lengua, concentrada.

Mi imaginación cobró vida propia y, antes de que pudiera hacer nada, mi polla cambió de lugar con el taco en sus manos.

¿Pero qué demonios?

En mi mente, vi a Ruby trabajando mi polla con sus manos, lamiéndose los labios con anticipación porque no podía esperar a comérsela como una piruleta dulce.

Mierda, Chase. Me estoy volviendo loco.

¿Cuándo fue la última vez que folle?

Pensé en ello.

Había pasado un tiempo, aunque... no tanto. Al menos no lo suficiente como para sufrir síntomas de abstinencia de este tipo absurdo.

Ruby embolsó hábilmente la bola objetivo y entregó triunfalmente el taco al siguiente equipo.

—Ha sido divertido —me siseó provocativamente mientras se unía a mí, enfatizando la palabra divertido—. A ver si puedes seguir el ritmo.

—Puedes divertirte aunque no ganes respondí encogiéndome de hombros, a lo que Ruby resopló incrédula.

—¿A quién quieres engañar? Los dos sabemos que quieres ganar en todo lo que haces, Chase.

Touché. Pero había alguien más a quien conocía. Y ese alguien estaba a mi lado.

—Como si tú fueras diferente en ese aspecto —le susurré al oído con una voz cargada de sarcasmo y me sorprendió que no se inmutara molesta ante este inesperado acercamiento por mi parte y me pusiera en mi sitio.

—Deja de charlar y mete unas bolas —me ordenó, con cara de jefa, señaló la mesa de billar con la barbilla—. Tu turno.

Empecé a moverme cuando el grito de Ruby me hizo detenerme.

—¿Chase?

Me volví hacia ella interrogante.

—No la cagues por una vez.

—¿Qué quieres decir con por una vez? ¿Dónde crees que la he cagado alguna vez? —Las comisuras de los labios de Ruby se crisparon apenas perceptiblemente—. Lo sabes de sobra.

Oh sí, ¿lo sabía?

—Vamos, hombre, ve a por ello. No tenemos toda la noche —refunfuñó Ryder, haciendo que rompiera el contacto visual con Ruby.

¿De qué demonios estaba hablando?

Me puse en posición y fui plenamente consciente de la presencia de Ruby, lo que no ayudó mucho a mi concentración.

Pero prefería caerme muerto en el acto que estropear la jugada y darle la satisfacción de llamarme perdedor.

Apunté y metí la bola en el agujero al que apuntaba.

¿Quién lo ha dicho?

Levanté el puño y aplaudí.

Cuando volví hacia Ruby, reconocí algo parecido a una pequeña sonrisa implícita en su rostro. Bueno, algo parecido. Para precisarlo, tendría que ponerle una regla en los labios y medir si el ángulo de pocos grados entraba realmente en la categoría de sonrisa.

Ruby, no parecía haberse percatado de mi escrutinio.

—Me ha parecido verte reír. Al menos tus labios se torcieron de forma poco natural.

—Pura imaginación. Deberías hacerte revisar la cabeza, Chase. Tal vez se te subió demasiado a la cabeza durante tu último partido y sufres trastornos visuales. Entonces probablemente sea bye, bye carrera profesional.

Puse las manos en las caderas y me volví hacia Ruby.

—Dime, ¿cuál es tu problema? ¿Qué te hemos hecho los chicos y yo para que te muestres tan despectiva con nosotros? Antes no eras así. ¿Por qué te has vuelto tan fría y distante?

Ruby imitó mi pose de lucha y se plantó frente a mí, nada impresionada por mi discurso.

—Se llama madurar, Chase Solomon. Deberías intentarlo alguna vez. Y si no te importa, me gustaría concentrarme en el partido en lugar de charlar contigo de cosas que no entiendes.

¿Cosas que no entendía? ¿Aún era posible?

Actuaba como si yo fuera un niño inmaduro y ella la adulta sabia.

No, gracias. No tenía por qué aguantar eso un viernes por la noche.

Levanté las manos en señal de rendición y retrocedí hacia la salida.

—¿Sabes qué, Sloane? Realmente no tengo que escuchar esto. Búscate un nuevo compañero al que despreciar desde tu pedestal. Yo me largo. Adiós.

CAPÍTULO 9

Ruby

ESA MAÑANA, mientras recogía mis cosas y salía del aula, mi profesor me llamó.

—Ruby, tengo que pedirte un favor.

Dejé la mochila sobre la mesa y miré al profesor con curiosidad.

—¿De qué se trata, profesor Miller?

—Sobre el proyecto que asigné al curso. ¿Tiene ya un compañero de proyecto?

Um tartamudeé

— ¿No dijo que podía trabajar sola?

El profesor Miller asintió.

—Sí, eso dije. ¿Es eso lo que tenía en mente?

Me tocaba a mí asentir.

El profesor se rascó la barbilla pensativo y parecía estar pensando.

¿Pero en qué?

—¿Podría hacer una excepción conmigo y conseguir un compañero de proyecto?

—Yo... entonces... ¿por qué? ¿No confía en mí para hacer el proyecto sola? Puedo hacerlo, profesor Miller —tartamudeé, algo perpleja.

Yo era un as de las finanzas y no necesitaba ayuda. Un compañero de proyecto sólo me retrasaba y realmente no tenía tiempo para eso además de estudiar, trabajar para el director general de los Cometas y ser miembro del equipo femenino de hockey sobre hielo.

—Es al revés, señorita Sloane. Hay mucho en juego para la persona que quiero poner a su cuidado. El Sr. Solomon necesita una buena nota en este curso para terminar el semestre con la media requerida. De lo contrario, no se le permitirá jugar en el Varsity y eso tendría consecuencias fatales para su carrera.

Hice una pausa. ¿Sr. Solomon? Sólo conocía a un Sr. Solomon.

—¿Estamos hablando de Chase? ¿Chase Solomon? ¿El capitán de los Cometas? ¿El equipo universitario de hockey de Colorado?

—Absolutamente, sí. Y como no sólo eres mi mejor alumna, sino que también te relacionas habitualmente con el señor Solomon por tu trabajo en los Cometas, esperaba que te ocuparas de él.

Me llevé las manos al estómago y pensé febrilmente en cómo podía rechazar al profesor con educación y naturalidad.

¿Chase y yo como compañeros de proyecto?

Ni hablar.

—Para serle sincera, prefiero trabajar sola, profesora Miller. ¿Tan malas son las notas de Chase?

—El Sr. Solomon no es estúpido. Sólo tiene sus prioridades equivocadas. Entiendo que el hockey es su vida, pero aún no es un profesional. Y las reglas de la universidad establecen que un estudiante debe tener un promedio mínimo de 70 para jugar en nuestros equipos universitarios. Después del último examen y los deberes de ayer, el Sr. Solomon está desgraciadamente por debajo de eso. Aún puedo dejarlo pasar, pero tendré que informar de ello como muy tarde en los exámenes parciales. Por eso esperaba que pudieras tomarlo bajo tu protección y echarle una mano. Volverlo a encarrilar, por así decirlo.

—Ya veo —murmuré en voz baja—. Si completa el proyecto con todas las notas, que estoy seguro de que lo hará, le dará un poco de respiro y tiempo, continuó el profesor—. ¿Fue idea suya? ¿Le pidió Chase Solomon este favor?

Mi pregunta provocó una sonrisa del profesor Miller.

—Desde luego que no. El señor Solomon es muy orgulloso. Nunca lo habría permitido. Digamos que si tiene la bondad de ayudarlo, le obligaré a hacerlo.

Estupendo.

Por mucho que quisiera rechazar el favor del profesor, no era un compañero inútil. Nunca defraudaba a nadie. Y menos cuando el sueño de su vida dependía de mi ayuda, como parecía ser el caso de Chase.

—Bien, como quieras. Pero no le caigo muy bien a Chase Solomon. Y él tampoco me cae bien a mí. Así que prepárate para la resistencia cuando le des la noticia advertí al profesor Miller.

—Tenga la seguridad: su sueño es más grande que su antipatía por usted, señorita Sloane. Gracias por apiadarse de él. No habría esperado otra cosa de usted. Siempre puedo confiar en ti, Ruby.

Dejé este elogio sin comentar y me dirigí a mi sesión de entrenamiento vespertina en la pista de hielo.

Los equipos masculino y femenino de los Cometas compartían una pista de hielo, que consistía en dos pistas separadas para que ambos equipos pudieran entrenar al mismo tiempo en caso necesario.

Las dos pistas estaban separadas por paredes para que el juego o el entrenamiento de un equipo no se viera perturbado por el ruido del otro.

Aunque sólo jugaba al hockey sobre hielo por diversión, seguía siendo miembro del primer equipo de los Cometas.

Había crecido en una familia apasionada por el hockey sobre hielo. No conocía otra cosa. Siempre habíamos pensado en una sola cosa: el hockey sobre hielo.

Mi padre había sido profesional durante años y mis tres hermanos seguían sus pasos. Naturalmente, sólo había un deporte que elegir para la única hija de la familia Sloane: Hockey sobre hielo.

Pero por desgracia pronto me di cuenta de que como mujer no podías ganarte la vida en este deporte. A diferencia de los hombres.

Mientras ellos cobraban alegremente millones, las profesionales de la liga femenina apenas llegaban a fin de mes. Aunque esto había cambiado un poco desde el debate sobre género e igualdad, yo había decidido mucho antes que quería dejar ser jugadora a los miembros masculinos de la familia y mover los hilos en segundo plano.

Ya en el instituto, me había encargado del dinero de los premios y los sueldos de la familia. Lo había gestionado e invertido por ellos. Al principio sólo eran pequeñas sumas. Dinero para jugar, como lo llamaba mi padre. Pero pronto quedó claro que tenía un don para las finanzas.

Y no sólo eso: también empecé a gestionar los contratos de patrocinio de mis hermanos y a

asesorarlos en sus negociaciones salariales.

Así que pronto tuve claro que quería trabajar en la gestión del hockey sobre hielo en lugar de ganarme el dinero en el hielo.

Sin embargo, me encantaba volver al hielo y meter discos en la red por docenas. La perspectiva de un agotador entrenamiento de alta intensidad me levantaba automáticamente el ánimo cada vez.

Lo mismo me ocurría hoy cuando entraba en la pista de hielo y me dirigía a los vestuarios para ponerme la equipación y jugar a tope. Al menos por el momento, podría olvidar mis preocupaciones e inquietudes.

CAPÍTULO 10

CAMINABA de un lado a otro de mi habitación con sentimientos encontrados mientras echaba un vistazo al portátil que tenía sobre la mesa. La bandeja de entrada estaba abierta y dentro había un correo electrónico de mi profesor de finanzas.

Sabía que no había prestado demasiada atención a esta asignatura y que, por lo tanto, me había ido mal en los primeros exámenes y trabajos.

Pero siempre conseguía salir de la zona roja de alguna manera.

Esta vez, sin embargo, las cosas eran diferentes, si creía al profesor.

Me tiré de los pelos.

¡Maldita sea! No podía ser verdad.

¿Sinceramente?

No me interesaba esta mierda de estudio. Me fastidiaba pasarme la vida en el aula, cuando podría aprovecharla mucho mejor en el hielo o en el gimnasio para avanzar en mi carrera.

Si no tuviera que licenciarme para jugar en el equipo universitario, habría abandonado la universidad hace mucho tiempo.

¿Para qué necesitaba una licenciatura en empresariales si iba a ganarme la vida jugando al hockey? En el hielo, se trataba de ser el más rápido. Se trataba de luchar. De hacerte valer. Hundir el disco en la portería contraria y proteger la propia de los ataques.

A nadie le interesaba el enrevesado revoltijo de números que te lanzaban en la sala de conferencias.

Sin embargo, tenía que abrirme camino en esta jungla para seguir jugando al hockey sobre hielo. Es más, sabía que era capaz de superar el último curso. Dejarlo todo en los últimos metros y abandonar la universidad sin un título estaba fuera de toda discusión. No había llegado tan lejos para rendirme en el último momento.

De hecho, había planeado salir del embrollo y subir mis notas por mi cuenta. Pero el profesor Miller, obviamente, veía las cosas de otra manera. Contó con la ayuda de una compañera, a la que alabó hasta el cielo.

En lo que a mí respecta.

En sí, no había nada malo en una tutora atractiva.

Pero cuando leí qué alumna tenía en mente el profesor Miller, di un respingo de horror para poner la mayor distancia posible entre la pantalla y yo.

Ruby Sloane.

¡De todas las personas!

Me bastaba con encontrarla en la pista de patinaje y con que viviera en la casa de al lado.

El hecho de que tuviera que trabajar con ella en mi odiada asignatura fue la gota que colmó el

vaso.

Por desgracia, no me quedó más remedio que aceptar la oferta.

El profesor no dejó ninguna duda en su correo electrónico de que tendría que denunciar mi mala nota media si no había salido de la zona roja para los exámenes parciales. Y si eso ocurría, me suspendían de los entrenamientos y me prohibían participar en los partidos de los Cometas. Perdía mi puesto de capitán del equipo y también la oportunidad de una carrera profesional.

Esta última posibilidad me dejó helado.

No, excluido. No podía permitirlo.

Tendría que mordirme la lengua y aceptar la oferta del profesor de trabajar con Ruby.

Escribió en su correo electrónico que ya había hablado con ella y que había aceptado su idea. Pero me costaba imaginarlo.

Ruby me odiaba. ¿Por qué iba a ayudarme? O dicho de otro modo: ¿por qué iba a ofrecerse voluntaria para ayudarme?

¿Acaso el profesor la había presionado? ¿O le había prometido algo a cambio de su ayuda?

No me gustó la idea y decidí hablar con Ruby.

No quería que me ayudara en contra de su voluntad.

Así que cogí mi bolsa de entrenamiento y me dirigí al estadio.

Mi entrenamiento empezaría en una hora. Si me iba en ese momento, podría pasar antes por el despacho de Ruby para hablar con ella y preguntarle por la sugerencia del profesor.

Cuando llegué a la pista de los Cometas, dejé la bolsa en el vestuario y me dirigí a las oficinas con las manos en los bolsillos del pantalón.

Me detuve ante la puerta que decía Ruby Sloane - Asistente del Director General.

Llamé y esperé a que me invitaran a entrar, pero no pasó nada.

Volví a llamar.

Nada.

Empujé con cuidado el picaporte.

Estaba cerrada.

Era evidente que Ruby no estaba.

Y una mierda.

Estaba a punto de retirarme cuando oí la voz del director general detrás de mí.

—Solomon, ¿quieres ver a Ruby?

Asentí con la cabeza.

—Sí, señor. Necesito aclarar algo con ella.

—Está en el entrenamiento —refunfuñó—. En el pabellón B.

—Ya veo —murmuré—. Gracias.

Sabía que Ruby jugaba en el equipo femenino de los Cometas, pero como mi propio entrenamiento solía mantenerme bastante ocupado, rara vez tenía la oportunidad de ver jugar a las chicas.

Pero hoy me pareció una buena idea hacerlo. Observaría a Ruby desde las gradas y la esperaría después del entrenamiento.

Al menos así mis compañeros no se darían cuenta de que estaba hablando con el jefe y no harían preguntas estúpidas.

Volví a bajar las escaleras hasta la planta baja y crucé el pasillo y el pequeño túnel que me condujo al pabellón B, donde tomé asiento en la tribuna y observé con interés la acción que se

desarrollaba frente a mí.

Las damas no daban cuartel, eso era seguro.

Luchaban duro al límite, se tocaban y se derribaban cuando eso les ayudaba a ganar la posesión del disco.

Me sorprendí a mí mismo sonriendo ampliamente. Sí... pero... tenía que admitir que me divertía de verdad.

No tardé en ver a Ruby en el campo. Vestida con su uniforme, corrió por el hielo y maniobró con su stick y su disco hacia la portería contraria a la velocidad del rayo.

Esquivó a sus oponentes con tanta habilidad que no tuvieron ninguna posibilidad de quitarle el disco negro.

¡Muy bien!

Ruby marcó con velocidad e inteligencia.

Y... una potencia impresionante, como pude comprobar con asombro cuando se balanceó y metió el disco con decisión en la portería.

La red se inclinó hacia atrás y el sonido del siseante proyectil cortó el aire de la sala.

Levanté las cejas con asombro y me eché hacia atrás en el asiento con los brazos cruzados delante del pecho.

Quizá debería ver más a menudo los entrenamientos femeninos. O mejor aún: uno de sus partidos.

Las chicas realmente tenían lo que había que tener. Tenía que reconocerlo sin envidia.

Puse los pies en el respaldo de la fila de sillas que tenía delante y olvidé por qué había venido aquí. En lugar de eso, me concentré en ver el partido de entrenamiento.

Mi atención se centró en la talentosa rubia de ojos grises y golpe mortal.

Ruby Sloane.

CAPÍTULO 11

Ruby

—¿NO es el capitán de los Cometas el que está en la grada?

Oí susurrar a una jugadora mientras me deslizaba fuera del hielo y apoyaba el stick contra las tablas.

Con el ceño fruncido, sigo los pasos de mi compañera y veo a Chase bajando despreocupadamente las escaleras y caminando hacia nosotras.

¿Nos había estado viendo entrenar?

¿Por qué iba a hacer eso?

—Hola señoritas —sonrió y guiñó un ojo a las mujeres que salían del hielo.

No tenía por qué aguantarlo.

El hecho de que incluso se hubiera presentado en la sesión de entrenamiento del equipo femenino para preparar a sus conejitas de cama era claramente ir demasiado lejos.

—Oye, Ruby, espera un minuto —me llamó.

¿Esperar? No.

¿Esperar a qué?

Hice como que no le oía y seguí pisando fuerte con mis zapatillas hacia el vestuario de señoras.

—¿Puedes dejar de huir de mí y parar un momento? No quiero dar la impresión de que corro detrás de ti —oí la voz de Chase detrás de mí.

—¿Por qué? ¿Eso mancharía tu reputación de casanova de Flake Falls o qué?

Resoplé divertida, pero me detuve.

—Además, no estoy huyendo de ti. ¿Por qué iba a hacerlo? Sólo tengo prisa. Porque, a diferencia de ti, tengo un trabajo al que no quiero llegar tarde.

Chase me alcanzó y levantó las manos.

—¿Qué tal si dejas los cuchillos afilados por un segundo y tú y yo tenemos una pequeña charla, Sloane?

—¿Sobre qué?

Podía adivinar de qué quería hablar, pero no tenía el valor ni el tiempo para esa conversación.

—El profesor Miller dice que has aceptado ayudarme como compañera de proyecto. ¿Es cierto?

—Así es —respondí secamente.

—¿Y por qué lo hace? Entonces... quiero decir... ¿te ha obligado a hacerlo? ¿Te está presionando con algo? O... ¿Te ha sobornado?

Me quedé con la boca abierta, pero no emití ningún sonido.

En lugar de eso, miré a Chase desconcertada y me esforcé por mantener la calma.

—¿Ruby? preguntó Chase con cautela.

—¿Te parezco un soborno?

Se rascó la barbilla tímidamente y negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Pero en realidad tampoco sé qué aspecto suele tener una persona corrupta.

—Chase —dije en tono de advertencia.

—De acuerdo, de acuerdo. Entonces no es un soborno. Pero entonces, ¿qué es? ¿Cuál es la razón de tu ayuda? Tú no me soportas y yo no te soporto.

Hice una mueca de dolor ante las palabras de Chase.

Sabía que no le caía bien, pero oírlo de su boca de alguna manera lo hacía... real.

Crucé los brazos delante del pecho, lo que no era fácil con la gruesa armadura, y miré furiosa a Chase a través del casco.

—Lástima. Esa es la razón por la que te estoy ayudando. Me das lástima, Chase Solomon. ¿Contento?

Chase frunció el ceño y me miró sin comprender.

—¿Lástima? ¿Sientes... lástima por mí? ¿Por qué?

—Porque pronto no te dejarán jugar si tus notas siguen siendo tan malas. Y entonces serás aún más odioso que de costumbre. Evitaré eso ayudándote a seguir jugando y a firmar un contrato profesional lo antes posible para que puedas salir de aquí y dejar todo esto atrás.

Pude ver cómo los músculos de la mandíbula de Chase se tensaban ante mis palabras.

¿Me había entendido?

Sólo había dicho que lo sentía por él para vengarme de que insinuara que yo estaba en el ajo.

Por supuesto que no lo sentía por Chase Solomon.

Era uno de los mejores jugadores de hockey que conocía. En todo caso, lo admiraba.

En el hielo, claro.

Porque todo lo que el tipo hacía fuera del hielo, yo lo condenaba. Sin excepción.

—Bien. En ese caso, supongo que debo agradecer tu caridad, Sloane.

—No me lo agradezcas demasiado pronto. Si crees que voy a manejar este proyecto por mi cuenta y que vas a obtener las mejores calificaciones sin mover un dedo, te espera otra cosa. Vas a trabajar mucho.

—No pensaba escaquearme —refunfuñó Chase hoscamente—. Sólo pensé que preferirías trabajar turno de noche tras turno de noche durante quince días en lugar de tenerme cerca todo el tiempo, sobre todo porque soy un perdedor a tus ojos.

—Nadie dice que seas un perdedor —lo detuve en su baño de autocompasión—. El profesor Miller sólo piensa que tienes mal tus prioridades, no que seas estúpido.

—¿Y qué piensas tú? —respondió Chase imperturbable.

Sus ojos se posaron esperanzados en mí, lo que me confundió.

—No importa lo que yo crea.

¿Por qué le importaba lo que yo pensara de él? No podía importarle menos.

Él mismo acababa de admitir su aversión hacia mí. Y a uno no suele importarle lo que la gente que no soporta piense de uno, ¿verdad?

Estaba a punto de darme la vuelta y marcharme cuando sentí la mano de Chase en el hombro, su calor me quemaba la piel a pesar de las hombreras.

—Sí importa, Ruby. Me importa.

Me sacudí enérgicamente su mano, sin querer demostrarle lo mucho que me molestaba su contacto, y lo arrinconé a toda prisa.

—No quiero cotilleos, Chase. Así que, por el amor de Dios, mantén las distancias, ¿vale? Y a tu pregunta: no te conozco. Así que no puedo juzgar eso. Y para ser honesta, tampoco estoy interesada. Lo único que quiero es terminar este proyecto con las mejores notas. Mientras pongas de tu parte, el resto me da igual, ¿vale?

Chase dio un paso atrás y exhaló ruidosamente.

—De acuerdo. Me parece bien.

—Bien. —Señalé con la barbilla hacia los cubículos que había detrás de él—. ¿Puedo ducharme o vas a seguir persiguiéndome?

—¿En las duchas de mujeres? —Chase levantó una ceja, fascinado—. Suena tentador. ¿Necesitáis ayuda para enjabonaros y contar los moratones? Estaré encantado de ofrecerme.

—Idiota.

Puse los ojos en blanco, molesta, y golpeé a Chase con el hombro mientras pasaba junto a él hacia los vestuarios sin mirar atrás.

Sus comentarios machistas me molestaron mucho. Pero lo que me molestó aún más fue la inapropiada piel de gallina que se me formó en el cuerpo.

CAPÍTULO 12

DURANTE LAS SEMANAS SIGUIENTES, apenas pude respirar, y mucho menos disfrutar.

Entre las clases, el entrenamiento de hockey sobre hielo y los proyectos con Ruby, apenas quedaba tiempo para nada más.

Pero no importaba. Al fin y al cabo, este último año era todo o nada para mí.

Pronto empezarían de nuevo los campeonatos universitarios y, cuando lo hicieran, habría hileras de cazatalentos merodeando por las gradas en busca de posibles jugadores jóvenes para los equipos profesionales.

Yo sabía que estaba en alguna que otra lista. Varios ojeadores se me acercaron el año pasado después de los partidos del campeonato y se habían presentado. Sin embargo, no había recibido ninguna oferta concreta de las Grandes Ligas.

Esperaba que eso cambiara pronto.

Pero tenía que saltar al hielo. Tenía que jugar.

Y sólo podría hacerlo si mis notas en finanzas mejoraban drásticamente.

Por eso dediqué cada minuto libre al trabajo del proyecto con Ruby e intenté no darle motivos de queja.

Parece mentira que diga esto, pero me imaginaba que trabajar con ella sería mucho más difícil.

Pero se ha demostrado que estaba equivocado.

Nos habíamos reunido tres veces en el despacho de Ruby después de la formación y habíamos trabajado hasta altas horas de la noche en el proyecto. Otras cuatro veces en la biblioteca.

Ruby se mostró extraordinariamente cooperativa y pacífica durante nuestras reuniones. Si tenía una pregunta, siempre se tomaba su tiempo para responderla. Y si no entendía algo, me lo explicaba de una manera tan comprensible que realmente disfrutaba con el tema.

Cada semana me sentía más seguro con esa asignatura tan odiada, lo que también repercutía en mis deberes, que me resultaban mucho más fáciles y las notas eran mucho más positivas.

Desgraciadamente, mis encuentros con Ruby en el campus no se hicieron esperar.

Flake Falls era un auténtico pueblo en algunos aspectos. En cuanto nos vieron a Ruby y a mí juntos en la biblioteca, la noticia corrió como la pólvora.

Mis compañeros hacían bromas estúpidas sobre nosotros y me preguntaban si me apetecía que una dominatrix me azotara el culo.

Yo los ignoraba y dejaba que las burlas rebotaran en mí sin pestañear.

Por un lado, porque los estúpidos cotilleos me ponían de los nervios y, por otro, porque

estaba trabajando para conseguir un objetivo mayor, mi carrera profesional, que sin duda merecía la pena no dejar de lado.

Además, cada semana me daba más cuenta de que mis compañeros se equivocaban con Ruby.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, mejor la conocía, aunque involuntariamente por ambas partes.

Ruby era una mujer que intentaba valientemente demostrar su valía y hacerse valer en un ámbito masculino.

El mero hecho de ser mujer se lo ponía muy difícil. Y eso no me pareció justo.

Nunca me había dado cuenta de esta diferencia. Siempre había dado por sentado que se te recompensaba y reconocía por tus habilidades y no por tu sexo.

Pero después de pasar tiempo con Ruby, me di cuenta de que tenía que luchar mucho más para obtener el mismo reconocimiento que sus homólogos masculinos. Que tenía que trabajar y esforzarse hasta la extenuación para demostrar que merecía su puesto en el equipo.

Además, el hockey sobre hielo no era ni de lejos tan civilizado como el esquí alpino o el esquí de fondo, por ejemplo.

Para hacerse valer en el hockey sobre hielo, a veces había que sacar los codos y llamar la atención gritando.

Un tono áspero, brusco y rudo caracterizaba la interacción diaria.

Mientras que a los hombres se les celebraba como héroes fuertes por su comportamiento, a Ruby se la tachaba a menudo de furiosa y perra luchadora exactamente por el mismo comportamiento.

Y, por desgracia, en lo que respecta a esto último, yo podía levantar la mano con culpa. En el pasado, también había hecho comentarios despectivos sobre la jefa, como la llamábamos burlonamente, porque su tono autoritario me ponía de los nervios o no me gustaban los destellos de sus ojos.

En ese momento me avergonzaba de ello. Y de qué manera.

En pocas palabras, la diferencia de trato entre un respetado y duro director general y Ruby provenía únicamente del hecho de que él tenía polla y ella pechos.

Y eso no era justo. Porque esta mujer sí que tenía pelotas, de eso no cabía duda.

Llevaba días pensando en cómo disculparme ante Ruby por mi desconsiderado comportamiento. Pero, por un lado, me daba vergüenza y, por otro, no me gustaba admitir que había cometido un error.

Así que me callé y traté de compensar mi remordimiento de conciencia defendiéndola ante el equipo. Como resultado, se rumoreó que estaba enamorado del jefe.

Completamente absurdo, pero yo estaba por encima de eso.

Dejémosles hablar.

Ruby era muy atractiva y muy inteligente.

Por aquel entonces, antes de que la besara y la relación entre nosotros siguiera siendo amistosa, había estado enamorado de ella en secreto.

Pero de eso hacía ya más de veinte meses y ese enamoramiento era cosa del pasado.

Pero vivir en el pasado no era mi intención.

No, tenía que concentrarme plenamente en el presente para marcar el rumbo de mi futuro.

Por eso no pasaría la noche con mis compañeros en *Pete's*, sino con nuestro proyecto de trabajo.

Le había prometido a Ruby que, después del entrenamiento, compraría comida para llevar del

restaurante chino y que después iría a su casa.

Normalmente trabajábamos en su despacho o en la biblioteca. El hecho de que nos reuniéramos en casa era nuevo.

Pero eso se debía a que la biblioteca cerraba hoy temprano por un evento y a que se estaban realizando trabajos de mantenimiento en la pista de hielo, durante los cuales no se permitía la entrada a personas no autorizadas por razones de seguridad.

Un poco más tarde, me detuve ante la puerta de Ruby y llamé al timbre, pero no había movimiento en el interior.

Qué extraño.

Sólo habíamos acordado la hora y el lugar de nuestro encuentro de aquella tarde.

Volví a llamar al timbre.

De nuevo, no ocurrió nada.

Saqué el móvil, lo desbloqué y... me detuve.

Mierda.

No tenía su número de móvil.

Ruby no me había pedido mi número, así que me pareció inapropiado pedírselo cuando nos veíamos todos los días y, de todas formas, vivíamos uno al lado del otro.

Cuando nadie contestó al tercer timbrado, caminé unos metros hasta la puerta de mi casa y subí las escaleras hasta mi habitación. Dejé la bolsa de deporte y la comida sobre el escritorio y me acerqué a la ventana.

La luz estaba encendida en la habitación de Ruby. La ventana estaba abierta.

Abrí la ventana, me asomé y la llamé por su nombre, pero todo seguía en silencio.

De improviso, me agarré a la larga rama del viejo y alto árbol cuyas ramas tocaban mi ventana.

Recé para que la rama no se rompiera bajo mi peso y me arrastrara con ella.

Y efectivamente, parecía que mi plegaria había sido escuchada. Conseguí abrirme paso con seguridad hasta el ancho tronco y subirme a una de las ramas que se extendían en dirección a la ventana de Ruby.

Me agarré al marco de la ventana de la habitación de Ruby y me subí al alféizar.

Eché un vistazo a la pequeña habitación y por fin la vi.

Estaba sentada en su escritorio, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados, respirando con calma. Tenía los ojos cerrados.

Delante de ella había un bloc de notas, una calculadora, muchos garabatos y cálculos y un montón de bolígrafos de colores.

Sonreí. Probablemente alguien se había quedado dormido con los números.

Un poco mono, aunque esa no era realmente una palabra que usaría para Ruby Sloane en circunstancias normales.

Pero la jefa dormida me recordaba mucho más a un gatito pequeño e inocente en ese momento que a un tigre peligroso y listo para la batalla.

Y, para ser sincero, me gustó tanto la visión que quise saborearla sin ser molestado un poco más antes de despertar al tigre dormido.

CAPÍTULO 13

Ruby

SENTÍ que algo me acariciaba suavemente la mejilla y suspiré aliviada.

Me sentí bien.

Tan calmante. Tan agradable. Tan tierno.

Pero... ¡Un momento!

¿Qué ha sido eso?

Abrí los ojos sobresaltada y me levanté de un salto.

Un error fatal.

Porque todo se desdibujaba ante mis ojos y mi corazón se dirigía hacia el récord mundial de los 100 metros en mi pecho. Se aceleró y tropezó al mismo tiempo, dejándome sin aliento.

Todavía medio atrapada en el país de los sueños, intenté orientarme.

¿Dónde estaba? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué sentía un dolor punzante en el cuello? Y... ¿qué me había tocado la mejilla?

Me llevé las manos a la cara e inspiré y espiré profundamente, intentando calmar mi acelerado corazón y detener el tiovivo de mi cabeza.

—Tranquila, Ruby. Sólo soy yo. Toma un trago.

Abrí un ojo y miré entre los dedos, asombrada.

La voz que me hablaba pertenecía claramente a Chase Solomon.

Pero aquello no tenía sentido. ¿Aún estaba soñando?

Lo último que recordaba era estar dándole vueltas a nuestro proyecto común. Debía de haberme quedado dormida.

Pero en mi memoria, había estado sola. Y de repente, Chase estaba sentado en mi mesa.

¿Qué demonios hacía aquí? ¿Y quién le había dejado entrar? ¿O formaba parte de mi sueño y me estaba imaginando que me había despertado? Pero, ¿por qué iba a soñar con Chase? No tenía sentido. Él no tenía cabida en mis sueños.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —jadeé, todavía un poco sin aliento.

Chase señaló la ventana abierta con la barbilla.

—Estaba trepando.

—¿Trepando? —respondí incrédula—. ¿Como Tarzán, o qué?

—Me gusta esa comparación. ¿Eres mi Jane entonces? Chase rió divertido.

—Desde luego que no —protesté—. Corrijo: ¿trepas como un mono?

Mi pregunta reformulada hizo que Chase sonriera ampliamente.

—Me gustaba más ser Tarzán.

—¿Por qué, en nombre de Dios, trepaste?

—Porque teníamos una cita y nadie me abrió la puerta. Y no tengo tu número de móvil. Así

que sólo me quedaba la ventana.

Me limpié despreocupadamente la cara y esperé no haber estado roncando o babeando mientras dormía.

—¿Me... me has tocado? —le pregunté a Chase, que enarcó una ceja divertido.

—¿Te... toqué? ¿En serio, Sloane?

Me encogí de hombros.

—Algo me tocó la cara. ¿Fuiste tú?

Una mirada traviesa pasó por los ojos vigilantes de Chase.

—No se me ocurriría tocarte. Ni en la cara ni en ninguna otra parte. No estoy cansado de vivir, Sloane.

—No es como si nunca hubieras hecho esto antes.

Chase levantó la ceja un poco más.

—¿Hecho qué? ¿De qué estamos hablando?

—Bueno ... me tocaste. Me besaste. En aquel entonces. ¿Lo has olvidado?

—Cómo podría olvidarlo, Sloane—. Chase se mordió el labio inferior y exhaló con un silbido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Era... era tan mala besando?

—¿Tienes alguna razón para pensar que eras mala, o qué te hace pensar eso?

Amasé mis manos nerviosamente en mi regazo porque había tocado un punto sensible con esta pregunta y definitivamente no quería admitirlo.

—Bueno... ¿por qué si no no serías capaz de olvidar con todas las chicas que besas?

Chase ladeó la cabeza y colgó las piernas despreocupadamente.

De repente me sentí demasiado cerca de él, sentado allí en mi escritorio, tan cerca de mí.

—No hay tantas chicas como sugiere tu tono. Y quizá no pueda olvidar el beso porque fue muy bueno. Todo es posible, ¿no?

—No creo que sea una posibilidad —murmuré, ordenando las hojas arrugadas de mi escritorio con una ráfaga de movimientos.

—¿Cuál? —sondeó Chase.

—Bueno, fue tan bueno que no puedes olvidarlo. Ni hablar.

Chase cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y por qué, si se puede saber?

Me levanté y puse algo de distancia entre nosotros.

—No puedes preguntar, ¿vale? Y deberíamos dejar este tema y volver a nuestro proyecto.

Chase me escrutó sin decir palabra durante un momento, luego saltó de mi escritorio y se dirigió a la ventana.

Le seguí con la mirada, irritada.

— ¿ Adónde vas?

Miró por encima del hombro y sonrió.

—He dejado nuestra comida por ahí.

Volveré rápidamente a mi habitación, cogeré la comida y entraré por la puerta, suponiendo que esta vez me abras.

Crucé los brazos delante del pecho y ahogué una carcajada.

—Otra sugerencia: te dejo salir por la puerta y vuelves a entrar. Así se minimiza el riesgo de que te caigas, te rompas todos los huesos y todo el trabajo que hemos invertido en el proyecto no

sirva para nada. ¿Qué te parece?

Chase se acarició la barbilla -siempre hacía eso cuando algo le ponía nervioso- y sonrió tímidamente.

—Suenan... razonable. Realmente debes pensar que soy tonto como un burro.

Levanté una comisura de los labios y miré a Chase, que estaba allí de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una sonrisa torcida.

No sé por qué pensaba que yo creía que era estúpido. Porque no lo creía.

Se esforzaba mucho con las tareas del proyecto y aprendía muy rápido. El problema no era que no entendiera las tareas, no. Simplemente no les prestaba suficiente atención porque su pasión por el hockey sobre hielo eclipsaba todo lo demás.

Tuve que admitir que hizo un gran esfuerzo para ayudarme. No se dejaba arrastrar, ponía de su parte.

Yo lo apreciaba y por eso podía juzgar con certeza que Chase Solomon no era una cosa: estúpido.

—No creo que seas estúpido, Chase. Yo sólo soy la pragmática de los dos y tú... tú eres el aventurero. El mundo necesita ambas cosas: pragmatismo y sed de aventuras. Si no, sería bastante monótono.

Chase se pasó los dedos por el pelo y se acercó a mí.

Se detuvo cerca de mí y bajó los ojos. Estaba tan cerca de mí que podía sentir su aliento en mi cara, lo que puso todo mi cuerpo en alerta.

Pero aunque mi mente me suplicaba literalmente que me alejara de Chase Solomon de inmediato, por alguna razón desconocida no podía hacerlo.

—Yo... empezó Chase y se quedó callado—. Yo... bueno... quería...

—¿Buscar la comida? Intenté ayudarlo, porque la extraña atmósfera que de repente reinaba entre nosotros amenazaba con abrumarnos a los dos.

—Erm... bueno, en realidad —sacó las manos de los bolsillos del pantalón y las amasó nerviosamente—. Sí... la comida. Iba a por la comida, vale. Ahora vuelvo.

Pasó a mi lado disculpándose y, de algún modo, la extraña mirada que me dirigió me dio la sensación de que en realidad había querido decir algo completamente distinto.

¿Pero qué?

CAPÍTULO 14

Chase

COMÍ los fideos que había traído en silencio, observando furtivamente a Ruby.

Sin embargo, era mucho más fácil cuando ella aún dormía.

Desgraciadamente, había sido lo bastante descuidado como para acariciarle la mejilla mientras dormía, haciendo que se sobresaltara y casi le diera un infarto.

No era mi intención asustarla. Pero no pude resistir la tentación de tocarla.

Parecía tan adorable, tan inocente y tan tranquila que no pude evitar querer estar cerca de ella.

Casi como entonces, antes de que las cosas se pusieran raras entre nosotros.

Como antes.

Suspiré al recordar tiempos pasados.

Hacía tiempo que le había echado el ojo a la hija del entrenador, pero sabía que era absolutamente tabú para nosotros, los jugadores. El entrenador llevará a cabo su prohibición. Y si no quería que me echaran del equipo, tenía que respetarlo.

Y lo hice. Hasta ese beso que lo alteró todo en *Pete* 's hace unos dos años.

Esa noche, había sentido una oportunidad única para finalmente ceder a mi deseo.

Las chicas habían perdido contra los chicos al billar y tenían que recompensarnos por nuestra victoria con un beso.

Con el pretexto de enseñar a mi compañero Jordan cómo se besa a una mujer como es debido, había exigido a Ruby mi beso ganador.

Lo único que pretendía con esta excusa era que nadie se diera cuenta de lo mucho que deseaba a Ruby.

Esperaba que el beso fuera bueno. Cuando anhelas a una mujer durante tanto tiempo como yo, un beso así era casi como una liberación.

Pero nada me había preparado para lo que me ocurrió cuando los labios de Ruby se encontraron con los míos.

El estruendo de un trueno en mis oídos. Los destellos brillantes ante mis ojos. La tormenta en mi corazón.

Joder, el beso me había abrumado. Literalmente arrancó el suelo bajo mis pies y me dejó extremadamente confuso.

No solía reaccionar tan violentamente cuando besaba a una mujer o intimaba con ella.

Normalmente sentía un cosquilleo de excitación, sí. La anticipación de un orgasmo bien merecido, de acuerdo. Pero, desde luego, no un maremoto de emociones tan aterrador como el de Ruby.

Por primera vez, pude entender por qué mis padres habían tenido un matrimonio armonioso,

satisfactorio y feliz durante treinta años. Siempre había pensado que yo no estaba hecho para la monogamia eterna. Que el matrimonio era una construcción anticuada del pasado. Que mi vida era perfecta con el hockey sobre hielo y los cambios de pareja.

Pero este beso me demostró que estaba equivocado. Yo quería más. Tanto más que el resto de mi vida podría no ser suficiente para satisfacer mi deseo por esta mujer.

¿Pero de dónde demonios vino este cambio en el corazón? ¿Seguramente no de un simple beso?

¡Imposible!

¿Lo fue?

Me retiré porque estaba completamente abrumado por este sentimiento. Y cuando me di cuenta de que mi debilidad por Ruby no era sólo física, sino mucho más profunda, quise hablarlo con ella. Quería saber cómo se sentía al respecto. Lo que había sentido cuando nos besamos.

Pero nunca iba a suceder. Porque el comportamiento de Ruby hacia mí cambió de la noche a la mañana, pasando de una relación amistosa a un antagonismo hostil.

Esa noche por fin quería preguntarle por qué.

Quería hablar con ella de aquella vez.

Para saber por qué se había comportado tan despectivamente conmigo.

Y, sobre todo, sentía la necesidad de pedirle disculpas.

Por haber imitado su comportamiento en algún momento y también por haberme enfadado en su presencia.

Por rabia. Por orgullo herido. Por un ego herido. Por enamoramiento no correspondido. Por decepción.

Pero cuando me paré frente a ella y me miró expectante con sus grandes ojos grises, perdí el valor y me eché atrás.

Maldita sea, qué cobarde fui.

Contrariado, recogí las cajas de comida vacías y las llevé a la cocina. Luego me senté ante el escritorio de Ruby y trabajé en silencio a su lado durante las dos horas siguientes mientras intentaba en vano apartar de mi cabeza la dulce y dormida imagen de la hermosa gata de peluche.

—Creo que es suficiente por hoy. ¿Qué te parece? —preguntó exhausta cuando ya había oscurecido y tiró el lápiz sobre la mesa en señal de rendición—. Hemos avanzado bastante.

Asentí.

—Bueno. Demos por terminado el día.

Me levanté y me acerqué a la ventana para abrirla. Ruby me siguió y me puso la mano en el hombro.

Me volví hacia ella sorprendido.

—Por tierra, Chase. No por aire. ¿Te acuerdas?

Sonreí satisfecho y crucé los brazos delante del pecho.

—Casi se diría que estás preocupada por mí. Pero eso sería absurdo. Porque eso significaría que te preocupas por mí y no es el caso, ¿verdad? Ni siquiera te gusto.

Ruby negó con la cabeza y se sonrojó ligeramente.

Ah, bueno. ¿Acaso había dado en el blanco con mi suposición?

—Haremos todo lo posible para que sigas jugando al hockey, Chase. Me daría pena que todo mi esfuerzo no sirviera para nada porque te rompieras la pierna trepando. Ni más ni menos.

—¿Ah, sí? Alcé una ceja escrutadora.

—Sí.

—Muy bien. Entonces estoy seguro de que no te importará volver a hablar de nuestro beso.

Ruby se estremeció y no se me escapó el parpadeo ansioso de sus ojos.

Bien, al menos yo no era el único al que le asustaba esta conversación. Pero había que tenerla en algún momento.

Yo no era de los que se andan con rodeos ni de los que se callan los problemas. Necesitaba la verdad. Y quería oírla en ese momento. De Ruby. Quería saber qué pasó entonces, porque me dio la espalda y me declaró su enemigo.

—¿Por qué tienes tantas ganas de hablar de ello, Chase? Nos besamos. Hace mucho tiempo. Fue bonito. Y eso fue todo. Fin de la historia.

Escuché con curiosidad.

¿Fue bonito?

¿Acaba de decir que el beso había sido... agradable? Así que, después de todo, ¡le había gustado!

—Así que el beso... te gustó, ¿verdad? ¿Te... gustó? —le pregunté para asegurarme.

Ruby bajó los ojos y murmuró apenas audiblemente

—Sí, me gustó. Pero a ti no.

¿A mí no? ¿Qué tontería estaba diciendo?

—¿Qué te hace pensar que no me gustó, Ruby?

Ruby bajó los ojos y se pasó tímidamente un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Porque... porque a diferencia de ti, yo no tengo precisamente experiencia... cuando se trata de estas cosas.

—¿Cosas? ¿De qué cosas estamos hablando?

Se chupó el labio inferior entre los dientes y guardó silencio.

Le levanté la barbilla con el dedo índice y fruncí el ceño interrogativamente.

—¿Qué cosas, Ruby? Dímelo, por favor.

Ruby puso los ojos en blanco y se soltó de mí.

—Los besos y todo lo que va más allá. Tú lo haces con otra persona todos los días, Chase, y yo no tengo ni la más remota idea. Los hombres no hacen cola detrás de mí como las mujeres la hacen detrás de ti. Así que puedo entender que fuera aburrido y monótono para ti. Un beso que no recuerdas. Y no pasa nada. Puedo entenderlo.

¿Perdón? ¿Realmente creía lo que estaba diciendo?

—En realidad, debería ofenderme porque me estás haciendo parecer extremadamente fácil —sonreí, porque sus hombros tensos me demostraron que realmente hablaba en serio—. Pero lo pasaré por alto generosamente, ya que me interesa más traer luz a la oscuridad.

Di un paso hacia ella, salvando la distancia que nos separaba. Luego la agarré suavemente por los hombros y la obligué a mirarme.

—Cuando dices que no tienes práctica, ¿a qué te refieres exactamente, Ruby? ¿Que... sigues siendo virgen?

Ruby tragó saliva y sacudió la cabeza casi imperceptiblemente.

—No. Eso... Lo superé hace unos años. Para ser honesta, no puedo entender por qué todo el mundo da tanta importancia a eso. Porque en realidad no es para tanto. Estuvo bien, sí, pero nada más.

Me quedé helado y tardé un buen rato en recuperar el habla.

—Ruby. El sexo no es algo que se acaba rápido. Debe ser algo especial. Que te haga bien. Que te de felicidad.

Ruby apretó los labios formando una fina línea.

—Quizá eso no funcione para todas las mujeres. Algunas piensan que el sexo es genial y

otras... no. Yo pertenezco a la segunda categoría.

—Sólo dices eso porque el tipo al que le entregaste tu cuerpo hizo un trabajo pésimo. Si no, no hablarías así, créeme.

—Y qué si lo hizo. Hay cosas mucho más importantes en la vida que el sexo. Mi carrera, por ejemplo. Y la tuya. Así que, ¿por qué no nos centramos en eso y nos ahorramos el resto?

Respiré hondo y dejé que saliera lentamente de mis pulmones.

—No puedo dejarlo así, Ruby. Eres una mujer hermosa. Inteligente. Atractiva. Sensual. Seductora. Y el hecho de que hayas renegado de los hombres porque un tipo te hizo creer que el sexo era una pérdida de tiempo sobrevalorado es algo que me gustaría aclarar.

—¿Por favor? —Ruby me miró, estupefacta—. ¿Cómo vas a... enderezarlo? ¿Qué quieres decir?

Agarré la mano de Ruby y me la llevé a la boca. Tomé cada uno de sus dedos por separado y los cubrí de suaves besos.

Ruby no se apartó de mí, pero me miró con la respiración contenida y los ojos muy abiertos.

—Que quiero enseñarte lo maravilloso que puede ser el sexo y que una mujer como tú debería disfrutarlo con regularidad en lugar de aislarse del mundo de los hombres.

Dejó escapar un sonido de sorpresa.

—¿Tú... quieres acostarte conmigo? ¿Por qué? ¿Por qué querrías eso? Acabas de enterarte de que no sé nada al respecto. Así que si quieres divertirme, está claro que soy la persona equivocada para ello.

Le puse el dedo índice en los labios para impedir que continuara.

Por su respiración acelerada y la expresión de su cara, me di cuenta de que le había excitado mi sugerencia. Esto me alegró y me sorprendió a partes iguales.

Al parecer, no había dejado a Ruby tan fría como me había hecho creer en los últimos años.

—Tómatelo como un quid pro quo por mi parte, ¿vale? Tú me enseñas finanzas y yo te enseño sexo. Tú me ayudas a seguir jugando al hockey sobre hielo y yo te ayudo a armonizar cuerpo y alma. Porque cuando eso ocurra, podrás alcanzar las estrellas. Y entonces entenderás por qué el sexo es cualquier cosa menos insignificante.

CAPÍTULO 15

RUBY SE QUEDÓ de pie sin decir nada.

Sus ojos estaban fijos en mí y sus pensamientos parecían girar en torno a mi propuesta.

Bastante atrevida. Bastante directa. Y poco convencional, sí. Pero a veces se puede conseguir más con acciones que con palabras.

Y mi instinto me decía que tenía que tocar a Ruby para llegar a ella y ver detrás de sus altos muros.

No podría hacerlo sólo con palabras. Ella lo bloquearía. Huiría. Se cerraría aún más.

Así que si quería que se abriera, tenía que usar un método diferente.

El sexo.

Aunque si Ruby consentía, no sería sexo normal. No como el sexo que tenía normalmente.

Este sexo sería algo especial. Tal vez sexo ni siquiera era la palabra correcta para lo que tenía en mente para Ruby. Porque quería introducirla en el mundo del amor físico. Lentamente. Sensiblemente. Con ternura.

No un polvo rápido y sucio contra la pared.

Ni un paseo duro y salvaje sobre el escritorio.

No, procedería como si fuera su primera vez. Porque en cierto modo, lo era.

Pensar en el chapucero con el que había tenido sexo por primera vez, y obviamente no lo había apreciado, me enfureció.

Realmente no era tan difícil llevar a una mujer al orgasmo. Y si su polla no tenía la resistencia necesaria, o si se corría antes de tiempo por pura excitación, siempre quedaba la lengua y las manos con las que un hombre podía terminar el trabajo.

Nunca jamás me permitiría dejar marchar a una mujer sin haber conseguido nada.

¿Adónde nos llevaría eso?

—De acuerdo —murmuró Ruby—. Pero sólo con una condición.

Entrecerré los ojos con tensión y le hice un gesto con la barbilla para que me dijera su condición.

—No soy una de tus ligues, Chase. No hago esto porque me gustes, sólo lo hago para ampliar mi educación y ganar experiencia sexual para el hombre que realmente me quiera.

Ouch.

Muchas gracias.

Así que yo era una especie de campo de entrenamiento para ella, con quien podía practicar en la cama para su príncipe azul.

No es exactamente lo que un hombre soñaría. Pero puedo vivir con eso de momento. Al fin y al cabo, tenía que concentrarme en mi carrera de hockey sobre hielo y, de todos modos, no era

apto para ser el príncipe azul.

—Estoy de acuerdo —respondí, lo que pareció sorprender a Ruby.

Al parecer, esperaba otra respuesta.

Me acerqué lentamente a ella.

Se quedó parada como un ciervo bajo los focos. Rígida. Ansiosa. Insegura.

Un movimiento en falso la asustaría.

La cogí suavemente de la mano y la guié hasta la cama.

—Siéntate —le susurré.

Ruby se sentó en el borde de la cama y me miró.

Parecía tan inocente y torpe. Y, maldita sea, eso me excitó tanto que tuve que hacer un esfuerzo para tomármelo con calma. Porque mi polla ya se agitaba en mis pantalones, suplicando ser liberada.

Exhalé lentamente, me senté junto a Ruby y le acaricié la mejilla con el pulgar.

—¿Quieres que me quite la ropa? —preguntó tragando saliva.

Sonreí.

—Cada cosa a su tiempo. Primero vamos a calentar. Como en el hockey sobre hielo. Antes de ir al grano, preparémonos para el partido.

—De acuerdo. Tomo nota —asintió Ruby nerviosa.

Tiré de su cabeza hacia mí y le acaricié los labios con el pulgar.

—Voy a besarte. Y no quiero que lo pienses, quiero que lo sientas.

En respuesta a mi advertencia, un escalofrío recorrió su cuerpo, haciéndola temblar.

Apoyé cuidadosamente mis labios en los suyos y sostuve su cabeza entre mis manos.

Ruby soltó un pequeño suspiro y empezó a mover sus labios contra los míos. Como por sí solos, se abrieron y me devolvieron el beso exploratorio.

No había nada en el acercamiento de Ruby que sugiriera que no tenía mucha práctica.

Besaba con abandono, pasión y deseo. Como entonces, en casa de *Pete's*. Y esta vez su beso tampoco dejó de tener su efecto embriagador en mí.

La solté de la cara y estiré las manos para ponerlas sobre mis hombros.

—Puedes tocarme, Ruby. Tócame, explórame la animé.

Los dedos de Ruby se deslizaron hasta mi cuello, lo sujetaron y luego arañaron mi pelo.

Su beso se hizo más intenso. Más exigente. Más intrépido.

Me incliné hacia delante y presioné la parte superior del cuerpo de Ruby contra las sábanas con el mío, tumbándome cuidadosamente sobre ella mientras seguía besándola sin interrupción.

Ruby me abrió las piernas para que el calor de su regazo me diera directamente en los pantalones.

Le solté la boca y la besé por el cuello. Con las manos, me introduje bajo su camiseta y amasé suavemente sus pechos a través de la tela del sujetador.

—Dios, sí —Chase gimoteó, arqueándose hacia mí.

No sé cómo se las había arreglado el chapucero para que no se corriera. Con lo buena que estaba, ni siquiera tendría que usar mi polla para catapultarla al universo.

Pero lo haría de todos modos. Porque quería estar dentro de ella cuando se corriera.

Le levanté la camiseta y le lamí los pezones a través del fino encaje del sujetador.

Ruby emitió un sonido de excitación.

—¿Te apetece que siga? —murmuré con rudeza contra sus pechos llenos y suaves.

—Sí —exhaló sin voz—. Sí.

—Podría seguir jugando con los pechos y hacer que te corras así, si es lo que quieres. O...

podría seguir mi camino hacia el sur. Lo haremos a tu manera, Ruby. Si prefieres ir despacio, esta noche me ocuparé de tus tentadores pechos.

Ruby jadeó tensa bajo mis intenciones.

—Quiero... —empezó.

—¿Quieres?

—Yo... quiero que sigas. Quiero... todo.

Esperaba tanto que dijera eso.

Chupé sus redondas cerezas con fruición una última vez y luego me abrí paso a besos por su vientre hasta el valle de los sueños húmedos.

Tiré de los leggings de Ruby hasta sus tobillos con ambas manos e introduje dos dedos en su hendidura para comprobar lo mojada que estaba.

—Alguien tiene muchas ganas de tener un orgasmo, ¿eh? —me reí entre dientes, impresionado por la humedad que se había formado entre las piernas de Ruby.

—Estoy a punto de deslizar un dedo dentro de ti y moverlo suavemente. Tienes que decirme si te duele, ¿vale?

Ruby asintió atentamente y cerró los ojos.

Lentamente, mi dedo índice se abrió paso en su apretado y húmedo coño. Sin oponer resistencia, conseguí introducirlo hasta el fondo.

—Estoy dentro. ¿Te duele?

Ruby negó con la cabeza.

—No jadeó —me siento bien.

—Bien. Entonces lo moveré. Dentro y fuera. Dentro. Y fuera.

—Ah Ruby —dejó escapar un gemido lujurioso—. Más. Por favor, dame más.

Los músculos de mi mandíbula crujieron por la tensión. Cada minuto que pasaba me costaba más contenerme.

Ruby estaba tumbada delante de mí con la camiseta levantada, los pechos medio al aire y el coño desnudo y bien afeitado, dejándome meter los dedos con avidez mientras ella se mojaba cada vez más.

Hazlo despacio y con cuidado, Solomon, me advertí. Contrólate. No se trata de ti.

Respiré hondo y me concentré en mi misión.

No te distraigas, Solomon.

—Voy a meterte un segundo dedo. Avísame si es demasiado para ti.

—Mmm —murmuró Ruby sin aliento y entrecerró los ojos.

Mi dedo corazón se deslizó hasta mi dedo índice en el centro de Ruby, donde me detuve un momento para darle tiempo a acostumbrarse.

—¿Demasiado?

Dio un suspiro ahogado.

—No. Me gusta.

Bien. Eso estuvo bien. Muy bueno, de hecho.

Curvé mis dedos ligeramente y comencé a moverlos dentro de Ruby.

Su respiración se volvió superficial y rápida en respuesta.

Dobló las piernas, plantó los pies y apretó los dedos contra las sábanas. Joder, estaba a punto de correrse.

—Si quieres, te masajeo el clítoris con el pulgar mientras sigo metiéndote los dedos. Eso hará que te corras.

Ruby abrió los ojos y negó con la cabeza.

—No. Quiero sexo de verdad.

Me reí suavemente.

—Cariño, lo que estamos haciendo aquí es sexo de verdad.

—Quiero tu polla dentro de mí.

Exhalé ruidosamente.

—Si le dices eso a tu príncipe azul, lo vas a hacer muy feliz en la cama —Ruby. Sonrió tímidamente—. Es bueno saberlo.

Continué acariciándola hasta que su humedad mojó mi palma. Entonces me levanté, saqué la cartera del bolsillo del pantalón y saqué un preservativo. Me quité la ropa y me arrodillé junto a Ruby.

—¿Estás segura? ¿Quieres esto? —pregunté, con la voz temblorosa por la excitación.

—Sí. Quiero esto.

Bajé con cuidado sobre Ruby y me arrastré hacia arriba hasta que mi polla quedó justo fuera de su entrada.

—Dime si te duele, ¿lo prometes?

Ruby asintió.

Agaché la cabeza y le mordí suavemente el cuello mientras empujaba y me estiraba dentro de ella centímetro a centímetro.

Las manos de Ruby recorrieron mi espalda desnuda y se deslizaron por mi trasero, que acarició suavemente.

Las mujeres solían arañarlo con las uñas, cosa que me gustaba mucho. Pero eso no tenía comparación con las caricias de Ruby, que me ponían la piel de gallina.

—¿Te duele? siseé entre dientes porque me costaba muchísimo contenerme.

—No. Me gusta susurró Ruby.

Por fin pude recorrer los últimos centímetros y exhalé aliviado.

—Puedes moverte —me animó Ruby.

—¿Estás segura? ¿No quieres acostumbrarte primero?

—No. Quiero correrme, Chase. Quiero saber qué se siente al tener a alguien dentro de mí.

Cerré los ojos y saboreé los temblores que recorrieron mi cuerpo ante las eróticas palabras de Ruby.

Empecé a penetrarla con pequeños movimientos de empuje. Al principio con tiento y cautela, pero cuanto más se mojaba alrededor de mi polla, más me atrevía a avanzar.

Mi boca encontró la suya y, mientras me apoyaba en el colchón con una mano para no aplastar a Ruby, masajeeé sus pechos con la otra.

—Chase —gimió embelesada—. Chase.

—¿Sí, nena? ¿Estás bien?

—Creo que estoy a punto de correrme.

—Tranquila. Déjate llevar. Disfrútalo. Deja salir tu lujuria susurré y mordí provocativamente su cuello mientras empujaba un poco más fuerte y más rápido al mismo tiempo.

Esto la llevó al límite.

Sentí su orgasmo antes de oírlo. Su centro apretado y húmedo se estrechó alrededor de mi polla, crispándose. La apreté.

Junto con los aturridos y extasiados gritos de placer de Ruby, también se me hizo la boca agua. Eché la cabeza hacia atrás y me derramé dentro de ella con un gemido agónico.

CAPÍTULO 16

Ruby

LA DICHOSA SENSACIÓN de felicidad me acompañó hasta el sueño.

Chase me había hecho tanto efecto que me dormí completamente relajada. Sentía los músculos entumecidos y flácidos. Había un bostezo de vacío en mi cabeza.

Sin pensamientos arremolinados. Ni preguntas estresantes. Sin miedos. Sin dudas. Sin preocupaciones.

Me gustaría quedarme en este estado de felicidad absoluta para siempre, pero sabiendo que era imposible, quería saborearlo al menos hasta que la vida cotidiana volviera a llamar a mi puerta y los secretos de la noche huyeran ante la reveladora luz del día.

Chase permaneció un rato más encima de mí y saboreé su peso apretándome contra el colchón.

Parecía visiblemente relajado y contento, lo que me alivió enormemente. Igual que el hecho de que se hubiera corrido dentro de mí.

Así que no sólo yo había disfrutado de este acto íntimo de lujuria. Él también lo había disfrutado. Al menos un poco.

En algún momento, se quitó de encima, pero yo ya estaba adormilada.

Se tumbó a mi lado y me dibujó pequeños círculos en el vientre con el dedo índice. De vez en cuando, su dedo subía hasta mis pechos y rodeaba mis sensibles yemas. También me pareció sentir sus dedos en mi rajita. Con tanta habilidad y sensibilidad que me corrí por segunda vez. Pero quizá sólo lo había soñado.

Unas horas más tarde, desperté de mi profundo sueño y me quedé asombrada al darme cuenta de que Chase no estaba en mi cama.

Su ropa había desaparecido y mi cuerpo semidesnudo estaba cuidadosamente cubierto.

Se había ido. Sin ninguna duda.

Y aunque tenía todo el derecho a hacerlo, darme cuenta me hizo sentir sola y... dolida.

Pero lo contrario habría sido mucho más extraño. Si hubiera pasado la noche aquí, conmigo. Después de todo, no éramos pareja. Y tampoco teníamos una aventura. No, sólo teníamos un acuerdo puramente profesional.

Yo le ayudaba en la universidad y él me ayudaba con el sexo.

Acurrucarnos y pasar la noche juntos no formaba parte del acuerdo, así que ni siquiera debía pensar en ello.

Sacudí la cabeza, me senté en la cama y miré hacia su ventana.

Estaba abierta, pero no había luz en su habitación. Probablemente estaba dormido. Igual que yo debería estar durmiendo para estar descansada y en forma mañana.

Porque me esperaba un largo día y, con toda probabilidad, un cargo de conciencia por lo que

había hecho esta noche.

Por el momento, sin embargo, ignoraría estos pensamientos y me entregaría a la sensación de hormigueo y dolor entre las piernas.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama, cerré los ojos y coloqué la mano en el punto palpitante entre mis muslos.

Con una sonrisa de satisfacción en los labios, aquella noche volví a quedarme dormida.

Cuando llegué a la pista de patinaje a primera hora de la tarde del día siguiente, un joven de unos veinte años estaba delante de mi puerta, silbando entre dientes al verme.

Debía de ser nuevo aquí, de lo contrario nunca se le habría ocurrido portarse así.

—¿Puedo ayudarle? —le pregunté con desdén y abrí la puerta de mi pequeño despacho.

—¿Cómo podría una belleza como tú no ayudarme? —bromeó y se deslizó en mi despacho detrás de mí sin que se lo pidiera.

—¿De qué se trata?

—Me he trasladado de Denver a Flake Falls, al *Colorado College*, y tengo que presentarme a los Cometas, me informó con orgullo.

—¿Como mascota, o qué? —respondí secamente.

Me sonrió con arrogancia.

—Como jugador. Delantero, para ser exactos. Si me fichan los Cometas, podríamos salir juntos alguna vez. ¿Qué te parece?.

—Tus posibilidades de jugar para los Cometas acaban de hundirse a un nivel subterráneo, muchacho. Mantén las manos alejadas de mi hija o me aseguraré de que el encargado del centro marque el hielo con tu cara, ¿entendido?

Ahugué una carcajada porque el tipo casi se estaba meando de miedo.

—¡Entrenador Sloane! Yo... lo siento. No tenía ni idea de que era su hija.

Mi padre cruzó los brazos delante del pecho y se elevó sobre el tipo con su impresionante estatura.

Los dos parecían David y Goliat. Excepto que Goliat iba a ganar esta pelea.

—Que Ruby sea mi hija o no, es completamente irrelevante. Estás aquí para jugar al hockey sobre hielo, no para ligar con mujeres. Eso es irrespetuoso e inapropiado. Considéralo tu primera, última y única advertencia.

—Entendido —chistó el tipo, avergonzado, y se escabulló por la puerta hacia el pasillo como un perro apaleado.

—Baja las escaleras a la izquierda. Allí encontrarás el vestuario. Y vete antes de que te dé una patada en el culo —le dijo mi padre amenazadoramente. Luego se volvió hacia mí.

—¿Tienes tiempo? Te necesito en el hielo en este momento. Necesito que me ayudes con el recorrido. Además, Caiden está de visita. ¿Vendrás a cenar esta noche?

Asentí con entusiasmo y me alegré de ver a mi hermano mayor, al que veía poco porque siempre estaba de viaje como jugador profesional de hockey sobre hielo en la Liga Mayor.

Apreciaba aún más nuestros escasos encuentros.

—No hay problema por lo de esta noche. Pero sobre la ayuda en el hielo, ¿no puedes pedírsela a Lazlo?

Lazlo era nuestro encargado de pista y normalmente ayudaba durante los entrenamientos. Entonces, ¿por qué me pedía mi padre que le ayudara hoy?

No es que quisiera evitar el trabajo, pero salir al hielo significaba inevitablemente

encontrarse con Chase. Delante de todo el equipo.

Y, a la luz del día, me sentía avergonzada de nuestra aventura de anoche. Meterme en la cama con Chase Solomon y confesarle mi inexperiencia sexual rozaba el suicidio.

Le estaba dando un cheque en blanco enorme.

Si quería, podía presumir ante sus amigos. Presumir de ello. Presumir de mí.

Incluso si pensaba que era poco probable, no podía descartarlo por completo. Y exactamente por eso tenía que hablar con Chase lo antes posible. A solas. Y no delante de todo el equipo, incluido mi padre.

—Lazlo está indispuerto. Entonces qué, ¿vas a ayudarme o hay algún problema que deba saber?

—No —me apresuré a decir—. No hay ningún problema. Iré enseguida.

Mi padre refunfuñó de acuerdo y salió de mi despacho.

Qué bien. Demasiado para hablar con Chase a solas.

CAPÍTULO 17

Chase

ME DETUVE BRUSCAMENTE, casi haciendo que mis compañeros de equipo se golpearan uno tras otro contra el hielo detrás de mí.

—Oye, Chase, tío, ¿estás loco? —refunfuñó Reed, dándome un fuerte empujón en el hombro—. ¿Qué cojones?

—Ven aquí —gruñí, empujándome con los patines.

Patiné a lo ancho rodeando el detonante de mi asombro.

Ruby.

Me sorprendió volver a toparme con ella aquí, precisamente, delante de todo el equipo. No me lo esperaba. Y por eso no sabía cómo comportarme con ella.

Quiero decir... habíamos dormido juntos. Nos habíamos acercado tanto como dos personas podían acercarse.

Pero no habíamos hablado de las consecuencias. No habíamos acordado qué pasaría entre nosotros a partir de ese momento. No me refería a una relación o algo así. ¡Tonterías, no!

Me refería a nuestro trato diario. Y nuestro comportamiento frente a los demás.

Dejarla de lado me parecía mal. Pero de repente ser super amable y hablador a su alrededor causaría un revuelo. Y a Ruby no le gustaría.

Así que elegiría un camino intermedio y la saludaría informalmente. Preguntarle en un momento sin ser observado si podíamos hablar más tarde.

Porque había una o dos cosas de las que hablar.

Todavía me costaba creer que realmente me había acostado con Ruby Sloane. Y además en un estado completamente sobrio.

Así que no podía usar la intoxicación etílica como excusa.

No, estaba en mi sano juicio cuando le sugerí que ampliara sus horizontes sexuales.

Normalmente prefería mujeres con experiencia. Mujeres de las que podía sacar lo que necesitaba. Mujeres que sabían lo que querían y lo que tenían que hacer para conseguirlo.

Me mantenía alejado de las mujeres inexpertas porque había que ser especialmente cuidadoso y cauteloso con ellas. Porque no podías dejarte llevar. Porque tenías que tener mucho cuidado de no herirlas, tanto física como emocionalmente.

Bueno, Ruby entraba claramente en esta última categoría.

Sin embargo, tenía unas ganas irrefrenables de estar dentro de ella, de mimarla y mostrarle lo maravilloso que podía ser el sexo.

Tocarla y ver cómo se mojaba me hacía hervir la sangre. Penetrarla, tomar posesión de ella y hacerla volar había hecho que mi lujuria creciera inconmensurablemente. Mirarla a la cara mientras se apoderaba de ella su primer clímax real, sabiendo perfectamente que era yo quien se

lo daba, me había vuelto finalmente loco.

Me había corrido.

Fuerte. Violento. Explosivo.

Había sentido el orgasmo hasta la punta del pelo. Había bombeado todo lo que tenía dentro de Ruby. Me había consumido por completo y me había dejado llevar.

Mierda, literalmente me había vuelto loco. Mis mejillas brillaron al recordar el sexo con Ruby. Menos mal que llevaba casco. Al menos no se me notaba.

Di otra vuelta y me detuve detrás de ella. Estaba manejando unos cuantos palos y discos en la banda.

—Hola ¿Puedo ayudar?

Ruby me echó una mirada rápida por encima del hombro y luego volvió a mirar el equipo.

—No. Está bien —me dijo secamente.

—¿Podemos hablar? Sobre... bueno, ya sabes.

—¿Estás loco? Por el amor de Dios, cállate —siseó ella, sobresaltada, con los ojos desorbitados—. ¿Estás intentando avergonzarme delante de todos?

—No, claro que no. Es lo último que quiero. Pero tenemos que hablar. ¿Qué tal esta noche?

Ruby negó con la cabeza.

—No puedo. Ya tengo planes para esta noche. Por eso nuestro proyecto de trabajo tiene que cancelarse hoy como excepción.

Mis cejas se alzaron escépticas.

¿Por qué de repente Ruby mantenía las distancias?

¿Se arrepentía de haberse acostado conmigo? ¿Me evitaría a partir de ese momento? ¿Me mantendría a distancia? ¿Cómo hizo después del beso?

Pero, ¿por qué?

Lo había disfrutado, ¿verdad? Su orgasmo... se había corrido. Lo había visto con mis propios ojos. Lo había sentido. No podía haber sido fingido.

—Tengo una cita esta noche y recibí la invitación con poca antelación. Por eso no puedo ir hoy. Y por favor, vete. Los demás se preguntarán por qué te quedas aquí tanto tiempo.

—¿Con quién tienes una cita?

Ruby se volvió hacia mí y me miró sin comprender.

—¿Qué te importa?

—¿Tienes una cita con otro tío? ¿Es eso? Ya que sabes cómo hacerlo, ¿vas a seducir por fin a tu príncipe azul o qué?

—¿De qué tonterías estás hablando? —susurró Ruby en voz baja.

—¡Salomón! Trae tu culo aquí. No tienes nada que hablar con mi hija, ¿entendido?

¡Joder!

Miré al entrenador Sloane. Tenía las manos en las caderas y parecía realmente enfadado. Obviamente tenía algún tipo de piojo gordo en el hígado y sin duda se desquitaría conmigo.

Eché una última mirada a Ruby, intenté leer su expresión para ver qué estaba pensando y me fui patinando, molesto por no haberlo conseguido.

Aún no habíamos terminado el uno con el otro. Eso estaba claro.

Podía reunirse con quien quisiera. Ella volvería a casa en algún momento y entonces yo la esperaría y conseguiría que hablara conmigo.

Esta vez no iba a dejar que se saliera con la suya tan fácilmente como entonces.

No podía dejar que me arrastrara primero, me quitara todo y luego me alejara sin una explicación.

No iba a dejar que me utilizara y luego me dejara así.

Entonces como hoy, a juzgar por su comportamiento desdeñoso, debía de haber hecho algo mal. Y no descansaría hasta que me dijera qué.

CAPÍTULO 18

Ruby

—NO TENÍAS por qué acompañarme a casa —repetí cuando mi hermano insistió en acompañarme a mi dormitorio.

Llevaba una chaqueta vaquera ancha forrada de piel de cordero que abrazaba su musculoso cuerpo y se había calado la gorra de béisbol oscura sobre la cara para que no lo reconocieran.

Caiden era una estrella en Estados Unidos y, por desgracia, se le reconocía constantemente como tal. Apenas podía salir en público sin que se le acercaran, le fotografiaran o le pidieran un autógrafo.

Yo sabía que eso le halagaba, pero también le molestaba. Sobre todo cuando lo único que quería era pasar un rato tranquilo con su familia, como hoy.

Habíamos quedado para cenar en casa de mis padres y charlamos sin parar. Al final, mis otros dos hermanos incluso se habían unido por videoconferencia y habían contribuido al ambiente distendido.

Echaba de menos los días en que mis tres hermanos y yo todavía íbamos al colegio y vivíamos en la hermosa finca de la familia Sloane en Wyoming.

Entonces éramos un equipo muy unido. Lo habíamos compartido todo. Ante todo, nuestro amor y nuestra pasión por el hockey sobre hielo.

Por supuesto, todavía lo hacíamos, pero debido a las largas distancias que nos separaban, no estábamos tan unidos como lo habíamos estado unos años antes.

Cada uno de nosotros había salido al mundo después de la escuela y había construido su propia vida.

Hay que reconocerlo: Yo aún no había llegado muy lejos, pero todavía estaba en los comienzos. Quién sabía dónde acabaría después de la universidad. Estaba abierta a todo. Incluso me plantearía ir a Canadá si allí surgiera una oportunidad interesante.

—Así que vives aquí —me dijo mi hermano para sacarme de mis pensamientos.

Se asomó a la puerta y sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Sí, aquí es donde vivo —respondí con una sonrisa.

—Tendrías más espacio en casa de papá y mamá y no tendrías que pagar nada. Una chica lista como tú debería saberlo —dijo burlonamente.

—Sí, yo también lo sé. Pero aquí tengo tranquilidad y disfruto de mi libertad.

Mi hermano levantó las cejas con suspicacia.

—¿Libertad? ¿De qué libertad estamos hablando, hermanita?

Resoplé.

—Bueno, drogas, alcohol y hombres. No me pierdo nada. Ya me conoces.

Caiden se acercó a mí y me dio un codazo con el hombro.

—No seas tan descarada, Ruby Sloane. Tendré que azotarte como en los viejos tiempos.

—Si te acuerdas por qué te tiré del pelo, adelante, Caiden. Ya sabes cómo funciona eso.

Caiden se rió. Una risa oscura y alegre con la que no podías evitar reírte.

Me abrazó y me apretó contra él.

—Oh, Ruby —suspiró—. ¿Quién es ese tipo de la ventana y por qué me mira como si quisiera cortarme en tres trozos?

Me solté de su abrazo y seguí la mirada de Caiden.

Chase estaba de pie frente a su ventana con expresión adusta, mirándonos.

—Ese no es... nadie, me apresuré a decir y corrí apresuradamente las cortinas.

—¿Entonces por qué corres las cortinas, Ruby? ¿Te molesta ese tipo? ¿Te da miedo? ¿Sientes que te vigila? ¿Le conoces?

—¡Para! —Levanté una mano en señal de defensa e impedí que Caiden continuara—. Antes de llamar a la policía, deberías saber que este tío no me ha hecho nada ni tiene intención de hacérmelo, ¿vale? Está bien. Y sólo cierro las cortinas porque estoy a punto de irme a dormir.

—Ruby —empezó mi hermano, obviamente no del todo convencido por mis palabras—. En caso de que ya lo hayas olvidado: Mañana tengo que ayudar a papá con el partido de los Cometas porque Lazlo aún no ha vuelto. Así que será mejor que me ponga las pilas ya. Se está haciendo tarde.

Mi hermano me miró con desdén, pero luego decidió que esa noche no podía averiguar nada más sobre mi vecino de aspecto cabreado.

—De acuerdo. Te has librado. Por el momento. Pero no olvides que yo también fui al *Colorado College*, Ruby. Sabes que tengo mis fuentes.

Ladeé la cabeza y me puse de pie frente a él.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué intentas decirme?

—Que te estoy vigilando. Y a tu vecino también. Por la forma en que me miró, hay algo entre vosotros. Y eso lo convierte en una persona de especial interés para mí.

Puse los ojos en blanco, molesta.

—Soy adulta, Caiden. Deja de intentar ser mi protector.

—Así son los hermanos mayores. Cuidan a su hermana pequeña como a la niña de sus ojos. Así que acéptalo, o le diré a papá lo que vi. Y los dos sabemos que tu vecino tendrá que mudarse esta noche.

—Caiden —grité indignada—. Déjate de tonterías.

Sonrió con complicidad.

—Parece que te importa tu vecino, por la cara de horror que pones. ¿Estás enamorada, Ruby?

—Es sólo que no quiero que la gente hable de mí en el campus, ¿vale? Y eso ocurrirá sin duda si alguien tiene que mudarse por mi culpa. Así que cállate y deja de molestar.

Caiden levantó una comisura de los labios.

—¿Cómo le hablas a tu hermano mayor? Eso no es nada amable.

—¿Desde cuándo soy amable? —repliqué—. Eso es difícilmente posible con tres hermanos que te causan problemas constantemente. Me has malcriado. Todo es culpa tuya.

—Y aun así nos quieres —se rió Caiden y tiró de mí para darme otro abrazo—. Sólo quiero que estés bien —murmuró, apoyando la barbilla en mi cabeza—. Eres muy especial, Ruby. No dejes que nadie te diga lo contrario, ¿me lo prometes?

—¿Eso es lo que les dices a todas las conejitas de hockey que recoges después de los partidos? —murmuré contra su pecho, intentando disimular mis emociones.

No se me daba bien mostrar emociones. Siempre me hacía sentir terriblemente débil y

quejica.

—Sólo te lo digo a ti. Además, yo no remoloneo a nadie. Soy un buen chico, ya lo sabes.

Solté una risita contra el pecho de Caiden.

—Sí, claro. Sabes que estoy en las redes sociales y leo el periódico, ¿verdad?

—¿Y qué dicen? —se rió Caiden.

—No es para todo los públicos, lo siento.

Suspiró teatralmente.

—Todos los jugadores de hockey somos unos gilipollas. Por eso no deberías salir nunca con uno. Siempre acaban rompiéndote el corazón. Por desgracia.

CAPÍTULO 19

HOY TENÍAMOS un partido contra el equipo de la Universidad de Colorado Springs. Por lo tanto, me levanté temprano para prepararme no sólo físicamente, sino también mentalmente para este partido.

Como capitán, se esperaba que empujara y motivara a los demás. Por eso tenía que estar a tope cuando los chicos llegaran más tarde.

Estaba a punto de entrar en el vestuario para ponerme la equipación para una sesión rápida en el gimnasio cuando una voz familiar me hizo detenerme.

—Buena suerte hoy, Rockstar —arrulló a mi espalda y sentí cómo unas uñas afiladas se clavaban en mis hombros—. Haz que nos sintamos orgullosos para que tengamos un motivo de celebración.

Serena había acercado sus labios a mi oído y me susurraba cosas prometedoras que me haría esta noche si los Cometas ganaban el partido.

Me volví hacia ella y puse distancia entre nosotros. Al entrenador no le gustaba que habláramos de otra cosa que no fuera hockey sobre hielo en el estadio. Y menos con el sexo femenino, en un día de partido, cuando el entrenador solía estar de mal humor y tenso, de todos modos, no quería echar leña al fuego.

Además, las ardientes promesas de Serena me dejaron relativamente frío. No porque no fuera extremadamente sexy y buena en la cama, sino porque estaba muy cachonda. Ella no estaba interesada en mí, sino sólo en mi posición de liderazgo en el equipo. Si Braydon fuera el capitán de los Cometas en vez de yo, sin duda se lanzaría a por él.

Al principio, me habían importado una mierda sus intenciones. Yo quería sexo salvaje y ella me lo estaba ofreciendo. Así que, ¿por qué iba a quejarme cuando ella era tan sencilla?

Pero de alguna manera me estaba aburriendo de follar con ella sin sentimientos, por eso hacía tiempo que no la llamaba para quedar.

—Chase —sonó la voz de otra mujer en ese momento.

Giré la cabeza y vi a Ruby parada a unos metros de nosotros, aparentemente observándonos a Serena y a mí—. El entrenador quiere verte.

—Sí, está bien. Enseguida voy. ¿Puedo hablar un momento contigo antes?

Me volví hacia Serena y le dirigí una mirada de disculpa.

—Tengo que irme, lo siento.

Serena hizo una mueca de ofensa y miró a Ruby con hostilidad.

—¿De qué tienes que hablar con ella? ¿No es la enamorada de los Cometas? ¿La monja hostil a la que nadie se atreve a acercarse?

Las palabras rencorosas de Serena me hicieron reflexionar. Aunque Ruby intentaba que no se

notara, pude ver claramente en su cara el dolor que le habían causado las palabras de Serena.

—Esta es Ruby. Mi compañera de proyecto y una buena amiga. Así que, ¿por qué no derramas tu veneno en otra parte o, mejor aún, te ahogas con él?

Oí a Serena jadear indignada detrás de mí.

—¿Una buena amiga? ¿Qué se supone que significa eso? ¿Te la estás tirando? Es demasiado buena y aburrida para ti, Chase. ¿Qué coño?

Agarré la mano de Ruby y tiré de ella detrás de mí.

—Ven conmigo. Pero no escuches.

En cuanto estuvimos fuera del alcance del oído y de la vista, Ruby se separó.

—Dime, ¿estás loco? ¿Cómo te atreves a llamarme buena amiga delante de esa bruja? Le dirá a todo el mundo que nos vamos a la cama juntos.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué si es así? Pues déjala.

—¿Y qué?, gritó Ruby, fuera de sí.

—¿En serio acabas de decir y qué? Te das cuenta de quién soy, ¿verdad? ¿Tienes la menor idea de lo que está en juego para mí si esto se comenta? No quiero que mi familia sea arrastrada por el barro por mi culpa.

Apreté suavemente a la agitada Ruby contra la fría pared e intenté calmarla.

—Ruby. Tranquilízate. Serena no hace más que blasfemar y decir estupideces todo el día. De todas formas, nadie se cree lo que dice. Además, lo negaré todo si tú quieres, ¿vale? Así que si hay algún chisme, se acabará enseguida.

La respiración de Ruby era rápida e irregular. Podía ver el miedo en sus ojos preocupados. ¿Pero de qué? ¿De qué tenía tanto miedo que estaba al borde de un ataque de pánico?

—Cariño —susurré y le acaricié la mejilla con ternura—. Dime qué te pasa, ¿quieres? ¿Qué te tiene tan asustada?

Ruby me agarró la mano y se la apartó de la cara alarmada.

—No hagas eso —siseó y se liberó a toda prisa—. No quiero que nos vean juntos, si no, negarlo no servirá de nada.

—¿Qué tiene de malo que te vean conmigo? —pregunté, ligeramente molesto—. Actúas como si fuera un delincuente.

—No es eso, pero casi. Eres un jugador, Chase. Y no tengo ningún deseo de que me etiqueten como tu ligue.

Me incliné y le sonreí provocativamente.

—Eso sonó muy diferente la otra noche. Me metiste en tu cama y diste rienda suelta a tu lujuria, conejita mía.

—Cállate —murmuró Ruby enérgicamente—. Cállate de una vez.

—De acuerdo. Me parece bien —cedí, porque podía ver lo incómoda que la estaba poniendo esta conversación—. Entonces, ¿por qué no me dices quién era el tipo de anoche y qué quería de ti?

—Eres un mirón, Chase Solomon, ¿te das cuenta?

Me reí.

—¿Por qué? ¿Por qué estoy mirando por la ventana de mi habitación, que casualmente está justo enfrente de la tuya?

—Me has estado observando.

Sí, lo hacía. Pero no me importaría admitirlo.

—No, no lo hacía —mentí—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Crees que no tengo nada más que

hacer?

—Dímelo tú —replicó ella, levantando la barbilla hacia mí. Sus ojos grises brillaban y sus labios fruncidos me invitaban literalmente a besarla. Pero si lo hacía, me mataría en el acto.

Dejé a un lado los pensamientos inapropiados y también levanté la barbilla.

—Esto es ridículo. Por favor.

—¿Estás diciendo que me miraste por casualidad?

—¿Qué otra cosa podría ser? Aún puedo mirar por mi propia ventana, ¿no?

Ruby hizo un sonido de acuerdo y se apartó de la pared.

—Lo que tú digas. No hagas esperar al entrenador, Chase. Quiere volver a repasar las jugadas contigo.

Con esas palabras, me empujó y se alejó en dirección a su despacho.

—Espera un momento —le dije.

Se giró hacia mí y se puso las manos en la cadera.

—¿Qué más pasa?

—Todavía no me has dicho quién era el tipo que llevaste a tu habitación anoche.

—Porque no es asunto tuyo.

—En ese caso, probablemente tendré que preguntarle a tu padre. Seguro que está muy interesado en saber con quién se revuelca su hija en la cama.

Los ojos de Ruby se entrecerraron. Apretó los labios y casi echó humo de rabia.

—No te fuerces, Solomon. Pero no olvides contarle toda la verdad cuando tengas la oportunidad. Mientras tanto, empezaré a buscar por ahí un nuevo capitán para el equipo. Porque una cosa es segura: no saldrás vivo de su despacho si realmente sigues adelante con esto.

CAPÍTULO 20



ME ALEJÉ un poco del banquillo de los entrenadores y observé con tensión el partido de los Cometas contra los Dragones de la Universidad de *Colorado Springs*.

Los dos equipos no se daban nada. Todos querían ganar.

Observé embelesada cómo los Dragones corrían hacia la portería de los Cometas con el disco y hacían un disparo.

Pero Chase interceptó al jugador contrario en el último momento. El delantero de los Dragones se estampó contra las tablas y Chase se estiró para lanzar el disco lejos de la portería de los Cometas.

Ryder pasó el disco lejos de Chase y corrió hacia la debilitada portería de los Dragones. Todo ocurrió en un instante, como siempre ocurre en el hockey. Una de las razones por las que me gustaba tanto este deporte.

Después de dos de los tres periodos jugados, los dos equipos estaban empatados. El último periodo decidiría el resultado del partido.

Mi padre llamó al equipo y les dijo a su manera despreocupada que debían jugar a tope si no querían pasarse el resto de la semana limpiando el pasillo con la lengua.

—La victoria está a nuestro alcance, muchachos. Podemos vencer a los Dragones. No hará falta ninguna brujería. Así que vamos, consigamos esta victoria para poder celebrarlo esta noche, ¿de acuerdo? —animó Chase a sus compañeros.

Hubo un rugido de aprobación, se alzaron los palos, se aplaudió, se golpearon las hombreras y los cascos, y entonces los Cometas entraron en tromba en el último periodo.

Recorrieron el hielo y se podía ver la determinación en cada movimiento que hacían.

Los Cometas querían la victoria a toda costa.

Mi padre estaba en la línea de banda y gritaba todo lo que podía. Estaba en su elemento.

En las gradas, detrás de mí, vi a un par de cazatalentos que conocía por mi padre y mis hermanos. Estaban ocupados tomando notas.

Tal vez tuvieran algunas conversaciones después del partido, o incluso enviaran ofertas. Sería deseable.

Eso me recordó que yo también debía empezar a trabajar en mis documentos de solicitud. Después de todo, el primer semestre de mi último año de universidad terminaría en unas semanas y la graduación estaría al alcance de la mano.

Sin embargo, a diferencia de los jugadores, ningún equipo de hockey sobre hielo llamaría a mi puerta para ofrecirme un trabajo. Tendría que solicitar las vacantes de forma proactiva. Y no debería esperar mucho más para hacerlo.

Hice una nota mental para empezar la semana que viene.

En ese momento, el sonido del timbre llenó el vestíbulo: cambio y corto. El partido había terminado.

Mis ojos se dirigieron al marcador, donde se leía en rojo el resultado final: doce a diez a favor de los Cometas.

Sí.

Felicito a mi padre y me dirijo a mi despacho para recoger la documentación y volver a casa.

De camino, me topé con Zoey y Willow, que me saludaron alegremente.

—Hola, ¿habéis visto el partido de los Cometas?

Asintieron.

—Muy buen espectáculo. Espero que los chicos consigan pronto alguna oferta digna de presumir —dijo Zoey—. ¿Vendrás luego a la fiesta, Ruby?

Willow notó mi mirada interrogante.

—Braydon va a dar una fiesta en casa más tarde. ¿No viven los chicos en la casa de al lado?

—Eh... sí. Sí, viven aquí.

—Bueno, eso es genial. Entonces deberías venir. Aunque sólo sea para que podamos quedarnos en tu casa si no encontramos el camino a la nuestra.

Sonreí.

—No tengo que venir a la fiesta para eso. Puedes quedarte en mi casa cuando quieras.

—Sí, sí —dijo Zoey, estirándose—. Pero a diferencia de antes, sales muy poco. Hace mucho tiempo que no hacemos nada juntas. Y no estoy hablando de una tarde de charla en una cafetería, sino de una fiesta realmente guay.

—Exacto, coincidió con ella Willow. —Deberías disfrutar al máximo de tu último año de universidad, porque el año que viene vamos a tener que ponernos serias.

—Me lo pensaré, ¿vale? —ofrecí, aunque no pensaba ir.

—Ni de coña —intervino Scarlett, apareciendo por detrás de nosotras en ese momento—. Tu compañera de piso Ivy también va a venir e incluso esa dulce y menuda, ¿cómo se llamaba...?

—¿Bella? —pregunté sorprendida.

Scarlett chasqueó los dedos.

—Bella. Así es. Incluso Bella ha dicho que sí. Así que venga, Ruby, inténtalo y diviértete con nosotras, ¿eh?

—Si no te gusta, estarás en casa en menos de un minuto y no te pediremos que vuelvas el resto del año, ¿qué dices? —Zoey trató de provocarme.

—No encajo para nada. Sabes que no les gusto a los chicos.

Scarlett me agarró de los hombros y me los apretó.

—Porque te tienen miedo, Ruby. Eres tan brusca como un perro. Venenosa como una serpiente. Fuerte como un león. Y peligrosa como un tigre. Los chicos no pueden manejar eso. No están acostumbrados a ser mandados. Entonces no les cuadra y eso arruina todo su propósito en la vida.

Me mordí la lengua para no reír a carcajadas ante la lección de Scarlett sobre la psique masculina.

—Ignora a esos tipos. Vas a ir allí con nosotras. No necesitamos a los chicos para pasarlo bien. Ellos sólo proporcionan el lugar, la música y el alcohol.

—Oh, por favor —suplicó Zoey—. Di que sí.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—De acuerdo, entonces. Por mí está bien. Puedo echar un vistazo. Pero si se vuelven demasiado estúpidos para mí, me iré.

Las chicas cayeron en brazos de júbilo y sólo entonces me di cuenta de que realmente les importaba mi presencia.

Me enjuagué con el rabillo del ojo una lágrima traicionera que de algún modo se había escapado de mi dura coraza y traté de no dejar traslucir lo mucho que significaba para mí la amistad con aquellas maravillosas personas.

—Hasta luego —me despedí apresuradamente.

—Quedamos en tu casa a las nueve y nos arreglamos juntas —me llamó Zoey—. Para que no se te ocurra aparecer en vaqueros. Esta noche nos vamos a arreglar todas y vamos a mostrar lo que tenemos que ofrecer.

—Creía que los chicos no nos interesaban —me burlé de ella y le dirigí una mirada cómplice.

—A ellos tampoco. Hacemos esto por nosotras. Quién sabe cuántas oportunidades más tendremos de arreglarnos después de la universidad.

Resoplé divertida.

—Actúas como si la vida después de la universidad se acabara.

—Bueno, quizá no. Pero quién sabe dónde acabaremos. Creo que es bastante improbable que acabemos todos en la misma ciudad o en el mismo estado.

Sí, tenía que estar de acuerdo con Zoey.

Mi amiga Carly era el mejor ejemplo de ello. Desde que su novio Jordan Bishop se graduó en la Universidad de Colorado y jugaba para los *Armadillos* en las Grandes Ligas de Arizona, la veía muy poco.

Así que aprovecharía esta oportunidad para pasar el poco tiempo que nos quedaba en Flake Falls con mis mejores amigas.

CAPÍTULO 21

Chase

HACÍA tiempo que no iba a una fiesta. Los entrenamientos, los deberes, los proyectos y los exámenes me tenían muy ocupado. Sobre todo porque no podía meter la pata en mi último año.

Tenía mucho que perder si me dejaba llevar en ese momento, en la recta final, y corría el riesgo de que me echaran del equipo de hockey.

Así que me contuve.

Pero tenía que admitir que echaba de menos aquellas fiestas: música a todo volumen, alcohol barato y un gran ambiente.

Por eso me apetecía tanto esa noche. Por fin iba a poder desconectar del todo y dejar atrás toda la mierda que me molestaba.

Iba a pasármelo bien y a divertirme con mis amigos.

Por una noche, no pensaría en el futuro, sino que celebraría el aquí y el ahora.

Me planté en la cocina de buen humor y mezclé bebidas.

Eran las diez y la fiesta empezaba a animarse de verdad.

—Hola, cariño —arrulló Serena y se acercó pavoneándose hacia mí con su conjunto ultrasexy—. Enhorabuena por la victoria.

Me dio un beso en la mejilla y se mordió provocativamente el labio inferior.

—¿Qué te parece si subimos a tu habitación y montamos una pequeña fiesta privada?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Suena tentador, pero tengo invitados que atender.

Serena hizo un mohín.

—Venga, que se cuiden solos. Vamos a divertirnos, ¿eh?

—Me estoy divirtiendo, cariño —le guiñé un ojo.

—Eso se nota.

Serena cruzó los brazos delante de su pecho, mostrando sus amplios pechos en el escote de efecto extremo.

—¿Qué te pasa, Chase? Nunca antes había tenido que convencerte para tener sexo.

Me encogí de hombros.

—Nada. Sólo estoy disfrutando de mi fiesta.

—Podrías disfrutarla mucho más relajado después de que te la chupe —murmuró Serena, acercándose a mi cintura.

Dejó que su mano se pasara por mi entrepierna y se lamió los labios con anticipación.

—¿A qué esperas, Chase? Subamos a divertirnos. Ya sabes lo bien que siento mi boca alrededor de tu polla.

—Serena —le dije en tono de advertencia, apartando sus manos de mi entrepierna. —No,

¿vale? He dicho que no.

Sabía por Braydon que Ruby vendría esta noche. Él, a su vez, lo sabía por Ivy.

¿Ivy y Braydon tenían algo? No lo sabía. Probablemente.

Pero eso ya no me interesaba. A diferencia de saber que Ruby iba a aparecer esa noche.

Normalmente se mantenía alejada de cualquier cosa divertida. Las fiestas estudiantiles bulliciosas estaban en lo más alto de la lista de cosas prohibidas.

Por eso me sorprendió tanto que rompiera ese tabú.

No quería perderme su llegada, así que aparté a Serena de mí y puse suficiente distancia entre nosotros.

Cuando mis ojos se desviaron de nuevo hacia la puerta, vi a Zoey, Willow, Scarlett, Ivy, Bella y... Ruby, que miraban con curiosidad la sala de estar, convertida en pista de baile.

—¿Qué hace aquí? —se mofó Serena, con los ojos fijos en Ruby, que estaba apoyada en la pared con un vestido azul hielo hasta la rodilla y unos tacones de aguja plateados, y parecía incómoda a juzgar por su postura.

Su pelo rubio, que solía llevar recogido en una coleta, enmarcaba su rostro y caía con fluidez sobre sus hombros.

El hecho de que llevara maquillaje, cosa que nunca hacía, me llamó inmediatamente la atención.

Ruby estaba completamente fuera de su zona de confort.

Sin más preámbulos, cogí dos vasos de mi mezcla de vodka y me acerqué a ella.

—Casi no te reconozco. Silbé con admiración y le tendí uno de los vasos de papel. —Toma, para ti.

Sonrió incómoda y cogió el vaso.

—Gracias. Será mejor que me vaya. Sólo quería pasar a saludar.

—Acabas de llegar. ¿Por qué quieres irte tan pronto?

Ruby se señaló a sí misma con la mano libre.

—No encajo aquí.

—¿No encajas en tu vestido? Si te aprieta demasiado, puedo quitártelo —bromeé, acariciando furtivamente su reveladora espalda con el dedo índice.

—Chase —me reprendió—. Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Y obviamente te gusta lo que quiero decir, me di cuenta con satisfacción. La piel de gallina de su espalda lo decía todo.

Ruby resopló despectivamente e intentó ocultar su excitación.

Demasiado tarde. Hacía tiempo que me había dado cuenta.

—¿No tienes otra chica con la que puedas ligar? —siseó, molesta.

—Sí, claro que la tengo. Pero prefiero enrollarme contigo —le murmuré al oído y dejé que mi mano se deslizara por su cuello—. No llevas sujetador, ¿verdad?

Ruby tragó saliva.

—¿Qué te hace pensar eso?

Dejé la taza en el alféizar de la ventana detrás de ella y acaricié con los nudillos las tensas yemas de Ruby, que se veían claramente bajo la tela de satén de su vestido azul hielo.

—Lo veo. Como todo el mundo aquí. Lo mejor que puedes hacer es acurrucarte cerca de mí para que nadie se dé cuenta de lo mucho que me deseas.

—¿Qué haces, Chase? —susurró ella con voz frágil—. No me gustas. Esto entre nosotros es estrictamente un acuerdo profesional. Así que puedes saltarte el flirteo.

Me reí suavemente porque ella intentaba con tanta vehemencia demostrarme que me

equivocaba con lo que su cuerpo me decía.

—Nena, el flirteo es una parte importante de todo esto. Si quieres que tu príncipe azul se fije en ti, también tienes que flirtear con él. Si no, ¿cómo se supone que va a reconocer sus intenciones?

Ruby se pasó los dedos por el pelo rubio y exhaló ruidosamente.

—Esto es demasiado tonto para mí. ¿Dónde está el baño aquí?

—Segunda puerta a la izquierda. —Señalé la parte trasera de la casa con un gesto de la cabeza—. ¿Quieres que te acompañe?

—Sigue soñando, vaquero.

Se subió el vestido para ocultar sus pezones erectos a los demás invitados a la fiesta y desapareció entre la multitud.

Molesto y excitado al mismo tiempo, apreté los labios.

¿Por qué no me había calmado?

Ruby acababa de entrar por la puerta y, en lugar de darle espacio y tiempo para respirar, me había abalanzado sobre ella como un gran felino y había intentado cazarla con mis encantos.

¿Qué me pasaba?

Conocía nuestro acuerdo y sabía lo importante que era para ella que nadie lo supiera excepto nosotros.

Coquetear con ella en público y susurrarle cosas sucias al oído que hacían que se le erizaran las yemas, se le humedecieran las bragas y huyera de mí, era, literalmente, crear problemas.

Realmente debería mantenerme alejado de ella en lugares públicos como este.

Pero su sensual vestido, su ardiente maquillaje y sus seductores tacones, unidos a su indomable voluntad y su deseo reprimido, hacían que mis planes fueran mucho más difíciles.

Ya era hora de que me tomara otra copa.

CAPÍTULO 22

Ruby

APOYÉ LA FRENTE brillante contra la fría pared del cuarto de baño y solté un silbido de aire.

Tal vez venir aquí no había sido una buena idea después de todo.

Me sentía... fuera de lugar.

Sí, bueno, había sido divertido arreglarse y la diferencia entre Ruby y yo sin maquillaje ni peinado había sido asombrosa.

Pero desde el momento en que entré por la puerta de los chicos, me sentí incómoda. No estaba acostumbrada a que me examinaran de pies a cabeza. Tampoco estaba acostumbrada a tirar todas mis inhibiciones por la borda e irrumpir en la pista de baile.

A diferencia de mis amigas. Se lo estaban pasando en grande y estaban completamente en su elemento.

Incluso Bella parecía haberse despojado de su timidez esta noche. Al menos eso me pareció a mí cuando la vi de pie con Ryder de camino al baño.

Me lavé las manos y me refresqué la frente con las palmas. Luego respiré hondo otra vez y abrí la puerta del baño.

Estaba a punto de volver con mis amigas cuando sentí un desagradable apretón en el hombro. Unas uñas afiladas se clavaron en mi carne y me hicieron girar, sobresaltada.

—¿Qué haces? —le grité a la mujer, que me miró con odio.

Ya la había visto una vez hoy. En la pista de hielo. Antes del partido. Con Chase. ¿Qué demonios quería de mí?

—¿Qué haces? Eso es lo que te estoy preguntando —me respondió, con la voz cargada de resentimiento—. ¿Qué estás haciendo con Chase? ¿De verdad crees que va en serio contigo?

—¿De qué demonios estás hablando? Chase y yo somos compañeros de proyecto, eso es todo.

—¿Compañeros de proyecto? —me contestó—. ¿Proyecto de joderme o qué? Sólo porque eres la hija del entrenador crees que puedes liarte con un tío como Chase, ¿no? ¿En qué mundo vives? Como si él estuviera seriamente interesado en alguien como tú.

Alcé una ceja, molesta.

—¿Alguien como yo? Quieres decir que como no soy una Barbie barata sin cerebro, un hombre como Chase no está interesado en mí, ¿es eso, sí?

—¿Qué acabas de llamarme? —siseó amenazadoramente, acercándose.

—No te he llamado nada. Pero si entiendes lo que digo, es tu problema, zorra.

Giré sobre mis talones y estaba a punto de alejarme cuando esta vaca loca me agarró por el pelo y me tiró hacia atrás.

—Tú eres la zorra aquí, rubia —gritó enfadada—. Una zorra asquerosa y aburrida. Ingenua, además. ¿Crees que le importas? ¿Qué le gustas? Chase necesita una mujer que lo cuide y le dé todo lo que quiere. Tú no eres capaz de eso en absoluto, maldita monja.

Me apartó de un empujón y escupió despectivamente a mis pies.

—Apuesto a que nunca has tenido una polla en la boca. Ni siquiera sabes qué hacer con ella —se rió burlonamente.

Apreté los puños con rabia y cerré la brecha que nos separaba. ¿Qué se creía que estaba haciendo? Nadie me empujaba. Y menos ella.

Si me tocaba una vez más, le rompería todos y cada uno de sus anoréxicos huesos por partida doble y triple.

—Te diré una cosa, cariño: la polla de Chase no ha estado en tu boca tan frustrada desde hace mucho tiempo. ¿Y sabes por qué? Porque estaba en mi coño. ¿Ya está? Vete a la mierda y pon de los nervios a otra.

—¿Todo bien por aquí? —La voz de Zoey rompió la atmósfera cargada entre esta Barbie enloquecida y yo.

—Todo va bien —dije, pero no aparté los ojos de la bruja envuelta en el traje ultrasexy.

—Serena, ¿no hay aquí un tío esperándote para ligar? Deja a Ruby en paz. Ella viene conmigo, ¿entiendes? —se dirigió a la serpiente.

Serena, entonces. Ya veo.

—Uhhh, ¿la hija del domador necesita ayuda de su mami? —se burló la vaca.

—Mantén la boca cerrada, ¿vale? —le espetó Zoey.

—Vale, vete a chupar pollas. Eso es lo que dices que te gusta hacer.

—Maldita zorra —gritó Serena y se abalanzó sobre mí sin previo aviso.

Me tambaleé hacia atrás porque no había visto venir este ataque y traté de encontrar mi equilibrio.

Las manos de Serena me arrancaron el pelo y tiraron brutalmente de mi cabeza hacia atrás.

—¡Quita tus manos de Ruby! Deja en paz a mi novia ya mismo —oí gritar a Zoey, pero antes de que pudiera intervenir, yo ya había agarrado a Serena y la había lanzado contra la pared de la escalera.

Luchamos entre nosotras y me di cuenta, para mi disgusto, de que aquella mocosa tenía muchísima fuerza.

Sin embargo, yo ganaría. No había posibilidad de que aquella serpiente acabara conmigo.

Serena tiró de mi vestido e intentó arrancármelo del cuerpo. La agarré y la tiré al suelo. Luego me abalancé sobre ella e intenté inmovilizar sus manos. Pero la bestia me golpeó en la cara.

—Estúpida zorra —chilló y me dio una patada.

Me senté sobre sus piernas y le tiré del pelo para que viera cuánto dolía.

—Mis extensiones —gritó—. Me vas a arrancar las extensiones, zorra.

—Te romperé la nariz maquillada si hace falta —le grité.

—Primero arañaré tu inocente cara de muñeca, zorra. Chase ni siquiera te mirará el culo cuando acabe contigo. Puedes apostar a que no lo hará.

—Oh sí, tu jeta hinchada es obviamente lo suficientemente fea sin marcas de arañazos como para que te dé la patada. O si no, ¿cómo explicas que me folle a mí y no a ti?

Serena soltó un grito de enfado porque había dado en el clavo, lo que me hizo sonreír triunfante.

—Y ahora qué, ¿te vas a empolvar tu nariz de plástico antes de arañarme la cara, o esa

amenaza era tan hueca y vacía como tú?

—Te mataré, zorra —rugió Serena, acercándose a mi cuello—. Te mataré, joder. —Antes de que pudiera responder, me agarró por detrás y tiró de mí.

CAPÍTULO 23

Chase

—TÍO, tienes que ver esto, Dylan me sacó bruscamente de mi conversación con Braydon.

—¿Qué pasa? —gruñí, molesto—. ¿No ves que aquí están hablando los adultos? Vete a jugar a otra parte.

—La hija del entrenador y Serena están teniendo una pelea de perras de primera clase. Es culpa tuya si te lo pierdes, tío.

—¿Qué? —gemí y miré incrédulo a Braydon, que se encogió de hombros.

Miré alrededor de la casa y me di cuenta de que la pista de baile se había quedado mucho más vacía. La música seguía atronando y enmascaraba el ruido de fondo de todas las conversaciones, por eso sólo me di cuenta en ese momento.

—¿Dónde? —pregunté y salí corriendo antes de que Dylan pudiera responderme.

La casa no era tan grande y cuando Ruby acababa de huir de mí, quería ir al baño.

¿Se suponía que Serena la había emboscado allí para acabar con ella? No me extrañaría. Serena no era precisamente remilgada y estaba muy celosa.

Se había formado una multitud en el pasillo entre el salón y el aseo, gritando y aplaudiendo salvajemente.

Me acerqué a la primera fila y, para mi horror, reconocí a Ruby arrodillada sobre Serena y luchando con ella.

El público, entusiasmado, las animaba y parecía estar disfrutando de verdad de la pelea. Hay muchas grabaciones y gritos. Nadie estaba interviniendo.

Vi a Zoey y Scarlett, que también estaban en primera fila y miraban a las dos mujeres con expresión cerrada.

Cuando hice un movimiento para intervenir, me detuvieron.

—Ruby no querrá que interfiramos. Ya se las arreglará sola.

—En el hockey sobre hielo, tal vez —objeté—. Pero esto no es una maldita pista.

Agarré a Ruby por los hombros y la aparté de Serena, que gritó como una furia e intentó agarrar a Ruby por el cuello y estrangularla.

Maldita sea, estaban de mal humor.

Serena acababa de gritar que iba a matar a Ruby, cosa que Ruby no dejaría impune.

No quería ni saber su respuesta a esa amenaza. Así que me la eché al hombro y la saqué de la línea de fuego.

—Fuera de mi camino —exigí indignado y crucé apresuradamente el pasillo, donde giré a la derecha y subí las escaleras con Ruby.

—¡Eh, déjame bajar! Todavía no he terminado con ella —maldijo Ruby por encima de mi hombro, tamborileando con los brazos en mi espalda.

—El espectáculo de lucha ha terminado, cariño. No vas a volver al ring, lo siento.

Le di una palmada en el trasero y le arreglé las piernas desnudas para que por fin dejara de retorcerse como una loca.

—No soy tu puto cariño —siseó y siguió tamborileándome.

Por fin llegué a la puerta de mi habitación.

La abrí de una patada, tiré a Ruby en la cama y cerré con llave.

—¿Qué demonios ha sido eso, Ruby? ¿Por qué te has peleado con Serena? ¿Te has vuelto loca?

Ruby se sentó y cruzó los brazos a la defensiva delante del pecho.

—No soy yo la que está loca, es ella. Quería pelea. Y la consiguió.

—¿De qué se trataba? —pregunté.

—De nada.

Resoplé divertido.

—¿Por nada? ¿En serio me estás diciendo que te peleas con Serena por nada?

Ruby se encogió de hombros.

—Y qué si lo hice. No importa.

—No, no importa —repliqué—. Quiero saber por qué estabais discutiendo.

Ruby bajó los ojos y guardó silencio.

Suspiré y me acerqué a ella.

—¿Puedo arrodillarme delante de ti o también me tirarás al suelo? —le pregunté burlonamente.

Ruby levantó una comisura de los labios. Una pequeña sonrisa implícita.

Sólo entonces me di cuenta de que estaba sangrando. Las afiladas uñas de Serena le habían cortado la mejilla y encima del ojo.

—Ruby, estás sangrando. Voy a por un paño húmedo y tiritas. Tú espérame aquí, ¿vale?

Ruby negó con la cabeza y me agarró la mano.

—No, por favor, no lo hagas.

—¿Por qué no? Vuelvo enseguida.

—No quiero que sepa que he recibido un golpe.

Exhalé ruidosamente y me esforcé por no reírme a carcajadas ante aquel comentario.

Ruby Sloane no sólo luchaba duro en el hielo, sino también fuera de él. Sabía la razón de lo primero: se trataba de ganar. Pero, ¿a qué se debía lo segundo?

—¿Por qué peleaste? —susurré y le levanté la barbilla con el dedo índice—. ¿Por qué te enfadaste tanto?

Ruby se cubrió la cara con las manos y bajó la parte superior del cuerpo sobre la cama.

—Fue por ti, ¿vale? ¿Estás contento?

—¿Por... mí? —repetí asombrado.

—Sí. Serena dijo que pronto te hartarás de mí porque soy muy inexperta y mala en la cama y no puedo darte lo que necesitas.

Hice un sonido indefinible y me puse de pie.

Saber que Ruby había llegado a las manos por mí, desencadenó sentimientos que parecían completamente fuera de lugar.

Orgullo, excitación, afecto, pasión y admiración me inundaron.

Me subí a la cama con Ruby y me incliné sobre ella.

—¿Te das cuenta de lo travieso y desagradable que es pelear por mí? Serena no tiene ni idea cuando te llama niña buena. Eres una verdadera chica mala, Ruby Sloane.

Llevé su mano a mi entrepierna para mostrarle lo que me hizo su confesión.

—Puede que sí. Pero tiene razón en una cosa: soy inexperta.

Me reí suavemente.

—Eso es fácil de cambiar, nena.

Mi mano se deslizó bajo su vestido, que se había subido, y se abrió paso inquisitivamente hasta sus finas bragas.

Aparté el trocito de tela y me encontré con su clítoris caliente y húmedo, que empecé a frotar suavemente.

La parte superior del cuerpo de Ruby se levantó. Soltó un grito ahogado.

—Alguien lo necesita de verdad —sonreí—. No te preocupes. Te cuidaré bien.

Ruby tragó saliva.

—Realmente eres cualquier cosa ... ahh ... aparte de ... —Ella gimió porque deslicé uno de mis dedos dentro de ella— “... un modelo a seguir” —terminó la frase sin aliento.

—Lo dice la mujer que estuvo luchando hace cinco minutos —murmuré contra sus labios y le mordí el lóbulo de la oreja.

Me desabroché los vaqueros y me los bajé. Luego puse a Ruby boca abajo y levanté su pelvis.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con voz ronca.

—¿Estás lista para tu segunda lección de educación sexual? Ya conoces la postura del misionero. Así que hoy haremos el curso avanzado.

Abrí sus piernas, rasgué sus bragas con mi avidez y empujé su vestido por encima de su cabeza para que quedara junto a sus codos doblados.

—Has tenido la amabilidad de quitarte el sujetador esta noche. Y te has dejado los zapatos puestos. Están tan buenos.

Me maravillé con sus tacones sexys y apreté sus dulces tetas colgantes con un zumbido primitivo.

—Son suaves. Y tan llenas. No tienes ni idea de lo bien que se sienten en mis manos. ¿Y qué tenemos ahí...? —Le froté las puntas de los pechos provocativamente. En un instante, sus pechos se tensaron y se apretaron contra mis palmas.

—Oh Dios, sí Chase —Ruby gimió con dureza.

—¿Sabes lo caliente que es cuando me llamas Dios, nena? Estoy a punto de metértela y luego puedes gritarlo para que todo el mundo lo sepa.

Ruby se estremeció y me di cuenta con satisfacción de que le gustaba tanto el sexo tierno y suave como el más primitivo y sucio.

Aunque esta vez también tendría cuidado, hoy quería llevarla un poco más lejos.

¿Por qué?

Porque su pelea de perras me había puesto tan jodidamente duro y caliente que necesitaba follármela para aliviar de algún modo esa acumulación de semen antes de que mi cabeza y mis pelotas estallaran al recordarlo.

Saqué un condón de la cartera, me lo puse a toda prisa y rodeé la entrada de Ruby con el dedo índice.

Ella suspiró de placer.

—Qué bien sienta.

—No se puede comparar con lo que sentirás cuando esté dentro de ti —susurré con una sonrisa.

Ruby se relajó y se mojó más con cada círculo que dibujaba alrededor de su entrada.

Sustituí el dedo índice por la polla, la froté golpeando su húmeda raja, provocándola, haciéndola gemir.

Con un lánguido empujón de alivio, me introduje dentro de ella y me estremecí.

—¿Demasiado? —dije entre dientes apretados porque estaba desesperado por moverme dentro de Ruby pero no quería hacerle daño.

—No —jadeó suavemente—. Es perfecto.

—¿Puedo moverme?

Ruby asintió.

—Cariño, necesito que me digas esto. Necesito que me dejes, ¿vale? Estoy tan jodidamente excitado que podría malinterpretar tu asentimiento porque estoy a punto de perder la cabeza.

—No me jodas —exhaló Ruby, haciendo que me pusiera rígido.

—¿Puedes...? Tragué saliva.

—¿Puedes repetirlo, por favor?

—¿Qué, que deberías follarme? —Ruby soltó una risita.

—Prueba a decir: Fóllame, Chase, dios del sexo cachondo —le supliqué.

Ruby soltó una risita más fuerte.

—Sigue soñando, bicho raro.

Le di una palmada en el trasero.

—No seas tan descarada.

—¿O qué? —susurró Ruby y movió provocativamente su apretado trasero.

En respuesta, me dejé deslizar fuera de ella y empujé con fuerza al momento siguiente.

—Mierda —maldijo Ruby con voz ronca y clavó las manos en las sábanas—. Por favor, sigue. Sigue, Chase.

—No te preocupes. No pienso parar —jadeé y volví a penetrarla con fruición.

Joder, qué bien me sentía.

La agarré por la cintura y empecé a bombear más rápido. Froté mi polla contra su punto G con pequeños empujones dirigidos, estimulándola hasta la punta del pelo y a mí al mismo tiempo.

—Mete la mano entre las piernas y acaríciate —le ordené entrecortadamente—. Masajea tu clítoris, Ruby.

Obedeció mi orden y se frotó su perla hinchada mientras yo seguía tomándola por detrás.

Podía sentir cómo se tensaba y se ponía cada vez más tensa. Estaba al borde y yo también.

Intensifiqué mis embestidas, clavándome en ella con más fuerza y a intervalos más cortos. Follándola a ella y a mí.

—Dios mío —exclamó Ruby, atónita—. Dios mío, Chase. Sí... sí... yesaah.

Saboreé el sonido de su voz profundamente excitada mientras gritaba su orgasmo.

Sin duda, cualquiera que pasara por delante de mi habitación nos oiría, pero todos sabían que no habíamos entrado en mi habitación para ver mi inexistente colección de sellos.

Así que quería que oyeran lo mucho que mi chica disfrutaba siendo mimada por mí y lo mucho que yo disfrutaba pudiendo mimarla a ella.

Cuando su orgasmo fue remitiendo lentamente, la giré hacia mí, me tumbé sobre ella y volví a penetrarla.

Ruby tenía los ojos cerrados y respiraba rápida y superficialmente.

Si lo hacía con habilidad, se correría de nuevo antes de que yo me corriera dentro de ella. Y eso era exactamente lo que iba a hacer. Estaba lejos de terminar con ella. No, todo lo contrario. Tenía la estimulante sensación de que esto no había hecho más que empezar entre nosotros.

CAPÍTULO 24

Ruby

ME APOYÉ en el pecho desnudo de Chase, saboreando la satisfacción que se apoderaba firmemente de mi cuerpo.

—¿Ruby? —murmuró Chase contra mi oído.

—¿Eh?

—¿Quién era el tipo que estaba en tu habitación la otra noche? Por favor, dime que no significa nada para ti.

Sonreí burlonamente.

—Significa mucho para mí, en realidad.

Chase refunfuñó contrariado y se puso rígido detrás de mí.

—Antes de que te asustes: Significa mucho para mí porque es mi hermano. ¿No lo reconociste?

—¿Tu... hermano? —respondió Chase, desconcertado.

—Caiden, sí.

Chase hizo un sonido de sorpresa.

—Vaya. Llevaba la gorra tan baja que no le reconocí.

—Ese era el objetivo de su mascarada. Y eso es exactamente lo que te pasará a ti cuando seas famoso —sonreí—. Dime, ¿no tienes que bajar a la fiesta? —le pregunté, dándole la vuelta para mirarle.

—No —susurró y me acarició el pelo—. Todo lo que me interesa está aquí, en mi cama.

Me apresuré a apartarme de él porque no quería que notara la sonrisa sentimental en mis labios.

—A estas alturas todo el mundo sabe que estamos liados —afirmé lo obvio y me acurruqué más bajo el edredón.

—¿Es eso un problema para ti?

Asentí tímidamente.

—¿Y por qué?

—Porque quiero que la gente me tome en serio, Chase. Y si se sabe que me acuesto con uno de los jugadores, recibiré muchas críticas, sobre todo porque soy parte de la familia Sloane. Con un poco de mala suerte, saldremos en las columnas de cotilleos de las revistas deportivas.

Chase me pasó lentamente el dedo índice por los hombros.

—Ruby —dijo vacilante—. Es lo más normal del mundo que tengas novio, jugador de hockey o no. Y seamos sinceros: tu gran pasión es el hockey sobre hielo. Así que es bastante probable que elijas un compañero al que también le apasione, ¿no? Un compañero con el que puedas compartir tu pasión.

Tuve que darle la razón a Chase en esto. No podía imaginarme tener a mi lado a un compañero al que no le interesara el hockey. Pero eso no significaba necesariamente que tuviera que salir con un jugador, especialmente con uno de mi propio equipo.

—No estamos juntos, Chase. No lo olvides. Sólo nos acostamos y si se sabe, a mí me tacharán de fulana barata y a ti de célebre casanova. Siempre es así —suspiré.

Chase enterró la cara en mi pelo y refunfuñó.

—¿Y si salimos juntos, Ruby? ¿Y si lo intentamos juntos? ¿Como pareja?

Me sorprendió su sugerencia.

—¿Cómo dices? ¿Quieres... salir conmigo? Pero si ni siquiera te gusto. ¿Cómo puedes siquiera soñar con una relación?

Chase sonrió irónicamente y se rascó la barbilla.

—Quizá estaba fingiendo que no me gustabas.

—¿Por qué harías eso?

—Porque me besaste hace dos años y luego me dejaste solo. Eso no halaga precisamente el ego masculino, ¿sabes?

—Yo, empecé. —Tenía mis razones.

Chase levantó una ceja sorprendido.

—¿Me lo vas a contar? ... ¿Por favor?

Me aparté un mechón de pelo de la cara y vacilé.

—En realidad, había varias razones.

Chase se apoyó en el cabecero de la cama y cruzó sus musculosos brazos detrás de la cabeza.

—Tengo tiempo.

—De acuerdo entonces —murmuré—. El hecho de que nos besáramos corrió como la pólvora por aquel entonces. Todo el mundo lo sabía y hablaba de ello.

Chase me miró, sin comprender.

—Cariño... esto es la universidad. Y nos besamos en medio de un pub lleno de jugadores de los Cometas. ¿Qué esperabas?

—Sí, lo esperaba. En ese momento, te lo celebraron y a mí me degradaron.

—Ruby, ya conoces a los chicos. Todos son bocazas y con egos muy grandes. Por supuesto que ese fué el tema número uno de conversación. Hasta que ocurre algo nuevo de lo que puedan hablar, que es más o menos cada 24 horas. Antes de que te dieras cuenta, nuestro beso habría sido agua pasada para ellos también.

—Estás siendo demasiado casual, Chase —discrepé.

—No, te lo estás tomando demasiado a pecho, Sloane, contraatacó.

—De todos modos, quería hablar contigo sobre eso en ese momento. Bueno... sobre nuestro beso. Pero de camino a los vestuarios, vi a una de las animadoras pasar junto a ti y preguntarte si te apetecía uno rapidito. Luego desapareciste en el vestuario con ella. Entonces lo vi todo claro.

Chase dejó escapar un sonido de incredulidad.

—¿Todo te quedó claro entonces? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué quieres decir con que todo estaba claro para ti?

Hice un gesto con las manos, pero Chase las juntó y se las puso sobre el pecho desnudo.

—Pensabas que iba a renunciar a la que se me ofreció, ¿verdad?

Asentí, mordiéndome el labio inferior con abatimiento porque el recuerdo de aquello aún me dolía.

—Bueno, si te hubieras quedado en tu puesto de observación cinco minutos más, habrías visto a Trisha salir corriendo de la habitación hecha una furia y maldiciéndome.

Abrí los ojos con asombro.

—Pero... ¿por qué hiciste eso?

—Porque le dije que no habría más números rápidos ni lentos. Le dije que había alguien que me gustaba y que quería ver si podía convertirse en algo más. Pero que sólo podía hacerlo si no tenía a nadie más entre manos.

—Pero... —tartamudeé, perpleja—. Entraste en esa habitación con ella.

—Porque sabía que montaría una escena y no quería discutirlo en medio del pasillo.

—Mierda —susurré, sintiendo los reconfortantes brazos de Chase alrededor de mi cintura.

—¿Por eso me diste la espalda? ¿Porque pensaste que el beso era sólo un pasatiempo sin sentido para mí? Debiste darte cuenta de que me interesabas, Ruby. No eres ciega y yo no fui precisamente sutil.

Miré al techo y sacudí la cabeza, sin apenas darme cuenta.

—No tienes esa reputación de mujeriego por nada, Chase. ¿Cómo iba a saber que no era una línea más de tu lista? Además, mi padre se enteró de lo nuestro y te puedes imaginar que no le hizo mucha gracia.

—Ah, por eso me lo hizo pasar tan mal durante el entrenamiento durante seis meses —murmuró Chase, gimiendo de dolor—. Por fin tiene sentido. Maldita sea.

—Puedes repetirlo.

—Sloane ... te das cuenta de que va a averiguar sobre nosotros, ¿verdad? Sobre nosotros y ... sobre la pelea.

Mierda. Había estado tan atrapada en el pasado durante los últimos minutos que se me había olvidado el lío en el que estaba.

—Oye —dijo Chase con urgencia—. Lo decía en serio, entonces y en este momento: me gustas. Eres fuerte. Hermosa. Fascinante. Y bastante impresionante. Me gustaría conocerte mejor y ver adónde nos lleva esto.

Miré a Chase con escepticismo.

—Nos graduamos en siete meses, Chase. Esta relación no tiene futuro. Quién sabe dónde firmarás y dónde acabaré yo.

Chase me acarició la mejilla y sonrió.

—¿Por qué no dejamos que esto venga a nosotros? Vamos paso a paso y vemos qué nos depara la vida. Porque si nos obsesionamos tanto con el futuro que nos olvidamos del presente, nos olvidamos de vivir.

CAPÍTULO 25

Ruby

—CARIÑO, ¿cuánto tiempo lleva la historia entre tú y Chase? —preguntó Zoey a la mañana siguiente, sentándose a la mesa de la cocina con su taza.

Le di un sorbo a mi café y me pregunté qué debía responder. Ni yo misma lo sabía.

—Todavía está todo muy reciente y, para ser sincera, no estoy segura de qué es exactamente lo que hay entre nosotros —respondí con sinceridad.

Willow bajó las escaleras bostezando y me despeinó.

—Si te peleas por él, sea lo que sea lo que hay entre vosotros debe de ser bastante serio, Ruby querida.

Me sonrojé al pensar en la pelea de la noche anterior y agaché la cabeza.

—¿Qué tan grave es?

Zoey abrió el móvil y se tapó la boca con una mano.

—Veinte mil visitas y casi otros tantos me gusta. Eres una estrella de internet.

—Joder —murmuré apenas audiblemente—. Estoy jodida.

—No, no lo estás —intervino Ivy, que se había unido a nosotras—. La gente está casi toda de tu parte. Muchos de ellos ya han sido víctimas de la propia Serena y están disfrutando del hecho de que se ha metido con la persona equivocada y finalmente ha recibido una paliza.

—¿Y si me expulsan de la universidad por esto? —pregunté alarmada.

—No jodas. —Willow le quitó importancia—. Te has metido en una pelea con una tía emperifollada en una fiesta. Así es la vida. No es como si te hubieras peleado durante una clase. No es asunto de nadie lo que haces en tu tiempo libre.

—No estoy tan segura de eso —susurré resignada—. Sea como fuere, no puedo retractarme. Así que no me queda más remedio que vivir con las consecuencias.

—¿Qué hicisteis realmente Chase y tú en su habitación después de que te arrancara de Serena y te pusiera a salvo? —quiso saber Ivy hipócritamente.

Le lancé una mirada divertida porque ella sabía la respuesta a eso tan bien como cualquiera en la habitación.

Las chicas silbaron apreciativamente y soltaron una risita.

—Eso no tiene ninguna gracia —refunfuñé.

—No, no lo es —Zoey estuvo de acuerdo conmigo—. De hecho, no es gracioso, es jodidamente caliente. En el campus se habla mucho de Chase Solomon. Pero hay una cosa en la que todo el mundo está de acuerdo: que folla como un joven dios. Despiadadamente talentoso y con una resistencia que te hace olvidar tu propio nombre.

Me sorprendí mordéndome el labio inferior y me sonrojé.

—Oooooo —chilló Zoey con entusiasmo—. Así que es verdad lo que dicen. Mierda, Ruby,

¡esto es tan emocionante!

Sí, lo era. Tenía que admitirlo.

Desde que pasaba tiempo con Chase, mi vida se sentía mucho más emocionante, variada y optimista.

Y no era sólo por el sexo. Me encantaba estar con Chase. Al contrario de lo que pensaba al principio, se podían mantener conversaciones realmente interesantes con él. Especialmente en debates y discusiones sobre hockey, podíamos perdernos durante horas si no teníamos cuidado.

Chase compartía la misma pasión que yo por este deporte. Para él, como para mí, era una parte importante de nuestras vidas y por eso no tenía que sentirme culpable cuando me dejaba llevar por el frikismo en su presencia. Porque Chase era igual de friki, si no más.

—¿Cómo debo comportarme en el campus? —les hice a mis amigas la pregunta del millón—. La gente hablará.

—Déjalos —dijo Willow—. Deja que hablen y finge que no te importa. El próximo fin de semana, como muy tarde, pasará algo más de lo que puedan cotillear y entonces vuestra pelea será historia.

—Exacto —asintió Scarlett, que se había unido a nosotras mientras tanto—. No dejes que te afecte. Deja que rebote en ti como una pelota de fútbol en la pared.

—¿Y qué hago si Serena se cruza en mi camino?

Las chicas se miraron significativamente y dibujaron en sus rostros una mueca fea, como si hubieran mordido un limón agrio.

Bueno, los buenos consejos salían caros. Porque supuse que Serena no se iba a conformar con esta derrota.

—Si te la encuentras, no dejes que te provoque. Ignórala —sugirió Ivy.

Me atreví a dudar de si tendría éxito tan fácilmente como Ivy imaginaba.

—¿Qué más vas a hacer hoy? —inquirió Zoey.

—He quedado con Chase para ultimar nuestro proyecto. Después lo entregaré y tengo que ir a ver a los Cometas. Últimamente hay mucho trabajo atrasado. Especialmente con mis solicitudes. Hay unas cuantas que necesitan salir urgentemente.

—Uhhh, ha quedado con Chase —se burlaron mis amigas, haciéndome poner los ojos en blanco—. ¿Os vais a poner a trabajar allí o vais a seguir donde lo dejasteis anoche?

—Hemos quedado en la biblioteca. Dudo que podamos tener sexo allí —murmuré, ligeramente molesta, y me levanté para lavarme la taza.

—Cariño, no te equivoques. Se puede tener sexo fantástico en la biblioteca —se rió Scarlett, lo que me puso la piel de gallina y dio vida instantáneamente a mi cine mental.

Yo intercambiando besos ardientes con Chase entre las estanterías mientras él empujaba su abultada y hambrienta polla dentro de mí.

Mierda.

Me froté la cara caliente y me prohibí seguir pensando en mi último pasatiempo favorito.

Me costaba creer que el sexo no hubiera desempeñado ningún papel en mi vida hasta hacía unos días y que fuera francamente adicta a él.

No, me equivoqué.

No era adicta al sexo en sí.

Era adicta al sexo con Chase.

Porque sólo él conseguía despertar en mí esas emociones indescriptibles que me hacían sentir ingrátida y explotar de placer al mismo tiempo.

No tengo ni idea de cómo lo hacía. Pero ya que lo había probado una vez, no podía saciarme.

Y eso era un problema. Como si no tuviera ya suficiente, el mayor problema de todos estaba por venir. Mi padre. Se pondría furioso.

CAPÍTULO 26

Chase

—¡SOLOMÓN! Vamos —gritó el entrenador en cuanto entré en el estadio aquella tarde.

—Maldita sea, Chase. Te está convirtiendo en carne picada. Te follaste a su hija y él te está follando a ti —susurró Ryder, mirando preocupado al entrenador.

Ya esperaba que se enfrentara a mí.

O se había enterado de lo de Ruby y yo por los cotilleos del pasillo o por el vídeo que circulaba por el campus.

En él se veía claramente a Ruby peleándose con Serena y a mí echándomela al hombro y llevándomela.

Suspirando, cogí mi bolsa de deporte y seguí al entrenador por el pasillo hasta su despacho.

Allí me esperó impaciente con los brazos cruzados delante del pecho y cerró la puerta de su despacho tras de mí con tal fuerza que un montón de hojas de papel saltó de su escritorio al suelo y el trofeo del último campeonato universitario que gané traqueteó amenazadoramente.

—Siéntate —siseó enfadado.

—Gracias, prefiero estar de pie —le contesté, dejando caer la bolsa al suelo.

—Siéntate, he dicho —siseó aún más enfadado.

Muy bien. Por mi culpa. Entonces me sentaría si eso le hacía feliz.

Tomé asiento en la silla de visitas y miré el autocar que me esperaba. Él había querido hablar conmigo, no al revés. Así que debería hacer un anuncio en lugar de esperar a que yo empezara a hablar. Porque no lo haría.

—Te acuestas con mi hija —me espetó enfadado.

Era una afirmación. No una pregunta. Así que no necesité contestar. Él sabía la respuesta.

Enarqué una ceja y seguí mirando al entrenador, esperando.

—¿Qué demonios crees que haces insinuándote a mi hija?

Ya veo. Por fin una pregunta.

—Ruby es atractiva. Es inteligente. Me fascina. Me gusta estar con ella. Hemos pasado mucho tiempo juntos en las últimas semanas debido a un proyecto conjunto de la universidad y en algún momento congeniamos, hubo una chispa.

No tuve que decirle que me había sentido atraído por ella hacía mucho tiempo y que los dos últimos años podrían haber sido muy diferentes si Ruby no me hubiera pillado en una situación que para ella estaba clara y me hubiera evitado como a la peste desde entonces.

—¿Hubo una chispa? ¿Qué se supone que significa eso? ¿Que te enamoraste de ella o qué?

La voz del entrenador sonaba amenazadora y enfadada, pero no me impresionó. Yo no había hecho nada malo. Y Ruby tampoco.

—Me gusta Ruby. Me gusta mucho. Y me gustaría saber si lo que está surgiendo entre

nosotros tiene alguna posibilidad de futuro juntos.

—Cojones —gruñó el entrenador.

—¿A quién quieres engañar? Ya metiste a Ruby en problemas una vez. En aquel entonces, hace dos años. Le dijiste a todo el mundo que te habías acostado con ella, pero lo único que hiciste fue besarla. Y sólo por eso, me gustaría cortarte la puta lengua.

Sacudí la cabeza enérgicamente.

—Nunca he afirmado haberme acostado con Ruby. Nos besamos, sí. Y lo mantengo. Pero eso fue todo. Si alguien te ha dicho algo más, es pura basura.

—¿Así que me estás diciendo que no presumiste ante tus compañeros de haberte acostado con la hija del entrenador?

Volví a negar con la cabeza.

—Realmente no necesito hacer eso. Y difundir mentiras no es lo mío. No lo hago. Y menos con una mujer que me importa.

El entrenador resopló despectivamente y se sentó en el borde de su escritorio. Una demostración de poder. Al encumbrarse sobre mí, me hizo sentir que era superior a mí.

—¿Es así? Entonces, ¿por qué no me dices: qué significa mi hija para ti que estás poniendo en peligro su futuro con tus tonterías sin sentido?

Entrecerré los ojos con irritación.

¿Cómo dices? ¿Estoy poniendo en peligro su futuro? Me parece una exageración.

—¿Por qué crees que estoy poniendo en peligro el futuro de Ruby, entrenador?

El entrenador sacó el móvil del bolsillo del pantalón, lo desbloqueó y me lo puso delante de las narices.

—Es mi hija peleándose en público. No en el campo de hockey sobre hielo, no. Pero en una maldita fiesta. Y si estoy interpretando correctamente los retazos de palabras que las dos señoras se gritan entre sus amenazas de muerte, esta pelea es por ti, Chase Solomon. ¿Sabes lo que pasará cuando los equipos profesionales para los que Ruby está probando vean este vídeo?

Sí, ya lo había pensado.

A ninguna empresa le gusta ver en Internet un vídeo de un empleado y por tanto indirectamente ellos, no salgan bien parados.

Si fuera yo en este vídeo, sería sólo la mitad de trágico. Porque a un jugador de hockey sobre hielo peleón se le puede perdonar mucho. Pero a una seria aspirante a la dirección de un equipo profesional... difícilmente.

—Escuche, entrenador. Somos jóvenes. Estamos en la universidad. Las cosas se nos irán de las manos de vez en cuando. Eso es normal. No me diga que nunca se metió en peleas en la universidad.

—¡Maldita sea! —El entrenador golpeó el escritorio con el puño—. A nadie le importa si me metí en peleas. Igual que a nadie le importa si tú te peleas. Somos hombres. Jugadores de hockey. Se espera que nos peleemos. ¡Pero no Ruby! ¿No te das cuenta de eso?

—Está exagerando. Nadie va a negarle el puesto a Ruby por un estúpido vídeo y un lío con un jugador —le dije al entrenador, cuyo rostro se ensombreció notablemente ante mis palabras.

—No me digas nunca que exagero si quieres salir de aquí con la cabeza bien alta, Solomon, ¿entendido? El director general de los *Halcones Negros* me ha llamado esta mañana. Ruby había solicitado el puesto en el departamento de comunicaciones. Dijo que los *Halcones* no pueden resolver sus problemas fuera del campo por la fuerza, así que ya no pueden considerar la solicitud de Ruby.

Mierda.

No lo había visto venir.

—Pero... ella sólo se defendía —tartamudeé, ya no sonaba tan seguro como me había sentido hasta hacía un minuto.

—Con los puños. Eso se puede tolerar en el hielo, pero como puedes ver, no fuera de él. Eres una mala influencia para mi hija, Chase Solomon. Demonios, eres veneno puro para ella, antes y en este momento. Así que, por el amor de Dios, quítale las manos de encima antes de que sigas destruyendo su vida.

—Pero yo... —quise protestar, pero el entrenador me cortó.

—Podría amenazarte con destruir tu carrera profesional si no haces lo que te pido, Solomon. Podría decirte que haré algunas llamadas y me aseguraré de que ningún equipo de las grandes ligas vuelva a tenerte en cuenta. Pero yo no soy así. No voy a proteger a mi hija chantajeándote. Aún así, quiero que te mantengas alejado de ella a partir de este momento.

—Entrenador Sloane..., volví a intentar —pero el entrenador me interrumpió por segunda vez.

—Nada de eso. Yo también fui profesional, Solomon. ¿Crees que no sé en qué clase de vida te estás metiendo? Precisamente tú. No podrás resistir ninguna de las innumerables tentaciones que te esperan como profesional a largo plazo. Tarde o temprano la engañarás y le romperás el corazón. Y no puedo permitirlo. Ella se merece algo mejor.

Cerré las manos en puños y me levanté para mirar al entrenador a los ojos.

—No tengo intención de engañar a Ruby. Tampoco tengo intención de romperle el corazón. Sólo quiero conocerla mejor. Pasar tiempo con ella.

—¿Para qué? —el entrenador detuvo mi torrente de palabras—. Vas a dejar el *Colorado College* y Flake Falls en poco más de seis meses. ¿Y si juegas en un equipo de Nueva York y Ruby trabaja en un equipo de California? ¿Cómo va a funcionar eso entre vosotros? Te lo diré: en absoluto. Así que deja de darle falsas esperanzas a Ruby y no la toques.

Apreté los labios y bajé la mirada. El entrenador no estaba del todo equivocado. No sabíamos lo que nos deparaba el futuro y, aunque de momento podíamos concentrarnos en el presente, el futuro se acercaba rápida e inevitablemente. Hasta que nos veríamos obligados a afrontarlo.

¿Y si el futuro no colmaba nuestras esperanzas y deseos? ¿Y si nos enamorábamos cada vez más y nos rompíamos el corazón por vivir a miles de kilómetros de distancia?

—Chase —suspiró el entrenador—. Se trata de la felicidad de mi hija y no te pido como entrenador, sino como su padre, que no se la robes. Si de verdad te importa tanto como dices, déjala marchar antes de que sea demasiado tarde. Demuéstrame lo mucho que te importa renunciando a ella porque le estás dando la oportunidad de realizar sus sueños.

CAPÍTULO 27

Ruby

VOLVÍ A MIRAR el reloj y fruncí el ceño, molesta.

Chase ya llevaba media hora de retraso.

No era propio de él.

Habíamos acordado que me recogería en mi despacho después del entrenamiento y que iríamos juntos al cine para celebrarlo. Había entregado nuestros proyectos de grupo a primera hora de la tarde, poniendo fin a semanas de duro trabajo.

Creía firmemente que nos iría muy bien, porque tanto Chase como yo habíamos puesto todo nuestro empeño en ello.

Y tanto esfuerzo tenía que verse recompensado. Con una emocionante película de acción y un gran cubo de palomitas.

Pero si no nos íbamos pronto, nos perderíamos el principio de la película.

¿Dónde estaba Chase?

Estaba a punto de llamarle cuando llamaron a mi puerta.

Por fin.

—Llegas tarde —llamé a través de la puerta cerrada, me levanté y cogí mi mochila.

Pero cuando me volví hacia la puerta, no estaba Chase, sino mi padre.

Hoy lo evite con éxito. Hasta ese momento. No podía evitar su sermón para siempre, lo sabía. ¿Pero tenía que ser cuando estaba a punto de irme al cine?

—Chase no va a venir —dijo mi padre en un tono peligrosamente tranquilo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cómo sabes...? —empecé, pero luego vacilé—. Hablaste con él. Papá... ¿qué le has dicho? ¿Está bien?

Mi padre hizo una mueca de desaprobación.

—Claro que está bien. Porque a diferencia de ti, yo no golpeo a la gente para resolver conflictos.

Ouch. Eso me afectó. Pero ya me esperaba algo así. Y sí, tenía que estar de acuerdo con mi padre. Pelearme con Serena, o mejor dicho, pelearme, no había estado bien.

Pero sólo probaba que era humana y por lo tanto falible. Como todos los demás.

—Vale, papá. ¿Qué quieres oír? Sí, fue una estupidez y sí, me arrepiento de haber estallado. Pero simplemente pasó.

—Te lo estás poniendo muy fácil, hija, respondió mi padre.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Me encogí de hombros.

—Si quieres que me disculpe con esa estúpida vaca, olvídalo. El infierno se congelará antes.

Mi padre apoyó las manos en el escritorio y me miró en silencio.

Nadie dijo nada durante un rato.

—Te acostaste con Chase —dijo finalmente.

—¡Papá! —Me sonrojé—. Eso es privado.

—No seas tan ingenua, Ruby. La gente cuchichea sobre ello a puerta cerrada. Qué puto caso de déjà vu. Sólo que esta vez, lo que dicen es verdad. Dejaste que Chase Solomon te envolviera alrededor de su aparato, ¿no?.

—¿Y qué si lo hice? —respondí, levantando la barbilla con decisión—. Tengo casi 23 años, así que soy lo suficientemente mayor para tener sexo. Además...

Hice una pausa.

—¿Además, qué?

—Además... esto no es sólo sexo entre Chase y yo. Tenemos más cosas en común. Nos gustamos. Estamos saliendo.

—Ruby —mi padre gimió molesto.

—¿Cuántas veces te he sermonado que no debes salir con un jugador de hockey, y menos con uno de tu propio equipo? Lo arruinarás todo. Tu reputación, tu carrera y todo tu duro trabajo.

—¿Pero por qué? ¿Sólo porque me enamoré de un jugador? Eso es absurdo. Como todos sabemos, eres impotente ante tus sentimientos. Y aparte de eso: Sabes lo mucho que el hockey sobre hielo significa para mí. Era previsible que me enamorara de alguien a quien le importa el hockey tanto como a mí. No hay nada de lo que prefiera hablar que de hockey.

Mi padre levantó los brazos y se alborotó el pelo.

—Podrías haber elegido a un directivo de hockey, a alguien del departamento de marketing o simplemente a un maldito aficionado al hockey, Ruby. ¿Por qué un jugador del equipo que entreno?

Crucé los brazos delante del pecho e intenté mantener la calma.

—Papá, sabes que me gusta Chase. Lo sabes desde hace dos años. En aquel entonces, te hice caso y lo alejé. Pero eso se acabó. He fingido que no me importaba durante mucho tiempo porque me preocupaba mi reputación. ¿Por qué no dejas que la gente hable? Lo hacen de todos modos. Prefiero pisar deliberadamente una cara una vez que pasarme la vida merodeando con miedo, siempre preguntándome ¿y si...?

Mi padre rió amargamente.

—Qué apropiado, Ruby. Bueno, qué puedo decir: la explosión que provocaste se ha cobrado sus primeras víctimas.

—¿Qué quieres decir?.

Mi padre se acercó a mí y se detuvo justo delante. Me miró con una mezcla de pesar y decepción.

—Me han llamado los *Halcones Negros*. Te han descalificado del proceso de solicitud porque no aprueban tu comportamiento. De alguna manera se enteraron del vídeo y sacaron sus propias conclusiones.

Mis facciones se descompusieron y me quedé blanca como el papel.

—¿Cómo dices? No podían hacer eso.

—¿Te das cuenta de la gravedad de la situación, Ruby?

Tragué saliva y luché contra las lágrimas que brotaban de mi interior.

—¿Dónde está Chase? Acabas de decir que no iba a venir. ¿Cómo lo sabías?

Mi padre soltó un suspiro y me agarró por los hombros.

—Ruby, te acabo de decir que tu carrera se está desintegrando en sus componentes antes

incluso de haber empezado y ¿lo único que te importa es dónde está Chase? ¿Qué te pasa? No te reconozco. No eres mi hija. Te lo ruego: ¡Despierta!

Resoplé y empujé a mi padre hacia la puerta.

Una vez allí, me volví hacia él con los ojos enrojecidos.

—Gracias, papá. El hecho de que sea tu hija es exactamente lo que quería oír. Tu sensibilidad es realmente notable. Y, por favor, discúlpame. Tengo que ir a buscar a la persona que parece ser la única que me acepta por lo que soy.

CAPÍTULO 28

APENAS HABÍA ENCENDIDO la luz de mi habitación cuando llamaron a la puerta principal.

Miré el reloj con asombro.

¿Quién venía tan tarde? ¿Esperaban Braydon o Ryder una visita femenina?

Por mi parte, no esperaba a nadie. Así que tampoco abrí la puerta. Que los chicos se ocuparan de sus asuntos.

Me tumbé en la cama y miré al techo con resignación.

Me había pasado toda la tarde dando vueltas por Flake Falls sin un plan, congelándome el culo y sintiéndome realmente mal.

Había dejado plantada a Ruby justo el día en que nuestro proyecto conjunto llegaba a su fin. Debí de pensar que me estaba aprovechando de ella, tanto mental como físicamente.

Fue un asco.

Pero probablemente fue lo mejor para todos.

Mejor que me odiara a que me llorara.

Y si me odiaba, se alejaría de mí. Me evitaría, como había hecho durante los últimos dos años. Y eso, a su vez, haría más fácil para mí alejarme de ella.

Otro golpe en la puerta me hizo ponerme en pie de un salto, molesto, y bajar las escaleras.

Al parecer, ninguno de los chicos iba a abrir la puerta.

Qué vagos. Así eran ellos.

Abrí la puerta de un tirón y me sobresalté al ver a Ruby allí, con los brazos cruzados delante del pecho y los ojos brillando furiosamente.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? La pregunta es: ¿qué has estado haciendo estas últimas horas? O: ¿Qué era tan importante para que me dejaras plantada sin decírmelo?

Me encogí de hombros.

—Lo siento, se me olvidó.

Ruby me apartó y entró sin invitación.

Si pensaba que creía mis mentiras, me equivocaba. Porque una de las razones por las que me sentía tan atraído por ella era su aguda mente.

—No me mientas, Chase. Mi padre habló contigo, ¿verdad? ¿Qué te dijo? ¿Te chantajeó? ¿Amenazó con boicotear tu carrera si no me dejabas en paz?

Negué con la cabeza.

—No. Entonces sí, hablamos, pero no me amenazó.

—¿Pero qué? —quiso saber Ruby con voz cortante.

—Me abrió los ojos.

Ruby resopló.

—¿Te abrió los ojos? ¿En qué sentido?

Me pasé la mano por el pelo con pesar y cerré la puerta, que seguía abierta.

—Me habló de los *Halcones Negros*. Y me recordó que en seis meses nos separaremos, nos guste o no. Y por mucho que quiera pasar los próximos meses contigo, Ruby, ¿merece realmente la pena? ¿Qué pasa si Serena se te insinúa otra vez? ¿O una de sus amigas? ¿Y no deberías estar concentrándote en tus solicitudes de trabajo y en tu carrera en lugar de en una relación conmigo que, de todos modos, no tiene futuro?

—¿Hablas en serio? —se rió Ruby con sorna—. ¿Qué te parece? Vamos paso a paso y vemos qué nos depara la vida. Porque si nos fijamos tanto en el futuro que nos olvidamos del presente, nos olvidamos de vivir. Eso es más o menos lo que dijiste, ¿no, Chase?

¿Lo había recordado? ¿Fiel a la palabra?

Joder, esta mujer me impresionaba cada día más. Una mujer que no sólo me escuchaba, sino que recordaba lo que yo decía... Fascinante.

Y sin embargo... prohibida.

—Quizá estaba tan nublado por el orgasmo que dije gilipolleces —murmuré, aunque eso no era en absoluto cierto. Estaba en mi sano juicio, todas las palabras que dije iban en serio. Todavía lo decía.

—¿Es así? ¿Eres el tipo de hombre que le promete a una mujer la luna en la cama sólo para que pueda tener otra oportunidad?

—Actúas como si lo supieras todo. Pero no tienes ni idea —dije, sabiendo muy bien que la estaba hiriendo.

Pero si discutimos sobre los hechos, perdería ante ella y cedería. No tenía ninguna posibilidad contra Ruby a menos que la atrajera a un nivel emocional, donde discutiéramos destructivamente en lugar de constructivamente.

Y, efectivamente, mis palabras tuvieron el efecto deseado. Ruby se quedó boquiabierta y tragó saliva.

—Así que Serena tenía razón después de todo —susurró— soy demasiado inexperta y aburrida para ti. Sólo me estabas utilizando para poder sacar una buena nota en el proyecto y seguir jugando al hockey. Y ya que has conseguido ese objetivo, me dejas tirada.

Tuve que apretar la mandíbula con tanta fuerza para no protestar ruidosamente ante esta afirmación que crujió malsanamente.

No fue así. En absoluto. Y el hecho de que ella me creyera capaz de hacerlo me dolía. Pero me dolió aún más que esta falsa suposición la hiciera llorar.

Lágrimas traidoras, que contuvo con dificultad, ardían en sus ojos.

Me apresuré a apartar la mirada.

Joder, no quería ver eso. No podía verlo.

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón para no sucumbir a la tentación de abrazar a Ruby y confesarle que nada de aquello era cierto.

En lugar de eso, miré obstinadamente a mis pies y no dije nada.

—¿No te da vergüenza? —susurró Ruby con voz ronca.

Lo estaba, y de qué manera. Estaba absolutamente avergonzado de mí mismo. Pero no podía decírselo.

Así que levanté los ojos, respiré hondo y dije:

—Vamos, Ruby. No finjas que no sabías en lo que te estabas metiendo. Teníamos un acuerdo

y cada uno cumplió su parte. Cualquier otra cosa es demasiado complicada para mí. Tu padre tiene razón. No serviría de nada. Así que, ¿por qué no nos ahorramos los problemas y las molestias y volvemos a lo nuestro?

Ruby me fulminó con la mirada y dio un pisotón furioso hacia la puerta, que se estrelló contra la pared.

—Eres un cabrón, Chase Solomon. No sé por qué me involucré contigo. Debería haberlo sabido.

Cerró la puerta de un portazo y el silencio que de repente se extendió por la casa me hizo daño en los oídos.

Me quedé clavado en el sitio durante un rato, mirando la puerta por la que Ruby acababa de desaparecer.

En algún momento, finalmente me desenredé y subí sigilosamente a mi habitación, donde me aseguré de que había una luz encendida en la habitación de Ruby.

Saber que estaba en casa y a salvo en lugar de corriendo por la ciudad a altas horas de la noche, sola y herida, calmó un poco mis nervios.

Aun así, me sentía como un imbécil.

Y con razón.

CAPÍTULO 29

Ruby

ESTABA SENTADA EN LA BIBLIOTECA, preparándome para mis próximas entrevistas.

Los *Halcones Negros* me habían retirado de su lista, pero al parecer no todos los equipos se habían dejado influir por mi poco favorecedor vídeo.

En cualquier caso, me esperaban tres entrevistas. Una en Carolina del Norte, otra en Arizona y otra en Chicago.

En la primera ronda de entrevistas, me presentaría en línea antes de ir a ver a los equipos in situ si pasaba a la segunda ronda.

Habían pasado unas semanas desde la discusión entre Serena y yo, así que el interés por ella había decaído poco a poco y había sido sustituido por nuevos escándalos, con los que afortunadamente yo no tenía nada que ver.

Me metí en mi caparazón y sólo salía de él para las clases, mi entrenamiento y el trabajo en los Cometas.

Aunque me seguía doliendo profundamente que Chase se hubiera aprovechado de mí, me hubiera engañado y me hubiera dejado, seguía estando agradecida por lo que había podido vivir con él.

Y con eso no me refería sólo al sexo fenomenal, sino también a la tormenta de mierda a la que me vi sometida tras la discusión con Serena. Porque eso me había enseñado que las cosas a menudo eran peores y más dramáticas en mi cabeza de lo que realmente eran.

Sí, vale, mi buena y limpia reputación se había resentido. Y sí, había sido objeto de chismes y cotilleos desagradables. Pero había sobrevivido.

Mi carrera no se había arruinado y mi vida tampoco.

El big bang con el que había fantaseado en mi cabeza, que destruiría todo por lo que había trabajado tan duro, no ocurrió.

En lugar de eso, obtuve claridad. Lo vi tan claro que la niebla del miedo se disipó y dio paso a los brillantes rayos de la confianza.

Había pasado por unas semanas realmente desagradables que odiaría repetir, pero me habían enseñado que nada estaba tan caliente como se cocinaba.

Y esta constatación me quitó el miedo a todo lo que me esperaba en el futuro.

Saber que todas las tormentas pasarían tarde o temprano, que el oleaje acabaría volviendo a la normalidad y que el sol sustituirá a cada chaparrón, me permitía mirar al futuro con optimismo y valentía.

Así que la excitación de las últimas semanas me había sentido bien.

Sabía por mis amigas que Chase amenazaba a cualquiera que hablara estúpidamente de mí

con darle una paliza si no se callaba en el acto y me dejaba en paz. Y como Chase Solomon era uno de los estudiantes y jugadores más populares del campus, la gente se plegaba a su voluntad. Porque nadie quería meterse con él.

Es muy posible que esta tormenta no me hubiera pasado por encima tan rápido si Chase no me hubiera defendido.

¿Pero eso cambió algo?

La verdad es que no.

Sólo demostró que Chase tenía algo parecido a un corazón en algún lugar de su poderoso cuerpo atlético.

Pero no latía por mí.

Al menos no de la forma que yo esperaba.

Porque aunque me defendía según Zoey, Willow, Scarlett, Ivy y Bella, me evitaba.

A menudo lo sorprendía de pie junto a la ventana de su habitación mirándome, ensimismado, pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban, se daba la vuelta y desaparecía.

Su comportamiento tenía poco sentido y, sin embargo, yo no tenía tiempo ni ganas de analizarlo. Había decidido seguir adelante y dejar de gastar energía en un hombre que claramente no iba en serio conmigo.

Necesitaba un hombre que supiera lo que quería y me demostrara que me amaba.

Completamente o nada.

No iba a subestimarme, eso estaba claro.

—Hola cariño, ¿estás lista?

La voz de Scarlett me sacó de mis pensamientos y me hizo estremecer.

—¿Por qué estás tan triste? ¿En qué piensas? En él no, ¿verdad?

Seguí la mirada de Scarlett y vi a Chase apoyado en una estantería, mirándonos.

Cuando se dio cuenta de que lo había visto, se bajó de la estantería con expresión tensa y desapareció entre las filas de libros.

Dejé sin respuesta la pregunta de Scarlett porque no quería mentirle y metí mis papeles en la mochila desordenadamente.

—Ya podemos irnos.

Me levanté y seguí a Scarlett fuera de la biblioteca sin volver a mirar atrás.

El equipo femenino de hockey sobre hielo jugaría un partido importante para el que habíamos estado entrenando durante mucho tiempo y aunque había estado en el hielo casi todos los días y había jugado innumerables partidos, sentía la adrenalina burbujeando en mi interior y la emoción haciendo que los abejorros volaran en mi estómago.

De camino a la pista, nos encontramos con Zoey y Willow, que se unieron a nosotras.

—Oye Ruby, ¿puedo hablar contigo un momento? —Zoey me detuvo cuando empujamos la puerta de la pista y estábamos a punto de entrar.

Frucí el ceño sorprendida e hice un gesto a las demás para que se adelantaran.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —pregunté y la llevé a un rincón tranquilo, mientras los primeros espectadores ya entraban en tropel en la pista.

Esperábamos mucho más de lo habitual para el partido de hoy, ya que jugábamos contra las campeonas defensoras, las *Colorado Wild Cats*.

—Escucha, tú y Chase —empezó, pero levanté la mano para impedir que continuara.

—Chase y yo no existimos, Zoey.

—¡Déjame terminar, Sloane!

Me dio un puñetazo en el brazo y puso mala cara.

—Bien. Entonces habla si es lo que quieres —suspiré.

—Creo que deberíais volver a hablar.

Mis ojos se abrieron de par en par con incredulidad.

—¿Por qué haría eso? Ya está todo dicho entre nosotros.

Zoey se mordió el labio pensativamente.

—No me cuadra.

—¿Qué no te cuadra?

—Su comportamiento. No encaja con lo que te dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Te defiende como un león y amenaza a cualquiera que hable mal de ti. Pero no le importas. Y luego sigue preguntando por ti. Tan despreocupadamente que se nota, ¿sabes? Dificilmente haría eso si no le importaras.

Dejé escapar un suspiro de fastidio.

—Zoey, honro tus pensamientos y realmente aprecio que te preocupes por mí, pero ¿qué sentido tiene? Sólo podemos especular y no llegar a ninguna conclusión. Si Chase quiere algo de mí, que venga y me lo diga. Y mientras no lo haga, puede permanecer alejado de mí. Así de simple.

Caminé junto a Zoey hacia la puerta.

Para mí, esa conversación había terminado.

—¿De verdad lo sientes así? —Zoey me llamó interrogante—. ¿Tan simple, quiero decir?

No, en absoluto. Pero estaría bien que lo fuera...

Preferí guardarme eso para mí.

—Vamos, Zoey. El partido no nos esperará —respondí en su lugar y entré en el vestíbulo por delante de ella.

CAPÍTULO 30

Chase

ME SENTÉ en las gradas y vi el partido de hockey de Ruby contra las *Colorado Wild Cats*.

Sentados a mi lado estaban mis compañeros Dylan y Reed, que claramente estaban disfrutando del espectáculo que nos estaban ofreciendo sobre el hielo.

Todos sabían que el partido de hoy iba a ser despiadado.

Las *Wild Cats* eran uno de los mejores equipos universitarios de Estados Unidos y querían defender su título a toda costa. Perder puntos ante las Cometas estaba fuera de su alcance.

Jugaron en consecuencia: duro, sin piedad y sin importarles las derrotas.

—Vaya, tío, ¿has visto cómo la número ocho de las *Wild Cats* ha placado a Scarlett? —exclamó Reed con una mezcla de fascinación y preocupación.

—Las gatitas sí que están sacando las garras —se carcajeó Dylan—. Ahí, mira, Ruby está a punto de recibir una buena paliza.

Seguí su ejemplo y vi a la delantera contraria de Primera Fila patinando hacia Ruby y sin hacer ningún esfuerzo por frenar.

Iba a chocar contra Ruby con toda su fuerza.

Me levanté de un salto y grité lo más alto que pude:

—¡Ruby! ¡Cuidado! Detrás de ti!

Pero ya era demasiado tarde.

La jugadora de las *Wild Cats* chocó contra Ruby sin control y la derribó con la fuerza del impacto.

Ruby cayó al suelo y fue golpeada longitudinalmente contra el duro hielo. La atacante, sin embargo, aterrizó suavemente sobre su cuerpo.

¡Maldita zorra!

—¿Qué coño? ¡Ha sido una falta clara! ¡Saca a esa zorra del hielo, joder! ¡Que juegue sus jodidos juegos en el infierno!

—Chase —Reed me arrancó la chaqueta con ojos del tamaño de platos—. Siéntate y cállate. ¿Por qué estás montando una escena?

—¿Por qué estoy montando una escena? —siseé—. ¿Tienes tomates en los glúteos, o qué es exactamente lo que te pareció justo de esa acción? Eso fue peligroso de cojones, tío.

Reed intercambió una mirada significativa con Dylan y se calló.

Mejor para él, porque yo estaba a punto de explotar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tardas tanto? Un ciego puede ver que eso era una ofensa que debía ser castigada —grité.

—Chase —siseó Reed—. Cálmate, tío.

Me giré para mirarle.

—No me digas lo que tengo que hacer y lo que no, ¿entendido?

—Mira, Ruby se ha levantado. Está bien —nos informó Dylan conciliadoramente, señalando el hielo con la barbilla.

Respiré aliviado cuando Ruby se puso en pie, se quitó la camiseta aturdida y le indicó al árbitro que estaba bien.

Mientras tanto, sus compañeras se habían quitado de encima a la jugadora contraria y la rodeaban como hienas hambrientas, dispuestas a atacarla y castigarla por su falta.

Cómo me gustaría estar allí y hacer precisamente eso: ¡Atacar!

Sabía que a veces había peleas en el hielo. Eso formaba parte del juego. Pero provocar intencionadamente una lesión, incluso proponérselo deliberadamente, no era aceptable.

El árbitro era obviamente de la misma opinión, ya que impuso minutos de sanción a la jugadora contraria.

Ya era hora.

Se liberó del círculo de hienas y salió patinando del hielo. Hizo un gesto ominoso con la mano en dirección a Ruby, que significaba algo así como: Te estoy vigilando.

¿Pero qué coño...?

¿A qué venía eso?

—Tío, están intentando joder a Ruby.

Al parecer a Reed tampoco se le había pasado por alto la amenaza silenciosa.

—Eso seguro. Quieren quitar de en medio a la delantera de los Cometas. Ruby tiene el récord de goles. Si se aseguran de que no pueda jugar, aumentarán sus posibilidades de ganar.

Resoplé con disgusto.

—Cualquiera que sólo pueda ganar así es un perdedor de mierda.

—Vamos, Solomon. —Reed me dio una palmada amistosa en la espalda—. Ya sabes cómo va esto. Y Ruby también sabe lo que le espera. Tu niña estará en guardia a partir de este momento.

Le di a Reed una palmada en la nuca.

—No es mi niña, ¿vale?

—Claro que no —se rió—. ¿Por qué si no nos arrastrarías a este partido y afirmarías que aquí podríamos aprender algo? Es sólo una excusa poco convincente para que puedas acechar a Ruby sin que se note y perder tu reputación de eterno soltero.

—Y una mierda —gruñí—. Lo mío es el juego.

—Y una mierda, tosió Dylan —sonriendo satisfecho.

Le dirigí una mirada fulminante y señalé el campo.

—¿Quieres tener la bondad de callarte ya? El partido continúa.

Dylan y Reed se abstuvieron de hacer más comentarios y volvieron a centrar su atención en la acción sobre el hielo.

Yo también volví a prestar atención a la feroz batalla entre los dos equipos y cerré las manos en puños cuando la jugadora de las *Wild Cats* que había atacado a Ruby volvió al hielo.

—Cuidado, Ruby —susurré—. Irá a por ti.

Y efectivamente, la jugadora contraria le pisaba los talones a Ruby, tratando constantemente de dejarla fuera de combate.

Pero ya que Ruby lo sabía, estaba más atenta.

Para mi disgusto, sin embargo, esto no cambió el hecho de que las dos siguieran chocando y acabaran en el suelo unas cuantas veces más.

—Joder, ¿qué haces? —grité cuando otra jugadora de las *Wild Cats* se unió al mal juego

sucio y acechó a Ruby por detrás—. Si tengo que meterme en el hielo para arrancarte de ella yo mismo, que Dios te ayude.

—Solomón —la enérgica voz del entrenador sonó detrás de mí—. ¿Por qué gritas? ¿Qué haces aquí? El entrenamiento empieza en un cuarto de hora. ¿Estás intentando conseguir vueltas de penalización o qué?

Reed y Dylan agacharon la cabeza a mi lado y miraron atentamente al suelo.

¡Joder!

—Estoy viendo el partido, entrenador.

—Ya lo veo. ¿Y por qué? —refunfuñó malhumorado.

—Porque quería apoyar al equipo.

El entrenador miró por encima del hombro hacia el campo y luego volvió a mirarme.

—¿Al equipo o a mi hija?

Apreté los labios y tensé los hombros.

—Las dos cosas, entrenador.

El entrenador Sloane cruzó los brazos delante del pecho y entrecerró los ojos.

—Vaya, vaya. Bueno, espero que te quede algo de energía después de tu rugido, Solomon. Porque la necesitarás para el entrenamiento. Piérdete. —Se volvió hacia Dylan y Reed—. Eso va por vosotros también.

—Todavía me gustaría ver el final del partido —protesté.

—Mi hija puede hacerlo sin ti, Solomon.

Asentí.

—Estoy convencido de ello. Pero eso no cambia mi deseo de quedarme aquí hasta el final.

El entrenador frunció las cejas con incredulidad.

—Llegarás tarde a tu propio entrenamiento, Solomon. Como capitán. ¿Te das cuenta de en qué te estás metiendo?

—Sí, entrenador. Y estoy dispuesto a aceptar cualquier castigo por mis acciones. Pero sólo después de terminar de ver este partido.

CAPÍTULO 31



ME DESPLOMÉ SOBRE LA CAMA, impotente, y exhalé con un silbido mientras me dolían todos los huesos.

El partido de esa noche fue sin duda uno de los más feos de mi carrera en el hockey.

Todo el mundo sabía que las *Wild Cats* no eran remilgadas. Pero nadie podía imaginar que serían tan violentas.

Y desgraciadamente, hoy me la tenían jurada a mí.

Las veces que me encontré sobre el hielo duro durante ese partido, podría haber pasado fácilmente por una pulidora de hielo.

Sin embargo, las *Wild Cats* no consiguieron el resultado que esperaban: A pesar de su juego sucio, la victoria fue para las Cometas.

Porque lo que las *Wild Cats* no sabían era que, con cada entrada que me hacían, alimentaban mi voluntad de sobrevivir y mi hambre de ganar. Con cada acción injusta, alimentaban mi ira. Como un fuego que se avivaba con cada ráfaga de viento hasta que consumía todo a su alrededor.

Hubiera preferido perecer en el hielo antes que dejar ganar a las *Wild Cats*.

Sin embargo, podía sentir claramente cada hueso y músculo que poseía. Eso hacía que me dolieran los músculos. Los moratones hacían que me pareciera al caballo de Pipi Calzaslargas, Tío Pequeño, sólo que no eran blancos y negros, sino verdes, morados y azules.

Me incliné hacia delante con un dolor punzante en las costillas y me quité el pantalón de jogging y el jersey para sustituirlos por el pijama.

Acababa de ponerme el pijama cuando un golpe en la ventana me hizo dar un respingo.

¿Era el viento que azotaba las ramas contra mi ventana? No sería la primera vez. Y menos en esta época invernal, en la que parecía que una tormenta barría Flake Falls cada semana.

Miré hacia la ventana cuando el extraño ruido llenó la habitación por segunda vez.

No era el sonido de una rama rozando la ventana.

Era el sonido de... una persona llamando, me di cuenta horrorizada al ver la cara de Chase en la ventana.

Me levanté de un salto y corrí hacia él.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Sonrió torcidamente.

—Eh... ¿podríamos hablar de esto dentro? Hace un poco de frío aquí afuera.

Su voz se oyó amortiguada a través de la ventana y su aliento empañó el cristal.

Sin más preámbulos, abrí la ventana y crucé los brazos delante del pecho.

Lo hice en parte porque un viento helado soplaba hacia mí desde el exterior y en parte porque

no quería demostrarle a Chase que su inesperada aparición y el hecho de verle me hacían temblar las manos.

—¿Puedo... entrar? —susurró entre dientes castañeantes. No me extraña: sólo llevaba vaqueros y una sudadera con capucha. Y eso con estas temperaturas.

—¿Qué quieres, Chase?

¿Quería que le dejara entrar en mi habitación así como así y sin explicaciones? Desde luego, no se lo iba a poner tan fácil.

Sonrió tímidamente.

—Cuidar de ti.

—¿Por qué?

—Bueno, hoy te han dado una buena paliza en el partido contra las *Wild Cats*.

—¿Cómo sabes...? —empecé, pero Chase resbaló y se cayó de la rama en la que estaba sentado.

Solté un grito agudo e instintivamente me asomé a la ventana para agarrarle de los brazos y evitar que cayera.

Se aferró al alféizar de mi ventana con las manos para salvarse. Pero el resto de su cuerpo colgaba sin sujeción por encima del suelo a unos cuatro o cinco metros de altura.

Le agarré de los antebrazos y tiré de él hacia arriba con todas mis fuerzas, lo que resultó casi imposible con un tipo guapo y extremadamente musculoso como Chase. Sobre todo después de haberme dejado todas mis reservas de fuerza en el hielo.

Pero la alternativa, dejarle caer, significaba inevitablemente múltiples huesos rotos. Y tenía que evitarlo.

Así que apreté los dientes y me lancé hacia atrás con todo el peso de mi cuerpo, gimiendo.

Conseguí levantar a Chase hasta que sus codos llegaron a la cornisa.

Me puse en pie y traté de subirlo aún más cuando él se subió a la cornisa por sus propios medios y cayó de cabeza en mi habitación, donde se detuvo a mi lado.

El silencio llenó la habitación, sólo roto por nuestra respiración agitada y el viento que corría alrededor de las casas.

—Ha estado cerca —se rió Chase cuando volvió a respirar normalmente—. Gracias, Ruby.

—No pasa nada —respondí, con la respiración agitada—. Pero no vuelvas a hacerlo. No volveré a salvarte, ¿de acuerdo?

Chase sonrió y se sentó derecho.

Nos miramos y las pulgas empezaron a bailar samba en mi estómago. Probablemente gracias a la liberación de adrenalina, porque mi mente sólo se daba cuenta de lo mala que podía haber sido esta caída.

—Dónde. —Me aclaré la garganta—. ¿Cómo sabías lo de mi partido?

—Estaba allí. Lo vi. Lo hiciste bien. —Chase chocó su hombro contra el mío burlonamente y sonrió apreciativamente—. Sin embargo, me gustaría prohibir personalmente a la Rambotussi con el número 17 que practique este deporte. Está loca.

Me mordí el labio inferior para no reírme y hacer sentir a Chase que me estaba burlando de él. Porque no era así.

Ah, bueno. Tal vez un poco. Porque al menos así no tenía que pensar en por qué estaba mirando mi partido.

—No es diferente contigo, Chase. Es sólo que a veces la gente juega duro y sucio —respondí con calma en su lugar.

—Me pareció una mierda la forma en que te pegó. Eso no está bien.

Me tocaba a mí darle en el hombro.

—Ella también recibió una buena paliza. ¿Te perdiste esa parte? No creerás que voy a rendirme sin luchar, ¿verdad?

Chase soltó un bufido divertido.

—Cariño, me he dado cuenta de eso desde que tuve que apartarte a la fuerza de Serena en mi fiesta. Así que si hay algo en lo que no creo en este mundo, es que te dejes vencer sin oponer resistencia. Eres una luchadora. Hasta la médula. Pero no eres invulnerable. Y por eso quería ver cómo estabas.

CAPÍTULO 32

Chase

PASARON horas antes de que me dejaran ir a casa. El entrenador me retuvo después del entrenamiento y me obligó a limpiar los vestuarios y las duchas como castigo por llegar tarde.

—Tienes que ser un ejemplo a seguir para tus compañeros. Y no lo has hecho. Ya tendrás tiempo de pensar en ello mientras limpias. Cuando termines, firma la salida.

Me limité a asentir y acepté el castigo sin protestar.

Cuando le dije que quería terminar de ver el partido de Ruby, sabía en lo que me estaba metiendo. Pero había merecido la pena.

Poder vigilarla, animarla a ella y a su equipo y ver cómo les robaban una victoria a las enloquecidas *Wild Cats* compensaba cualquier castigo que el entrenador pudiera lanzarme.

Así que después del entrenamiento, cogí un cubo y un kit de limpieza y me puse manos a la obra. Durante dos putas horas limpié cada rincón del vestuario, incluidas las duchas y los aseos. Lo hice a conciencia porque sabía que el entrenador lo comprobaría.

Y no me iba a criticar por no hacer mi trabajo a conciencia.

Cuando por fin llamé a la puerta de su despacho para comunicarle que había hecho mi trabajo, me miró en silencio durante un rato. Luego se levantó, pasó por delante de mí sin decir palabra e inspeccionó detenidamente el cubículo.

Me quedé en un rincón y esperé pacientemente a que terminara su inspección.

En lugar de decir nada, el entrenador se limitó a saludarme con la cabeza. La señal de que podía irme a casa.

Por fin.

Me puse rápidamente mi chaqueta gruesa, cogí mi bolsa de deporte y corrí a casa. Tenía que asegurarme de que Ruby estaba bien.

La luz de su habitación seguía encendida, lo que significaba que estaba en casa.

Me metí a toda prisa en la ducha, me puse lo primero que encontré, abrí la ventana y trepé por el árbol que conectaba con la habitación de Ruby.

No quise llamar a su puerta porque no quería que me rechazaran. Algo que sin duda habrían hecho tanto Ruby como sus compañeras de piso.

Así que me subí al árbol cubierto de nieve y tomé el atajo.

Bastante imprudente y temerario, como en este momento me daba cuenta, sentado en el suelo de la habitación de Ruby.

Casi me caigo del árbol y, aunque la pesada nieve habría amortiguado mi caída, probablemente no habría escapado sin lesiones. Y eso tan cerca de los cruciales partidos del campeonato.

Impensable.

El entrenador me habría matado.

Por suerte Ruby me salvó. Una vez más.

Dejé que mi mirada vagara a lo largo de ella y me di cuenta de que no llevaba pantalones. Sólo una camisa larga y holgada le cubría la parte superior del cuerpo y dejaba al descubierto sus piernas delgadas, aunque musculosas, cubiertas de manchas azules, verdes y moradas.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, deslicé la mano por el muslo desnudo de Ruby, lo que la hizo respirar agitadamente.

—¿Te duele? —susurré con voz ronca, había echado tanto de menos su piel suave y cálida.

—No... es que... tienes las manos heladas. Hace bastante frío aquí en general, ¿no crees?

Aparté la mirada de las piernas de Ruby y miré hacia la ventana, que estaba abierta de par en par.

Me levanté rápidamente y la cerré. Luego me acerqué a la cama de Ruby y eché el edredón hacia atrás.

—Toma, súbete.

Ruby me miró con escepticismo y sí, admití que toda la situación era un poco extraña. Pero hacía mucho frío en la habitación y no quería que se resfriara.

También podríamos hablar cuando estuviera metida en la cama.

—Vamos, antes de que te conviertas en un carámbano, la insté y levanté el edredón invitándola.

—Tampoco te ofreceré abrigarte, te lo prometo.

Con esa última frase, me pareció ver algo parecido a un parpadeo de decepción en los ojos grises de Ruby, pero probablemente era más un deseo que una realidad.

Se levantó vacilante y se metió en la cama. Sonreí satisfecho, la arropé y me senté en el borde de la cama con ella.

—Bueno, ¿así está mejor?

—Mhm —murmuró Ruby y se tapó la barbilla con el edredón.

—¿Fuiste al médico después del partido?

Sacudió la cabeza.

—No es tan grave. Sólo algunas contusiones, costillas magulladas y músculos doloridos. Nada que no se cure solo.

Metí la mano bajo el edredón y palpé su pierna. La saqué con cuidado.

—Cariño, ¿a eso le llamas unos moratones? Pareces un dálmata de colores vivos.

—Muchas gracias. A una mujer le gusta oír eso —refunfuñó Ruby e intentó quitarme la pierna, pero yo la sujeté.

—Un dálmata muy bonito y de colores brillantes entonces. ¿Mejor? —me reí entre dientes.

Ruby negó con la cabeza.

Le pasé la mano por la pierna y sentí que se le ponía la piel de gallina bajo la palma.

¿Sería por el frío?

¿O... porque mi tacto estaba excitando a Ruby?

Contuve la respiración y acaricié el interior de su muslo con la mano.

En respuesta, Ruby dejó escapar un dulce suspiro.

Mis dedos se deslizaron deliberadamente por la delicada piel de sus muslos magullados, directos hacia el centro de sus bragas.

Joder, esto estaba mal. No había venido aquí para esto.

Pero la forma en que Ruby yacía frente a mí, con los párpados entrecerrados, la vista borrosa y las mejillas sonrojadas... ¿cómo no iba a hacerme ilusiones?

—¿Qué... qué estás haciendo? —jadeó Ruby mientras yo le acariciaba lánguidamente las bragas con los dedos índice y corazón.

—Me estoy asegurando de que no le pasa nada a tu chochito apretadito, nena. ¿Te parece bien?

—¿Cómo...? —jadeó—. ¿Cómo vas a asegurarte de que no le pasa nada? ¿Vas a tocarle? Hice un sonido contemplativo.

—Mhmm ... sí, eso suena como un enfoque sensato.

Volví a deslizar la pierna de Ruby bajo las sábanas y metí también la cabeza debajo.

—Chase —oí la voz apagada de Ruby, de sorpresa, anhelo y deseo—. ¿Qué haces?

Saqué la cabeza de debajo de las sábanas y le guiñé un ojo.

—Te estoy tanteando, nena. Con la lengua.

Sin esperar la respuesta de Ruby, me metí entre sus muslos desnudos en la oscuridad del edredón y enganché los dedos en sus bragas.

Ella comprendió y levantó la pelvis para que pudiera quitárselas sin esfuerzo.

Besé el interior de sus muslos con fruición y percibí el tentador aroma de lujuria caliente que me envolvía bajo el edredón y se hacía cada vez más intenso.

Me obligué a mantener la calma, me contuve y me recordé a mí mismo que debía tomarme mi tiempo en el camino hacia su centro.

Por fin llegué a su dulce y húmedo clítoris. Puse mi boca sobre él con avidez y empecé a lamerlo con fruición.

—Dios mío, Chase —gimió Ruby por encima del edredón y me apretó la cabeza entre sus muslos para impedir que me detuviera.

La idea de ser el primer hombre en darle placer oral me hizo sentir caliente y humilde.

Lamí su coño chorreante, cada vez más húmedo a pesar de que lo lamía.

Mi lengua trazó pequeños círculos y, a medida que los gemidos de Ruby sobre el edredón se hacían más fuertes, me aventuré más allá y mordisqueé suavemente su pubis mientras dejaba que mis manos vagaran hacia arriba para agarrar sus pechos llenos y pesados y amasarlos con sensibilidad.

Ruby balbuceó.

—Veo estrellas... todo me da vueltas. ¿Es... es normal, o... ahhh... me está dando un ataque?

Me reí suavemente en su centro y hundí mi lengua en su apretado agujero.

—Eso —jadeé con lujuria—. Significa que estás a punto de correrte, nena. Déjate llevar.

La follé lenta y persistentemente con la lengua. Después de cada embestida, aspiré con los labios la humedad que goteaba de ella.

—Mmm —gruñí—. Qué dulce. Tan delicioso.

Sentí temblar el cuerpo de Ruby. Cómo empezó a temblar. Cómo sus muslos se aferraban con tanta fuerza a mi cabeza que temí que pudieran aplastarla.

Y entonces... se corrió, acompañada de un grito de alivio, satisfacción e incredulidad.

Clavé la pelvis en el colchón con todas mis fuerzas para no correrme en los pantalones cuando Ruby llegara al clímax. Contuve la respiración y canalicé mis pensamientos en una dirección más fría para no volverme completamente loco.

Las manos de Ruby se deslizaron bajo el edredón. Me agarró por los hombros y me indicó que saliera a la superficie.

Cuando mi cabeza salió de debajo del edredón, soltó una risita alegre.

—Tienes la cara muy roja.

—Eso es lo que dice la chica correcta —me burlé de ella, mientras las mejillas rojas y

encendidas de Ruby prácticamente brillaban—. Además, no tienes ni idea de todas las emocionantes aventuras que he vivido bajo este edredón. Te puede hacer sudar.

Ruby curvó los labios con una sonrisa y me acarició el pelo alborotado.

—¿No será que acabas de arrancar accidentalmente la tubería del canalón?

Hice una pausa y miré hacia la ventana.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

La sonrisa de Ruby se ensanchó.

—Bueno, porque hay algo bastante duro presionando contra mi pelvis. Y parece una tubería.

Mis ojos se oscurecieron ante sus palabras.

—También es una pipa, cariño. Mi propia pipa. Más dura, más gruesa y más grande que cualquier tubería.

Ruby se mordió el labio inferior y me miró con los párpados bajos.

Oh, oh. Alguien quería más. Conocía esa mirada seductora, aunque era aún más irresistible por esos ojos grises como tormentas.

Era la mirada de una mujer que quería que la follara.

Por desgracia, ésa no había sido mi intención cuando me dirigí a la habitación de Ruby, y por eso no había traído condón.

—Cariño... lo siento, pero me creas o no, cuando me acerqué a ti, no tenía intención de... bueno... intimar contigo. Por eso... no traje condón.

Ruby asintió y en lugar de la expresión de decepción que esperaba ver en su rostro, vi algo parecido al afecto y la gratitud parpadear en su mirada.

—Pero... la tienes dura y eso significa.

—Que estoy cachondo de cojones, sí —terminé su frase con voz ronca y bajé la cabeza hasta su pecho—. Perdona, se me fue la cabeza y dejé que mi polla hablara. Lo que quería decir es que este acto me excita.

Ruby me acarició la cara y sonrió con picardía.

—Me gustó más la primera. ¿Puedes repetirlo? ¿Para mí?

Entrecerré los ojos y dejé que la sonrisa de Ruby me contagiara.

—¿Quieres decir... que estoy... cachondo de cojones por ti? —murmuré contra su boca y la cubrí con un beso hambriento y apasionado—. Mhhhhm, sí, creo que es verdad. Estoy... cachondo de cojones por ti, Ruby Sloane.

Las manos de Ruby vagaron desde mi cara por mis brazos hasta el dobladillo de mis pantalones.

—¿Qué va a ser esto cuando termines?

Ruby me rodeó las piernas con los brazos y me indicó que me pusiera boca arriba.

Asombrado, accedí a su petición y me puse del otro lado con ella.

En cuanto Ruby estuvo encima de mí, empezó a devorarme con besos tentadores y prometedores.

Al mismo tiempo, su mano derecha se hizo un lío con mis pantalones y me los bajó.

—Ruby... por favor, no lo saques. A menos que quieras que hagamos un bebé aquí y en este momento. Porque eso es exactamente lo que pasará si lo sueltas.

—No te preocupes —susurró Ruby—. Sólo quiero jugar un poco con él.

Su mano envolvió mi pene erecto y lo deslizó arriba y abajo. Acarició con ternura toda la longitud de mi polla, lo que me hizo zumbir de placer.

—Me siento como un tigre en un zoológico. Mierda, me encantan los zoos.

Ruby rió suavemente mordiendo mis labios y luego los soltó.

—Quiero ver al tigre de cerca —suspiró cerca de mi oído y se zambulló bajo el edredón.

¿Qué?

No.

Sí.

¡Joder, sí!

Cuando me di cuenta de lo que pretendía, mi cuerpo se tensó hasta el límite.

¿Ella no...?

¿No lo había hecho?

—Joder, sí... sí, nena, gemí al sentir su boca húmeda y caliente en mi polla, lamiéndola como un delicioso helado.

Respirando deprisa, me agarré a su pelo y lo arañé.

Cuando la boca de Ruby recorrió mi polla con fruición, me ahogué y casi me asfixio.

Sentí cómo su lengua trabajaba mi polla con sus labios, lamiéndola y chupándola alternativamente, mientras una mano la masajeaba y la otra acariciaba suavemente mis huevos.

¿Cuándo había recibido una mamada tan devota y desinteresada?

Jamás.

Ruby se tomaba tantas molestias para satisfacerme y... ella misma sentía un gran placer.

Me di cuenta por los pequeños suspiros que se le escapaban y el fervor con el que trabajaba mi polla.

También dejaban ver sus pezones duros, que se frotaban necesitados contra mi muslo.

Definitivamente, tendría que ocuparme de eso.

Justo después...

—Ah, nena... Me... Me corro —siseé entre dientes apretados y me recompuse para dar tiempo a Ruby a dejar que mi polla se deslizara fuera de su boca antes de correrme.

Pero, para mi sorpresa, no lo hizo. Me apartó la mano de un manotazo y siguió chupándola imperturbable.

—Dios... mío —gemí impotente—. Ruby... yo... me corro. Mierda, me corro.

Tan pronto como pronuncié esas palabras, me corrí, bombeando el semen fuera de mí con mi orgasmo.

—Mierda, Sloane —maldije, con la respiración entrecortada y el corazón latiéndome con fuerza—. Creo que me acabas de romper.

CAPÍTULO 33

Ruby

CHASE y yo yacíamos uno al lado del otro en mi cama, mirando al techo.

Lo que acabábamos de hacer no había sido muy inteligente. Y, sin embargo, dio en el clavo.

Una vez más.

—Sólo he venido a cuidarte, Ruby. Tienes que creerme —susurró Chase, inclinando la cabeza hacia mí.

Sí, le creí. Le creí.

Pero al darme cuenta, me surgieron muchas preguntas.

¿Por qué quería ver cómo estaba? ¿Por qué se preocupaba por mi bienestar? ¿Y por qué estuvo viendo mi partido?

¿Realmente quería hacerle esas preguntas?

Porque eso significaba que obtendría respuestas que probablemente no quería oír.

Respuestas que me sumirían de nuevo en el caos emocional y trastocarían todos los planes que había hecho y en los que había trabajado duro durante las últimas semanas.

—Tengo entrevistas de trabajo en Carolina del Norte, Arizona e Illinois —solté en su lugar.

—¿Y tú? ¿Has recibido ya alguna oferta de las grandes ligas?

No me atreví a mirar a Chase, pero sentí su mirada tan intensa que se me erizó la piel bajo su escrutinio.

Nerviosa, levanté un poco el edredón. No necesitaba ver que se me estaba poniendo la piel de gallina.

—De momento, Dakota del Norte y Oregón se han puesto en contacto conmigo —me dijo Chase.

¿Dakota del Norte y Oregón?

Ambos estados estaban muy lejos de Carolina del Norte, Arizona e Illinois.

Suspiré con desánimo.

—Parece que pronto viviremos a miles de kilómetros de distancia —murmuró Chase, obviamente pensando lo mismo que yo.

Hice un gesto de asentimiento.

—Eso parece, sí.

—Y... ¿y si lo hiciéramos a larga distancia...? —empezó, pero no le dejé terminar porque sus palabras sólo conseguirían que mi corazón se hiciera falsas esperanzas y se rompiera de nuevo.

—Una relación a distancia está descartada. Los entrenamientos y los partidos te mantendrán tan ocupado que no tendrás tiempo para una mujer a la que sólo puedes ver tres o cuatro veces al año. Y no será diferente para mí. Tendré que demostrar mi valía y apenas tendré vacaciones.

Chase exhaló ruidosamente.

—Ruby, yo... así que nuestra última conversación... hay... he... oh mierda —siseó y se pasó el brazo por la cara.

—No pasa nada —rebatí.

—No, no está bien. Te traté como a una mierda porque quería hacerte daño para que te resultara más fácil alejarte de mí. Pero lo que dije fue injusto y quiero arreglarlo.

—¿Para qué? —susurré, sintiendo que se me secaba la garganta.

Chase se volvió hacia mí y acarició con sus dedos mi brazo desnudo.

—Porque no es verdad —murmuró, besándome a lo largo de mi hombro.

—¿Qué...? —grazné con voz ronca mientras sus besos hacían que mi voz me desobedeciera.

—¿Qué pasa?

—Que me pareces aburrida e inexperta —me susurró al oído, mordisqueando el lóbulo.

—Te encuentro excitante, Ruby. Fascinante. Fuerte. Bastante intimidante a veces. Y sobre todo, caliente como el infierno.

—¿Por qué me dices esto? ¿Por qué en este momento?

Me incorporé y miré furiosa a Chase.

—No puedes meterte en mi vida y ponerla patas arriba cuando te conviene, Chase. ¿Por qué debería creerte? ¿Para que mañana puedas decir que estabas tan mareado por el orgasmo que no sabías de qué estabas hablando? No, gracias. No caeré en eso por segunda vez.

—Pero yo... —protestó Chase.

—No quiero oírlo. No quiero saber nada más de ti, Chase. Por favor, vete ya.

—Ruby —suplicó, acercándose a mí, pero me aparté de él y me levanté de la cama.

—No pasa nada. No voy a volver a involucrarme contigo. Además, me iré pronto de todos modos. Así que, usando tus palabras, es demasiado complicado para mí. Tú y yo sabemos que no serviría de nada. Así que dejémoslo desde el principio.

Chase apretó los labios. Sus mandíbulas rechinaban con tanta fuerza que podía oírlas crujir.

Pero finalmente asintió y se levantó de la cama.

—Lo comprendo. Lo siento, Ruby. La he cagado. Esto de las relaciones no es para mí. Y el momento también es malo. Yo... te deseo buena suerte con tus entrevistas, aunque no la necesitarás. Estarían locos si no te contrataran enseguida.

Miré al suelo y no respondí.

El corazón me latía tan fuerte que no podía respirar.

¿Por qué me estaba diciendo todo lo que yo quería oír en el momento que acababa de conseguir separarme un poco de sus pensamientos?

No era justo.

Y, sin embargo, hizo que mi corazón sonriera y tuviera esperanza.

¿Pero por qué?

¿Por un futuro juntos que nunca ocurriría?

¿Para una relación a distancia sin esperanzas que sólo conduciría al dolor y la tristeza?

¿Para otro rechazo por su parte, alegando que no estaba en sus cabales cuando me hizo todas aquellas promesas?

Nada de eso parecía merecer la pena.

Por desgracia.

—Adiós, Ruby —susurró Chase, dándome un tierno beso en la mejilla a modo de despedida.

CAPÍTULO 34

Ruby

ENTRÉ en el estadio de hockey de los *Arizona Armadillos* con asombro, maravillada por lo mucho más grande que era en comparación con el de los Cometas.

Realmente se notaba la diferencia entre los equipos universitarios y los profesionales.

—Vaya, hermanita, impresionante, ¿eh?

Me di la vuelta y descubrí a mi hermano Shelby apoyado contra la pared, sonriendo satisfecho y observándome.

Shelby llevaba dos años jugando para los *Armadillos*, así que estaba doblemente emocionada por esta entrevista.

En primer lugar, porque los *Armadillos* eran uno de los mejores equipos de las Grandes Ligas y me habían invitado a una segunda entrevista personal in situ y, en segundo lugar, porque me daba la oportunidad de reencontrarme con mi hermano, al que de otro modo rara vez veía.

—¿Te refieres al estadio o a ti? —me burlé de él y volé a sus brazos, que me había tendido.

—A mí, claro, ¿qué más? —rió Shelby y me abrazó.

—Bueno, fideo luchador, ¿has recuperado la cabeza?

—Nadie te llamaría fideo luchador si te hubieras peleado con un tío por una mujer —murmuré.

—Eso es muy injusto.

Shelby resopló divertido.

—A cambio, tengo que recibir palizas en el campo con regularidad mientras tú me ves relajada desde la barrera.

—Primero tengo que conseguir el trabajo —objeté.

—Que esté aquí hoy no significa que vayan a ofrecerme el trabajo de marketing.

Shelby me pellizcó el brazo y sonrió.

—Lo conseguirás, Ruby. Intenta no pegar a nadie para variar y todo saldrá bien.

—Ja, ja —refunfuñé y le di un puñetazo a Shelby en el hombro.

—Me conoces, ¿verdad?

—Exactamente por eso. Por eso lo digo, se rió y agarró la mano con la que le había dado el puñetazo para sujetarla.

—En serio, hermanita: Cuando me enteré de que te iban a entrevistar aquí, casi alucino de alegría. Así que hazme un favor y no lo echas a perder. Eres demasiado buena para Illinois y Carolina del Norte. No querrás trabajar para esos capullos —créeme.

Resoplé divertida.

—¿Es posible que seas parcial porque juegas para Arizona?

—No —respondió Shelby, pero yo sabía que estaba mintiendo.

—De acuerdo, entonces. Te prometo que lo haré lo mejor que pueda. Pero te das cuenta de que si los *Armadillos* me cogen, te quedarás conmigo, ¿verdad?

Shelby asintió.

—Claro que me doy cuenta. Te vigilaré las veinticuatro horas del día para asegurarme de que ninguno de los jugadores se haga ilusiones.

—No lo hagas —grité indignada—. No necesito una niñera.

—Puede que tú no. Pero los chicos sí. Son uña y carne —intervino Shelby.

—¿Y qué si lo son? No me interesan.

Shelby cruzó los brazos delante del pecho y entrecerró los ojos con complicidad.

—¿Así? ¿Porque sigues interesada en el chico por el que te peleastes?

—Tonterías —murmuré, pero mis orejas rojas me traicionaron.

Mierda. Nunca se me había dado bien mentir.

—Los jugadores de hockey son unos mujeriegos hormonados. Deberías alejarte de ellos, Ruby.

Levanté una comisura de los labios y señalé a mi hermano con la barbilla.

—¿Has olvidado que tú también lo eres?

Shelby se pasó una mano por el pelo, dejando al descubierto sus dientes blancos y perfectos. Con su pelo rubio y sus ojos azules, era el chico más guapo con su moreno más puro, rompía los corazones de las mujeres por docenas.

—¿Cómo podría olvidarlo? Después de todo, me encanta ser un mujeriego hormonado.

—Eso explica muchas cosas —sonreí, pero luego me puse seria y di una mirada a mi reloj de pulsera.

—De todas formas, lo nuestro se ha acabado. Si todo va según lo previsto, pronto estaré trabajando para los *Armadillos* y él jugará en un equipo a decenas de horas en avión.

—Es mejor así, hermanita, créeme —dijo Shelby, dándome un alentador apretón en el hombro.

—Te deseo mucha suerte ahí dentro. Aunque no la necesites. Serían muy estúpidos si no te aceptaran.

Me estremecí involuntariamente ante sus palabras.

Era exactamente lo que Chase había dicho.

Pero si había algo o alguien en lo que no quería pensar tan cerca de una entrevista de trabajo ultra importante, era sin duda Chase.

Así que me apresuré a dejar de pensar en él y me di la vuelta para marcharme.

—Te veré más tarde. Ya te contaré cómo ha ido.

—Srta. Sloane. Me alegro de que haya podido venir, me saludó Chris, el director general del *Armadillo*.

—Por supuesto, señor, es un honor —le aseguré y acepté su invitación a tomar asiento frente a él.

Durante los treinta minutos siguientes hablamos de mi currículum, mis estudios, mi experiencia laboral y mi pasión por el hockey sobre hielo.

También hablamos de mi familia y tuve la oportunidad de hacerle ver a Chris que no tenía ninguna intención de dormirme en los laureles que mi padre y mis hermanos se habían labrado en el deporte.

—Soy una luchadora. Mi origen no importa —recalqué justo cuando Chris me interrumpió.

—Hablando de lucha, señorita Sloane. Hay un vídeo circulando por la red del que me gustaría hablarle.

Chris tecleó algo en su móvil y luego me lo puso delante de las narices.

Apareció el vídeo de mi pelea con Serena.

¡Oh, no!

Así que él también lo había visto.

—¿Es así como resuelve sus conflictos, señorita Sloane?

Enderecé los hombros y miré a Chris pensativa.

¿Por qué me había llamado hasta Arizona si, de todas formas, no iba a contratarme por este vídeo?

Decidí que no tenía nada que perder y me aclaré la garganta.

—No, Chris. No es así como resuelvo mis conflictos. Al menos no fuera del hielo. Estaba luchando por algo cercano a mi corazón... o... bueno... por alguien. Por supuesto que sé que la violencia no es una solución y nunca debería serlo. Pero para ser honesta, estoy cansada de tener que pedir disculpas por este video. Una vez cometí un error. Una vez dejé que mis emociones se desbordaran y escaparan de mí. Nadie resultó herido en el proceso. Y aún así siento que tengo que justificarlo cada día. La verdad es que... Me metí en una pelea por un hombre que es muy importante para mí. Y lo mantengo. ¿Significa eso que resuelvo mis conflictos con violencia en general? No. Sólo significa que no soy perfecta.

Chris cruzó las manos delante de la barbilla y pensó en mis palabras.

—¿Sabe por qué su padre y sus hermanos son tan buenos jugadores de hockey, señorita Sloane? —preguntó al cabo de un rato.

Desconcertada por el repentino cambio de tema —fruncí el ceño.

—Bueno... entrenan duro. Son disciplinados. Aman el deporte.

—La mayoría de los jugadores lo hacen —me interrumpió Chris—. Pero el temperamento y el fervor que tu familia muestra en el proceso les hace destacar entre la multitud de jugadores profesionales. Arden por lo que hacen. Están que arden. No tienen piedad en la lucha por lo que se han propuesto. Este vídeo —sacó su teléfono móvil — ... me demuestra que usted es igual que su padre y sus hermanos, señorita Sloane. Hay un fuego ardiendo dentro de usted que nadie puede apagar. Tan brillante que es cegador. Nunca te disculpes por ello, ¿entiendes?

Le miré sin palabras, con los ojos muy abiertos, y asentí a cámara lenta.

—Bien. Ya que lo hemos aclarado, me gustaría hablar contigo sobre tu salario inicial y tu fecha de incorporación. ¿Quién más está en la carrera además de nosotros?

—Illinois y Carolina del Norte —respondí, perpleja.

—Puedes ahorrarte los vuelos hasta allí. No sólo jugamos mejor, también pagamos mejor. ¿Cuándo puedes empezar? Preferiría empezar inmediatamente, o si es posible antes de que empiece la nueva temporada. ¿Puede arreglarlo de alguna manera, señorita Sloane?

CAPÍTULO 35

Chase

—¿ESTÁS esperando a alguien, por qué no dejas de mirar esa puerta? —bufó Braydon.

Le ignoré y observé cómo Scarlett, Willow y Zoey entraban en el vestíbulo y se dirigían hacia el bar.

Disimuladamente, les seguí los pasos y me coloqué junto a ellas en la barra.

—Oh, hola —gritó Zoey cuando me vio—. ¿Estás aquí solo?

Señalé con la barbilla a los chicos que estaban de pie unos metros detrás de nosotros, charlando.

—¿Y tú? ¿Dónde has dejado al jefe? ¿Se va a saltar el baile de invierno?

Zoey, Scarlett y Willow intercambiaron una mirada significativa que me hizo sentir que había perdido algo fundamental.

—Todavía no lo sabes, ¿verdad? —preguntó Scarlett, dando un sorbo a su bebida.

—¿Qué no sé todavía?

—Bueno, que Ruby ya no está aquí.

Resoplé.

—Sí que lo sabes, Scarlett. Ya lo veo. Por eso te pregunto si seguirá viniendo o si se saltará el baile.

Scarlett sacudió la cabeza.

—No, Solomon, no lo entiendes. Ruby ya no está aquí, en el *Colorado College*. Se va de Flake Falls para unirse a los *Armadillos*. Le han ofrecido un trabajo allí.

Miré fijamente a Scarlett, tratando de entender lo que significaban sus palabras.

—Pero Ruby no se gradúa hasta el verano. ¿Cómo puede dejar la universidad en este momento? —pregunté, esperando no haber entendido bien a Scarlett.

—Sólo tiene que terminar dos cursos el próximo trimestre. Puede cursarlos en línea. Sólo tiene que venir aquí para los exámenes finales. Y no tiene que estar necesariamente en la universidad para escribir su tesis final. Los *Armadillos* la querían inmediatamente y la universidad estuvo de acuerdo.

¿Por favor qué?

¿Ruby dejaría Flake Falls?

¿Así de fácil? ¿Sin decírmelo? ¿Sin despedirse de mí?

—¿Cuándo... cuándo se supone que va a pasar esto? ¿Cuándo se va? —pregunté, completamente desprevenido.

Las tres atractivas mujeres intercambiaron otra mirada, que no me gustó nada.

—Dímelo, insistí.

—Hoy —respondió Zoey sin ton ni son. —Hoy se va de la ciudad.

—¿Qué? —grité horrorizado.

—¿Hoy? No puedes decirlo en serio. Te estás cachondeando, ¿no?

Los tres negaron con la cabeza.

—Ayer fue el último día de clase. Las vacaciones de invierno empiezan mañana. Así que no hay razón para que Ruby se quede más tiempo en Flake Falls. Se irá a casa por Navidad como estaba planeado y luego empezará con los *Armadillos* en el nuevo año en lugar de volver a Flake Falls para la Universidad de Colorado.

Dejé a Zoey, Willow y Scarlett allí de pie y me apresuré a salir del vestíbulo donde se celebraba el Baile de Invierno de este año.

No me molesté en coger mi chaqueta del guardarropa.

Salí corriendo por la zona de entrada, donde me recibió el gélido frío de diciembre.

Había nieve, como es habitual en Colorado en esa época del año, y mis zapatos se empaparon por completo en un santiamén.

No dejé que eso me frenara. Sin inmutarme, seguí corriendo hacia el número 15 de Little Creek Drive.

Ruby no podía irse sin despedirse de mí. Sentíamos demasiado el uno por el otro para eso.

Lo hacíamos... ¿no?

Por mi parte, sentía por esa mujer lo que nunca había sentido por nadie. Aunque tal vez no me creyera porque me había echado atrás en el momento crucial, me importaba muchísimo. Tanto que no podía dejarla marchar sin hablar antes con ella. Sin saber que volveríamos a vernos. Y, sobre todo, sin decirle que yo... sí, que me había enamorado de ella.

No había forma de que desapareciera tan pronto como me diera cuenta.

Sí, vale, había tardado más de dos años en darme cuenta de que no sólo me atraía esa mujer, sino que mis sentimientos por ella eran mucho más profundos.

Pero, ¿era todo culpa mía?

Si Ruby no me hubiera ignorado durante tanto tiempo porque pensaba que no me importaba nuestro beso en *Pete 's*, nuestras vidas podrían ser muy diferentes. Y nuestro pasado también.

Probablemente yo habría reaccionado igual en su lugar. Pero las cosas eran diferentes. Y no podías irte sin hablar antes con el otro.

El aire frío me carcomía los pulmones y me dificultaba la respiración. Aun así, mantuve el ritmo, corriendo por las calles nevadas de Flake Falls con mi traje hasta que me detuve frente a la casa de Ruby, jadeando y con los pulmones ardiendo.

Golpeé la puerta y llamé al timbre al mismo tiempo.

—¿Ruby? Abre. Tengo que hablar contigo.

Nada se movió.

Seguí llamando. Golpeando. Seguí llamándola por su nombre.

En algún momento, ya había perdido la esperanza cuando la puerta se abrió inesperadamente una rendija.

—¿Ruby? —pregunté esperanzado y por un momento sentí que el corazón me daba un vuelco de alivio.

Pero un instante después, mi corazón siguió latiendo a triple velocidad.

Porque no era Ruby la que estaba en la puerta, sino Bella.

—Hola —la saludé y me pasé los dedos por el pelo húmedo—. Siento armar tanto jaleo, pero necesito ver a Ruby. ¿Está ahí?

Bella me miró con los ojos muy abiertos, sobresaltada.

No me extraña. Mis golpes y mis gritos debieron de darle un buen susto.

—Lo siento, pero Ruby se fue hace una hora. Su hermano la recogió. La familia Sloane no celebra la Navidad en Flake Falls, sino en la finca de la familia Sloane en Wyoming.

Apreté las manos en puños y no podía creer lo que Bella me estaba contando. Más que eso, no quería creerlo.

—¿Te importa si me convenzo de que Ruby se fue?

Bella se mordió indecisa el labio inferior. Sus delicadas manos, que agarraban con fuerza la puerta, temblaban ligeramente.

—De verdad que no quería asustarte. Siento haber perdido los nervios. Es que... yo... bueno la idea de que Ruby se vaya sin despedirse de mí... es... es... duele muchísimo —suspiré resignado.

Bella asintió y me hizo un gesto para que entrara.

—No es culpa tuya —susurró, aunque no supe exactamente a qué se refería. Pero no me tomé el tiempo de preguntar, porque las ganas de correr a la habitación de Ruby y darme cuenta de que sólo se escondía de mí para no tener que hablar conmigo se apoderaron de mí.

Subí corriendo las escaleras, dando dos pasos cada vez, y me detuve frente a su habitación.

La puerta estaba abierta, dejando ver una habitación vacía y desocupada.

Atónito, dejé que mis ojos recorrieran la habitación. Abrí el armario. Los cajones del escritorio. Incluso miré debajo de la cama de mierda.

Pero ya no podía negar la amarga realidad.

Ruby se había ido. Se había ido. Sin despedirse de mí, sin una puta palabra.

Me hundí en la cama y dejé caer la cara entre las manos. La decepción, la rabia y el dolor me invadieron con tal intensidad que literalmente me destrozaron.

¿Realmente nuestra historia iba a terminar así?

¿Y antes de que hubiera empezado?

CAPÍTULO 36

Ruby

—¿Y bien?

La voz familiar me hizo levantar los ojos de alegría.

¡Carly!

Me levanté de un salto de la silla y salvé los pocos metros que nos separaban para abrazarla.

—Me alegro mucho de verte —murmuré y abracé a mi amiga con fuerza.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos en vivo y en directo?

Carly sonrió y se quedó pensativa.

—Algo más de un año, creo

—¡Eso es demasiado tiempo! Tenemos que ponernos al día.

—No es como si no hubiéramos hablado por teléfono con regularidad —se rió Carly—. ¿Y aún así me he perdido infinidad de cosas? Me estás despertando la curiosidad.

—No tienes ni idea —me dije más a mí misma que a ella.

—Pues entonces, ya es hora de que me pongas al día. ¿Qué tal esta noche? ¿Tacos y tequila? ¿Qué te parece?

La sonreí y acepté con entusiasmo.

—Eso suena como si pudieras leer mi mente. Me apunto.

Carly me dio un apretón amistoso en el brazo.

—Entonces te recogeré después del trabajo. La taquería no está lejos de aquí. Y luego Jordan puede recogernos y llevarnos a casa.

Asentí.

—Trato hecho.

—Hasta luego —se despidió Carly, cuya pareja, Jordan Bishop, llevaba un año jugando para los *Arizona Armadillos*.

Había conocido a Carly en el *Colorado College*, donde estaba terminando su año como médico y se había reencontrado con el amor de su vida, Jordan.

Desde el día en que corrió a mis brazos, sollozando y completamente desconsolada frente a la pista de hielo de los Cometas, habíamos entablado una cálida y estrecha amistad.

El hecho de haber conseguido el trabajo con los *Armadillos* me beneficiaba por partida triple: trabajaba para uno de los mejores equipos de la Major League Hockey. Podía ver a uno de mis hermanos más a menudo y ya tenía grandes amigos aquí.

Todo esto me facilitó acostumbrarme a mi nueva vida y, sobre todo, no pensar tan a menudo en mi pasado.

Porque cada vez que lo hacía, aparecía en mi mente el mensaje de texto acusador de Chase que me envió la noche que me fui.

Nunca Pensé que fueras tan cobarde, porque eres la mujer más fuerte y valiente que conozco. Sin embargo, no tenía ni la menor idea.

¿Yo, valiente?

En absoluto.

Si me hubiera despedido de él, habría roto a llorar y le habría echado los brazos al cuello porque la idea de no poder verle más me dolía mucho.

Así que me escabullí en secreto para preservar la poca dignidad que aún me quedaba.

Eso me ahorró una despedida llena de lágrimas, pero no la angustia que me persigue desde entonces.

Cada vez que miraba por la ventana de mi piso aquí en Phoenix, sentía una puñalada en el corazón. Porque al otro lado de la calle ya no estaba la habitación de Chase, sino un anónimo edificio de oficinas.

Con lo mucho que había estado esperando ver a Jordan de nuevo: Cada vez que lo veía, me recordaba a su mejor amigo, a Chase.

Pero no podía evitar al compañero de mi amigo favorito sólo porque me recordaba lo que había dejado atrás en Flake Falls.

Así que no tuve más remedio que seguir pensando en Chase y convencerme de que mi marcha secreta fue lo mejor para todos los implicados.

—Hola, cariño —la voz de mi hermano me sacó de mis sombríos pensamientos.

Hoy mi mesa estaba muy ocupada.

A diferencia de mi trabajo para los Cometas en el *Colorado College*, en los *Armadillos* no tenía mi propio despacho, sino que lo compartía con otros cuatro empleados del departamento de marketing.

Por eso no me extrañaron las miradas interesadas de mis compañeros cuando Shelby Sloane, uno de los jugadores más cotizados de las Grandes Ligas, se dejó caer en la silla del visitante.

—¿No habíamos quedado en que no vendrías a mi despacho? Y tampoco quiero que me avergüences, Shelby —siseé con rabia al oír el apelativo cariñoso que me había puesto.

—Venga ya, caracol luchador. Todo es fácil. Sólo quiero asegurarme de que mi hermana se ha instalado bien y aún no ha pegado a nadie.

Quería borrar esa sonrisa sucia de la cara de Shelby y eso fue exactamente lo que le dije.

—Si no quieres ser la primera persona a la que joda aquí, entonces vuelve de una puta vez por la puerta por la que acabas de entrar y mantén las distancias, ¿entendido?

Shelby imitó con la mano el movimiento de un gato arañando. También tenía el sonido adecuado para acompañarlo.

Idiota.

—Nuestro pequeño gatito luchador está bastante cargado hoy. ¿Por qué?

—Bueno, por tu culpa. Por tus burlas y tu sonrisa sucia.

Shelby hizo una mueca.

—Las mujeres con las que suelo pasar el tiempo usan otras palabras para describir mi compañía.

Levanté una comisura de los labios y resoplé.

—Eso es probablemente porque no las molestas con tu cháchara hueca, sino que les metes la polla, que siempre dices que es tan grande y gorda.

—Pssssst —susurró Shelby y se llevó el dedo índice a los labios, ligeramente picado porque había hablado en voz alta a propósito.

—Si no quieres que divulgue más detalles sobre tu polla y tu mujerío, vas a cumplir nuestro

trato, hermano —le advertí.

Miré a Shelby con determinación. Y efectivamente, funcionó.

Se levantó, se apartó de mis colegas y me señaló con el dedo corazón.

—Sí, tú también, debilucho —le grité, provocando una carcajada en toda la oficina.

Sacudiendo la cabeza, volví a las tareas que me habían encomendado.

Sin embargo, no tardaron en interrumpirme de nuevo.

—¿Señorita Sloane?

Di un respingo, sobresaltada, porque Chris, el director general de los *Armadillos*, se había puesto a mi lado sin darme cuenta.

—¿Tiene unos minutos para mí?

Le ofrecí la silla de visitante y asentí.

—Por supuesto que los tengo. ¿Por qué no te sientas?

Chris, sin embargo, señaló con la barbilla su despacho, que estaba al final de nuestra oficina de marketing.

—Mejor vayamos al mío. La conversación es confidencial.

¿Confidencial?

Oh, oh.

¿Se había quejado alguien de la pequeña riña entre mi hermano y yo?

Así era entre hermanos. Les gustaba tomarse el pelo de por vida.

Pero tal vez el lugar de trabajo no era el adecuado para nuestras bromas, como lamentablemente me daba cuenta.

—¿Estás bien, Ruby? Estás pálida.

Chris me abrió la puerta de su despacho y me miró con preocupación.

—Todo va bien —repliqué—. Si me llamas porque acabo de tener una broma con mi hermano —empecé, pero Chris se limitó a mirarme sin comprender.

Era evidente que no sabía de qué le estaba hablando.

¡Uf!

Sentí que mi corazón palpitante volvía a calmarse.

Obviamente me estaba presionando tanto para causar una buena primera impresión que ya estaba viendo fantasmas donde no los había.

—Bueno, en realidad no importa —le resté importancia y tomé asiento en la silla que Chris me ofrecía—. ¿Por qué querías verme? ¿En qué puedo ayudarte?

Chris tomó asiento frente a mí y cruzó las manos sobre la mesa.

—Se trata de tu trabajo para los Cometas. Como ayudante del director general, conoces al dedillo a los jugadores de hockey del *Colorado College Varsity*, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Sí, yo diría que sí.

Chris refunfuñó con satisfacción.

—Eso está muy bien. Porque necesito tu valoración sobre uno de los jugadores que nos interesan.

—De acuerdo —respondí, estirándome—. ¿De qué jugador hablas?

—Chase Solomon, el defensa de la Primera Fila.

Tragué saliva y miré a Chris con escepticismo, pensando que se estaba divirtiendo conmigo o poniéndome a prueba.

—Sé que te peleaste por Chase en su día, Ruby —adivinó mis pensamientos—. Me interesa mucho tu opinión sobre este jugador, porque lo conoces tanto profesional como personalmente.

—Chase.

Vacilé y me encontré con la expresión expectante de Chris.

—Chase es uno de los mejores jugadores que conozco. Las cualidades que dijiste que tenía mi familia: El temperamento. El fervor. Las llamas que arden en su interior. La implacabilidad en su voluntad de ganar... Chase Solomon también tiene todo eso. Deberías echarle un vistazo. Pero será mejor que te des prisa, porque sé que ya tiene varias ofertas sobre la mesa de equipos de Grandes Ligas. Y no son malos equipos.

—¿Lo dices porque sientes algo por él y te gustaría tenerlo cerca, o estás dando tu recomendación como futura gerente general de los *Armadillos*? Porque eso es lo que usted quiere, señorita Sloane, ¿no? Eso es lo que declaró en su carta de presentación como su objetivo profesional.

Me aclaré la garganta y me moví incómoda en mi silla.

—Sí, es cierto: Me encantaría tener a Chase cerca, aunque eso sea cosa del pasado entre nosotros. Pero mi recomendación no se basa en mis sentimientos personales, sino en mi plena convicción. ¿Quieres un defensa de primera clase? Llama a Chase Solomon. Para ser honesta, me sorprende que no lo hayas hecho ya. Jordan Bishop juega para los *Armadillos*. Y con excelentes resultados. Así que, sin ánimo de ofenderte, no sé por qué no descuelgas el teléfono para reclutar a otro de los mejores jugadores del *Colorado College*, Chris.

Chris cruzó los brazos delante del pecho y entrecerró los ojos.

—Es usted bastante directa y descarada, señorita Sloane.

—Usted me preguntó —respondí encogiéndome de hombros—. Y me gusta ir al grano rápidamente. El tiempo es oro. Especialmente para usted como director general del equipo. Así que no quiero hacerle perder innecesariamente su valioso tiempo con rodeos.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Chris.

—Algún día serás una gran directora, Ruby. Pero no dejes que te limen las asperezas por el camino. Porque entonces sólo sería la mitad de refrescante, aunque todavía ligeramente aterrador, debatir contigo.

CAPÍTULO 37

Chase

ESTABA en la pista de hielo de los *Arizona Armadillos* y no podía dejar de maravillarme.

Si Pensé que en el *Colorado College* teníamos un buen sitio para jugar, me había equivocado.

El estadio era un palacio.

El hielo estaba reluciente y era de la mejor calidad.

El logotipo de los *Armadillos* lucía en las paredes del estadio.

Las gradas podían albergar fácilmente a 20.000 espectadores y parecían mucho más impresionantes que en la televisión.

—Un sitio muy chulo, ¿verdad?

Jordan se puso a mi lado y me dio un codazo en el costado como un compañero.

—No me puedo creer que esté aquí —murmuré, girándome para mirarle.

Nos miramos en silencio hasta que no pudimos aguantar más y nuestras caras de póquer se convirtieron en grandes sonrisas de oreja a oreja.

Jordan me cogió por los hombros y me abrazó.

—No estropees la entrevista, colega. Si te mandan a casa sin contrato, cancelaré tu amistad, ¿vale?

—No pienso estropearlo, Bishop. Puedes apostar tu vida a que no —le aseguré—. Así que si tienes algún consejo para mí, sería un buen momento para decírmelo.

Jordan me pasó un brazo por los hombros y tiró de mí hacia la pista.

—¿Quieres un consejo? Pues escucha con atención. Cuando saltes al hielo, tienes que jugar con todas tus fuerzas. Tienes que jugar más duro, con más determinación y mejor que nunca.

—Muchas gracias por este valioso consejo de inicio —resoplé divertido—. Nunca se me habría ocurrido a mí solo.

Jordan me dio una palmada en el hombro y me miró con urgencia.

—Hablo en serio, Chase. Tienes que jugar el partido de tu vida. Recuerda lo que te dije cuando te rodeen más tarde.

—¿Que me rodeen? —pregunté con suspicacia.

—Te enviarán a todos los delanteros a la vez y tendrás que impedir que el disco vuele hacia la portería. A mí me pasaba al revés. Tenía que meterla a toda costa. Pero como yo soy delantero y tú eres defensa, contigo juegan al revés.

Exhalé ruidosamente y eché un último vistazo al hielo perfectamente preparado.

—Todos los delanteros contra mí solos a la vez, ¿no? Consulté a Jordan para asegurarme de que no le había oído mal.

Pero se limitó a encogerse de hombros con pesar.

—La cosa es así, tío. Las pruebas de acceso de los *Armadillos* son despiadadas. Por eso son uno de los equipos más fuertes de las Grandes Ligas. Sólo aceptan a los mejores.

Me alboroté el pelo y cogí mi bolsa de viaje.

—Bien, entonces me cambiaré y le daré caña a esto.

—Esas palabras suenan igual que nosotros, señor Solomon —oí una voz masculina desconocida detrás de mí.

Me di la vuelta y reconocí a Chris Channings, el director general de los *Arizona Armadillos*, que venía paseando hacia Jordan y hacia mí con una sonrisa.

—Señor Channings —le saludé y le tendí la mano.

—Llámeme Chris —respondió él, cogiendo mi mano extendida—. La señorita Sloane le describió como un talento absolutamente excepcional que tengo que fichar si sé algo de hockey sobre hielo.

Me mordí el labio inferior para evitar sonreír estúpidamente ante esta afirmación.

—¿Dijo eso de mí? Ruby.

Chris asintió.

—Algo así, sí. A la señorita Sloane no le gusta ocultar sus opiniones. Realmente aprecio eso de ella.

—Yo también —sonreí—. ¿Sabes si trabaja hoy? Me gustaría hablar con ella después.

—Olvídalo —dijo una voz detrás de Chris.

Entrecerré los ojos y miré hacia el subterráneo que pasaba por debajo de las gradas y reconocí a Shelby Sloane, que se dirigía hacia nosotros con el uniforme completo.

—Cuando acabe contigo, no podrás andar ni hablar, cara de leche. Así que ni se te ocurra pensar en mi hermana, y mucho menos acercarte a ella o hablarle. Ella está fuera de los límites, ¿entendido?

—Ruby es adulta. Y fuerte. No necesita que alguien actúe como su protector —contraatacá y me enfrenté a Shelby.

¿Quería intimidarme sólo porque era cinco años mayor que yo?

Conmigo, no. Estaba harto de que me dijeran a quién amar y a quién evitar.

Alejarme de Ruby sólo nos había hecho daño a ella y a mí. Ambos habíamos sufrido por ello. Habíamos pasado demasiado tiempo diciéndonos a nosotros mismos todas las razones por las que una relación entre nosotros nunca funcionaría, en lugar de dedicar tiempo y energía a intentar encontrar la manera de que funcionara.

Eso se había acabado.

No empezaría mi nuevo capítulo en la vida con los mismos errores con los que había terminado el anterior.

—Puede ser. Pero no necesita a alguien que sea una mala influencia para ella y la haga luchar aún menos. Así que acabemos con este juego de pruebas y luego te largas de aquí y de la vida de Ruby, ¿entendido?

Eso ya lo veremos, pensé con rabia, sintiendo la adrenalina correr por mis venas.

—Estoy deseando usar tu cara como fregona y pulir el hielo con tu jeta de santurrón, Solomon.

Antes de que pudiera responder a Shelby, Jordan se interpuso entre nosotros, imitando una señal de tiempo muerto.

—Vale, chicos. Respiremos hondo y volvamos a bajar.

—Buena idea, Bishop —comentó Chris, que nos observaba atentamente—. ¿Por qué no vas a cambiarte, Chase? Mientras tanto, Sloane y los otros delanteros están calentando. Bishop, ve con

tu amigo. No dejes que los chicos lo maten antes de que haya tenido la oportunidad de mostrar sus habilidades en el hielo.

Jordan asintió y me arrastró con él.

—Ven conmigo y no empeores las cosas.

De mala gana, le seguí. Pero no sin antes lanzarle a Shelby una última mirada amenazadora.

Estábamos a punto de ver quién utilizaba a quién cómo fregona para pulir el hielo. Desde luego, mi cara no besaría el hielo, eso estaba claro.

—Chase, tío, ¿por qué Shelby es tan malo contigo? —susurró Jordan alarmado mientras me empujaba hacia un pasillo poco iluminado no muy lejos de los vestuarios.

—¿No lo adivinas? —gruñí, cruzando los brazos delante del pecho.

—¿Te acostaste con su hermana? Tío, ¿estás loco?

—Los dos sabemos que me gusta Ruby desde la primera vez que la vi. Así que no entiendo por qué actúas tan sorprendido, Bishop.

Jordan golpeó la pared con el puño y se agarró la cabeza pensativamente, como si hurgara en ella en busca de recuerdos.

—Lo último que recuerdo es que os besasteis y luego ella no quiso saber nada más de ti. Eso fue hace unos dos años. Por el amor de Dios, ¿cómo la llevaste a la cama?

Resoplé.

—Esa es una larga historia para la que no tenemos tiempo en este momento. Tengo que cambiarme y entrar en el hielo. ¿Puedo contártelo esta noche? ¿Tomando una copa?

Jordan me miró con preocupación.

—Si crees que Shelby no cumplirá sus amenazas, Chase, estás muy equivocado. Hará todo lo posible para que no salgas del hielo de pie. Así que ponte en guardia y, sobre todo, quítate a su hermana de la cabeza.

—No puedo hacer eso, dije enfáticamente. —Y tampoco lo haré. Si consigo ganarme un contrato con los *Armadillos*, Shelby tendrá que aceptar el hecho de que estoy saliendo con su hermana.

—¿Y qué piensa Ruby? ¿Piensa lo mismo?

Me callé y bajé la mirada.

—Cierto, eso pensaba. Ella ni siquiera sabe de su felicidad todavía.

—Tío, Bishop, ¿por qué no dejas de estresarme? Una cosa a la vez, ¿de acuerdo? Primero acabaré con este entrenamiento de prueba y luego hablaré con Ruby.

—¿Y si ya no le gustas?

—Entonces seguiré intentando convencerla hasta que cambie de opinión.

La expresión de Jordan se transformó en una sonrisa pícara.

—¿Qué?, le pregunté, molesto.

—Estás enamorado. Chase Solomon estás colado, se burló de mí.

—Sí, lo estoy. Y lo mantengo. Se lo diré a quien quiera saberlo y a quien no. Pero antes de hacerlo, voy a poner el culo en el hielo y conseguir ese contrato profesional. Porque si no estoy cerca de Ruby, no podré demostrarle cada día lo que la quiero.

CAPÍTULO 38

Ruby

ESTABA de pie junto a la ventana de la sala de propietarios, mirando con ansiedad lo que ocurría debajo de mí.

Los delanteros del *Armadillo* estaban calentando sobre el hielo, hundiendo numerosos discos en la red.

Mi corazón latía salvaje e incontrolablemente contra mis costillas al pensar que todos los delanteros del equipo estaban a punto de ser enviados tras Chase.

Chris me había ofrecido la posibilidad de ver el partido con él junto a la pista, pero yo había declinado la oferta.

No quería que Chase se distrajera con mi presencia y, por muy altruista que pudiera parecer, también intentaba protegerme.

Saber que Chase aparecería por aquí y que posiblemente jugaría para los *Armadillos* en el futuro me había convertido en un manojo de nervios durante las dos últimas semanas.

La única persona con la que podía hablar de mis sentimientos por Chase era Carly y le reconocí el mérito de haber prometido no decírselo a Jordan. Los dos solían compartirlo todo. No había secretos en su relación.

Pero como Chase era el mejor amigo de Jordan, me sentía muy incómoda ante la idea de que Jordan descubriera lo que yo sentía por Chase, cosa que Carly podía entender perfectamente.

Era una de las amigas más queridas y una de las mejores y más empáticas doctoras que uno pudiera desear, y no era para menos.

A cambio, Carly me había hecho prometer que hablaría con Chase y resolvería mis problemas con él.

Eso era exactamente lo que quería hacer después del entrenamiento de prueba para el que había venido.

Acababa de darme cuenta de que esto no le sentaba nada bien a Shelby cuando se comportaba como un hermano mayor con Chase.

No podía entender lo que los dos se decían, pero no parecía precisamente una fiesta de té amistosa.

Y por mucho que Shelby lanzara los discos a la red, no me cabía duda de que no se lo iba a poner fácil a Chase.

Mientras fuera justo, me parecía bien.

Chase apareció por fin en el hielo. Jordan lo acompañó y le dio unas palmaditas alentadoras en el hombro, sabiendo que serían rivales ya que estaban sobre el hielo.

Jordan Bishop también era uno de los delanteros del *Armadillo*.

Observaba cómo Chase calentaba y escuchaba cómo el entrenador le informaba de lo que

estaba a punto de ocurrir.

Uno de los delanteros recibía el disco y, junto con los demás delanteros, corría hacia la portería con la intención de meterlo.

El trabajo de Chase consistía en quitarles el disco.

Ni idea de cómo debía hacerlo. Porque aunque Chase era uno de los mejores defensas que yo conocía, jugaba en la universidad y hoy se encontraba mano a mano con los mejores delanteros de las Grandes Ligas.

Un esfuerzo bastante imposible.

Eso es exactamente lo que le dije a Chris, que sonrió y dijo que la verdadera tarea del jugador era no rendirse y demostrar su fuerza de voluntad.

Sólo que Chase no lo sabía.

Le dijeron que sólo conseguiría un contrato si lograba robar el disco a los demás jugadores.

—Eso aumenta la presión para que rinda —explicó Chris—. Queremos ver cuánto puede aguantar Solomon sin ceder ante la presión o perder los nervios.

Estudié con tensión el formato sobre el hielo. Observé cómo el equipo se alineaba y comenzaba la prueba.

Como era de esperar, a Chase le costó mucho y tardó en encontrar su ritmo.

No era para menos. Con cuatro delanteros atronando hacia mí con la clara intención de embestirme si no lo despejaba de buena gana, también tendría problemas para concentrarme en el juego, que claramente se estaba desarrollando en desventaja.

Justo cuando Chase intentaba quitarle el disco a Jordan, sonó mi teléfono móvil.

Eché un vistazo a la pantalla y estuve a punto de ignorar la llamada, pero cuando reconocí el nombre de mi padre, descolgué.

Mi padre nunca solía llamarme así. Así que tenía que ser importante.

—Hola, papá. ¿Estás bien?

—¿Cómo está Solomon? —preguntó mi padre, saltándose el saludo, encantador como siempre.

—¿Cómo voy a saberlo? —fingí ignorancia.

—Porque probablemente lo estés viendo ahora mismo. Así que dime: ¿cómo le va a mi jugador? ¿Está haciendo que Colorado College se sienta orgulloso?

Suspiré. De todos modos, mi padre se daría cuenta. Así que no tuve que jugar nada para él.

—Los demás se lo están haciendo pasar mal. Especialmente Shelby.

—Bueno, eso espero. Después de todo, Shelby tiene instrucciones claras.

Apreté más el teléfono contra mi oreja y amasé mi mano libre con inquietud.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué quieres decir? Shelby tiene instrucciones claras?

—Ha recibido instrucciones más de hacer la vida de Chase en el hielo lo más difícil posible.

—Papá —grité reprobatoriamente—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué haces esto? Chase debería recibir el mismo trato que los demás candidatos. No es justo ser más duro con él.

—Sí, lo es. Porque si hoy consigue imponerse a sus oponentes, sé que puedo confiarte a ti. Entonces sabré que es lo bastante fuerte, decidido y hombre para proteger a mi única hija. No creerás que voy a entregarte a los brazos de un debilucho, ¿verdad? El hombre que te consiga tiene que ganárselo, Ruby. Chase puede pensar que hoy se trata de su contrato profesional. Hoy se trata de todo, cariño. Es todo o nada.

—Cómo... cómo... yo... no lo entiendo—tartamudeé—. Creía que querías que me mantuviera alejada de los jugadores de hockey.

—Eso es lo que quiero. Pero después de que te arrastraras a nuestro alrededor como una

sombra de ti misma durante las vacaciones de Navidad y tu madre me recordara que ella también se casó con un jugador de hockey y que lo haría una y otra vez, me di cuenta de que quizá había exagerado un poco.

—Viene de familia —murmuré.

—Sólo quería lo mejor para ti, Ruby.

—Ya lo sé, papá. Pero dime, ¿está mamá a tu lado con una pistola apuntándote a la cabeza en este instante, o por qué me estás contando todo esto?

Mi padre soltó su risa oscura y penetrante que siempre me hacía sonreír a mí también.

—Te lo cuento porque sé que el chico quiere hablar contigo hoy. Me lo dijo sin rodeos cuando me llamó para comunicarme que los Armadillos estaban interesados en él y que volaba a Arizona para una prueba.

—¿Y me ibas a dar tu bendición o qué?

Mi padre refunfuñó malhumorado.

—No existe tal cosa como una bendición. Si se arrodilla delante de ti y te pide que te cases con él, se supone que debes negarte. ¿Lo has entendido? Aún eres demasiado joven para semejante tontería.

—Stephen Timothy Sloane —oí la voz de mi madre reprendiéndolo de fondo—. ¿De qué acabamos de hablar tú y yo?

Apretando los dientes, mi padre remó hacia atrás.

—Vale, como quieras. Si el chico te pide que te cases con él, dile que te lo vuelva a pedir dentro de cinco años. ¿Mejor así?

Mi madre se rió por lo bajo y yo también sonreí.

Aparte de ella, mi padre no escuchaba a nadie. Mi madre era pura magia y siempre convertía al gruñón y testarudo ex jugador profesional de hockey sobre hielo en un perro faldero obediente y bien educado.

No tengo ni idea de cómo lo conseguía.

—Gracias, papá —gemí—. Gracias por llamarme.

—Te quiero, Ruby.

—Yo también te quiero —gritó mi madre.

—¿Te parece mal que espere que Chase no salga hoy airoso y no consiga el contrato y, por tanto, no te consiga a ti? —susurró mi padre en voz tan baja que mi madre no pudo oírlo.

Yo sonreí.

—Adiós papá.

Suspiró hoscamente.

—Adiós pequeña.

Volví a guardar el teléfono en el bolsillo y volví a centrar mi atención en la pista.

Saber para qué estaba jugando Chase allí abajo, o más bien quién, me hizo salir del salón y bajar las escaleras a toda prisa.

Quería estar con él y cubrirle las espaldas mientras luchaba por nosotros y por nuestro futuro juntos.

Era lo menos que podía hacer, aunque me habría encantado entrar yo misma en ese hielo para apoyar en la Defensa.

Pero Chase Solomon tenía que ganar esta lucha solo.

CAPÍTULO 39

Chase

LA SANGRE me corría por los oídos. Podía sentir mi pulso latiendo fuerte contra mi cabeza. Mi respiración era rápida e irregular. Las piernas me temblaban ligeramente por el enorme esfuerzo de la última hora.

—Otra vez —grité decidido y volví patinando a mi posición inicial.

—¿Todavía no has tenido suficiente, novato? —se burló Shelby Sloane, empujando el disco delante de él.

—Sólo estoy calentando. ¿Ya estás cansado, viejo? —le provoqué, a lo que él chocó deliberadamente conmigo.

—Muy bien. Todo el mundo en posición —gritó el entrenador desde el borde de la pista.

Apunté a Shelby, decidido a quitarle el disco esta vez.

—No vas a conseguirlo —siseó.

—Ya lo veremos —le respondí.

Sonó el silbato y comenzó de nuevo la persecución infernal.

Me abalancé sobre Shelby, pero él lanzó el disco a la velocidad del rayo hacia el delantero de su izquierda, que corrió hacia la portería. Le perseguí para impedir que marcara.

La confusión le dejó sin una vía de tiro clara, por lo que devolvió el disco a Shelby, que patinaba en paralelo a él.

Embestí al delantero y patiné hacia Shelby, estirándome para detener el disparo.

—Vamos, Chase, dale una buena zurra al descarado de mi hermano —gritó una voz familiar a nuestro lado.

¡Ruby!

Su rugido me hizo sonreír bajo el casco a pesar del esfuerzo inhumano, pero no aparté los ojos del disco ni un milisegundo.

A diferencia de Shelby.

Sorprendido por la inesperada aparición de Ruby, giró la cabeza hacia ella.

Reaccioné con la velocidad del rayo y le robé el disco con mi stick, que disparé detrás de él.

Con todas mis fuerzas, me detuve en mitad del patinaje, me impulsé y patiné en dirección contraria como si me fuera la vida en ello.

Alcancé el disco, corrí con él hacia la portería contraria, desguarnecida, y disparé.

—Gooooooooo! —gritó Ruby con entusiasmo.

Su exclamación triunfal resonó en el estadio vacío y me hizo darme cuenta de que lo había conseguido.

Les había arrebatado el disco a los chicos y lo había metido.

Me quité el casco de la cabeza y caí de rodillas, escondiendo la cara entre las manos,

enrojecida por el esfuerzo, el estrés y la adrenalina. Intenté en vano calmar mi pulso y normalizar mi respiración.

—¡Eso no cuenta! Mi hermana me ha distraído —protestó Shelby con rabia.

Levanté la vista y le vi gesticulando salvajemente mientras se arrastraba hacia el borde de la pista.

Me levanté con dificultad y patiné hasta el borde de la pista, donde los chicos, el entrenador, Chris y Ruby me miraban.

Intenté acercarme a Ruby, pero su hermano me cerró el paso.

—Como he dicho, eso no cuenta —gruñó enfadado—. Has fracasado.

—No, tú has fracasado —gritó Ruby detrás de él.

Shelby le lanzó una mirada fulminante.

—¡Cállate, hermanita!

—Siempre has sido un mal perdedor —le espetó Ruby.

—Yo no perdí. Me distrajiste.

—Sloane —gritó el entrenador, llamando la atención de todos.

—¿Señor?, Shelby y Ruby hablaron al mismo tiempo, haciendo que el entrenador pusiera los ojos en blanco.

—Shelby Sloane. ¿Qué te hace pensar que el tiro a puerta de Solomon no cuenta?

Shelby señaló a su hermana con la barbilla.

—Porque ella lo animó y me distrajo.

La cara del entrenador se ensombreció. Miró a Shelby mordazmente y me alegré de no estar en su lugar.

—Así que si pierdes el disco en el próximo partido de las Grandes Ligas porque alguien está animando al equipo contrario y te distrae, eso es ilegal en tu opinión, ¿verdad?

—Eso es completamente diferente —se quejó Shelby.

—Cállate —tronó el entrenador—. Cuando estás en el hielo, lo único que importa es el partido. No te interesa nada de lo que ocurre fuera del hielo. No le prestas atención. Lo ignoras. Si no puedes hacer eso, no tienes nada que hacer en la liga profesional, ¿entendido?

Shelby apretó tanto los labios que se le pusieron blancos y asintió apenas perceptiblemente.

—No te he oído. ¿Qué has dicho? —refunfuñó impaciente el entrenador.

—Sí, entrenador —murmuró Shelby mansamente.

—Bien, ahora tú. —El entrenador me señaló con el dedo índice—. Buena lucha, novato. No te lo pusieron fácil, pero te mantuviste atento. Incluso cuando los profesionales se distrajeron.

Escuché en silencio al entrenador del *Armadillo*. No dije nada en respuesta a sus elogios porque no sabía si sería apropiado.

—Creo que puedo utilizar al chico —le dijo a Chris Channings—. Es duro y resistente. Puedes ficharle.

—Si tú lo dices. —Chris me guiñó un ojo y sonrió—. Ya ha pasado el reconocimiento médico esta mañana y el dueño de los *Armadillos* confía en mi criterio.

El entrenador se volvió hacia mí.

—Ya has oído las noticias. Si todavía quieres jugar para los *Armadillos de Arizona*, Chris firmará el contrato.

Se me nubló la vista al oír esa frase porque tantas emociones chocaron con un estruendo.

Pura felicidad. Desconcierto total. Agotamiento sin límites. Tensión decreciente. Y... la comprensión de que todavía había algo que tenía que resolver antes de firmar el contrato.

Sentí la mano de Jordan tocándome el hombro. Oí su voz felicitándome y diciéndome lo

mucho que le hacía ilusión volver a jugar en un equipo conmigo.

Oí a Shelby discutiendo con su hermana.

Oí los murmullos apagados de los otros delanteros que se alejaban ruidosamente del hielo.

Pero fueron mis propias palabras las que me devolvieron bruscamente al presente y a la tierra.

—Sólo firmaré este contrato con una condición.

CAPÍTULO 40

Ruby

LAS PALABRAS de Chase me dieron una pausa en el acalorado intercambio con mi hermano.

¿Qué quería decir con que sólo firmaría el contrato profesional con los *Armadillos* con una condición?

¿De qué condición hablaba y por qué ponía condiciones?

Poder jugar con los *Armadillos* era el premio gordo para un universitario. No había condiciones, simplemente aceptabas cualquier condición que te pusiera el equipo.

Por la reacción de Chris, me di cuenta de que pensaba lo mismo. Enarcó las cejas sorprendido y miró a Chase con una mezcla de curiosidad e interés.

—¿Y cuál sería esa condición? —preguntó.

Chase me miró con expresión petrificada y... sonrió. Efectivamente. Su expresión tensa y decidida se transformó en su típica sonrisa descarada.

—Quiero un permiso por escrito para salir con un miembro del equipo. Oficialmente. Y sin que se la castigue por ello, o incluso sólo se la mire estúpidamente. Debe ser tratada como lo que es: un miembro del equipo con talento, con todas las de la ley y muy trabajadora.

—¿Estamos hablando de la señorita Sloane? —Chris sonrió y me miró.

Sentí que se me calentaban las orejas bajo su mirada divertida.

¿Qué demonios estaba haciendo Chase?

—Sí, eso es lo que estamos haciendo. Quiero convencer a Ruby de que me entregue su corazón. Pero sólo puedo hacerlo si el equipo aprueba oficialmente mis intenciones. Porque lo que no quiero bajo ningún concepto es que Ruby se vea desacreditada o perjudicada por una relación conmigo.

La sonrisa de Chris se ensanchó. Y mis orejas se calentaron.

Es más, podía sentir la penetrante mirada de Shelby sobre mí.

—Bien, como quieras. Haré que quede escrito en el contrato que el equipo aprueba oficialmente una relación entre tú y la señorita Sloane. —Chris me señaló—. Pero que la señorita Sloane entregue su corazón y a quién lo haga depende de ella. Me temo que no puedo obligarla a hacerlo contractualmente.

Chase asintió con satisfacción.

—Trato hecho.

—Hola —grité, saludando—. ¿También puedo opinar?

Chase se acercó a mí con una sonrisa y se quitó los guantes.

Me acarició la mejilla con sus dedos brillantes y calientes.

—Por esta vez, no. Si quieres que juegue para los *Armadillos*, esa cláusula va en el contrato.

Y como trabajas para este equipo, debería interesarte que juegue para ellos.

—Así que saldrás conmigo, ¿o qué? —resoplé.

—Por eso también. Pero sobre todo porque no puedes permitir que otro equipo de las Grandes Ligas me fiche. Uno que pueda amenazar a los *Arizona Armadillos* en la lucha por el campeonato.

—Tienes muy buena opinión de ti mismo, ¿verdad? —me burlé de él.

Chase me guiñó un ojo.

—Hoy has visto por ti misma que tengo lo que hay que tener. Este objetivo...

—Sólo tienes que agradecermelo —bromeé, mordiéndome el labio inferior para mantenerme medio seria.

—Eso es lo que he dicho: tú y yo formamos un equipo de primera. Por eso exactamente quiero salir contigo, nena. Y oficialmente. Quiero que todo el mundo sepa que sólo te quiero a ti.

—Pero... creía... creía que pensabas que era una cobarde —tartamudeé.

—Fuiste cobarde cuando te marchaste sin despedirte de mí. Pero también fui cobarde cuando no admití lo que sentía por ti y te alejé. Así que en lo que a eso se refiere, estamos en paz. Sugiero que ambos seamos valientes a partir de este momento. Juntos.

Alguien carraspeó detrás de mí.

Había olvidado por completo que no estábamos solos, sino en medio del estadio y rodeados de oyentes no deseados.

Shelby se puso a mi lado y entrecerró los ojos amenazadoramente.

—Te das cuenta de que si metes la pata con mi hermana, será tu última oportunidad, ¿verdad? Si llora una sola lágrima por tu culpa, me aseguraré personalmente de que lo lamente el resto de tu insignificante vida. Así que piensa cuidadosamente si realmente vas en serio con ella. Porque el precio que tendrás que pagar si no lo haces es condenadamente alto.

Para mi sorpresa, Chase sonrió a mi hermano en lugar de abofetearle por su comportamiento alfa o mojarle los pantalones de miedo.

—Advertencia recibida. Sé en lo que me estoy metiendo.

Shelby lo miró en silencio durante un rato.

Finalmente, alargó la mano y se la tendió a Chase en señal de invitación.

—Bien. Bienvenido a la familia.

Chase cogió la mano de mi hermano y la estrechó.

—Gracias, tío.

—Está bien —refunfuñó—. Hoy lo has hecho bastante bien.

Sonreí. Probablemente no recibiría un cumplido mejor de Shelby.

—Muy bien —entonces, Chris dio una palmada—. Dúchate, cámbiate y vuelve a mi despacho, Solomon. Finalizaré el contrato mientras tanto.

Chase asintió.

—Gracias, señor.

Los demás jugadores, el entrenador y Chris se marcharon. Sólo Jordan se quedó un momento con nosotros.

—Muy valiente, colega —se rió y le dio una palmada en la espalda a Chase—. Tienes pelotas.

Chase me apretó contra su pecho acolchado y apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Por lo que estoy luchando vale la pena. Y no me refiero a mi carrera en el hockey.

—Sí, merece la pena luchar por amor —coincidió Jordan con él.

Y si alguien podía decir eso con convicción, era Jordan. Porque él y Carly habían tenido que

luchar increíblemente duro por su amor, caracterizado por golpes del destino.

—Deberíamos celebrarlo. Justo después de que firmes tu contrato esta noche. Recogeré a Carly en la estación de autobuses y luego os llevaré a todos a cenar. ¿Qué te parece? —sugirió Jordan.

Asentí con entusiasmo y Chase también estuvo de acuerdo.

Jordan levantó la mano en señal de despedida y siguió a los demás jugadores por el túnel hacia los vestuarios.

Me volví hacia Chase y le miré.

—Así que una relación monógama, ¿eh? ¿Estás seguro de que esto es para ti?

—Me has arruinado para todas las demás mujeres, nena. Sólo te quiero a ti. Y tanto de ti como sea posible. ¿Por qué no vamos a tu despacho, cerramos y vamos directamente al asunto?

Sacudí la cabeza reprobatoriamente y solté una risita.

—Estamos en el trabajo.

—¿Y qué? —sonrió Chase—. Todos los empleados tienen derecho a un breve descanso. A mí tampoco me llevará mucho tiempo y te prometo que te pondrás como un cohete.

Me cogió la cara con las manos y se inclinó hacia mí.

Acercó sus labios a los míos con avidez y gimió suavemente cuando los abrí para él.

El fuego y el hielo me inundaron, provocándome sofocos y escalofríos al mismo tiempo.

El suelo bajo mis pies empezó a desmoronarse y, si Chase no me hubiera sujetado, se me habrían doblado las rodillas.

Nunca en mi vida me habían besado así.

Exigente. Intenso. Desesperado. Devoto.

—Te he echado tanto de menos —murmuró Chase sin aliento contra mis labios—. Y no veo la hora de volver a estar contigo.

Me acurruqué contra él, lo que resultó un poco difícil debido a su atuendo, y cerré los ojos.

Chase me acarició el pelo y me besó la coronilla.

—Tú y yo, nena. Juntos vamos a arrasar en el mundo del hockey.

Sonreí y susurré.

—Mientras estemos juntos.

Porque eso era exactamente lo que quería: estar con Chase Solomon y pasar la vida a su lado.

Epilogo ~ Chase

8 MESES DESPUÉS

Miré hacia la sala VIP y vi a Ruby, que aplaudía eufórica y me miraba radiante.

Había jugado mi primer partido con los *Arizona Armadillos* e incluso había conseguido ganar, después de que al principio no lo pareciera. Estuvimos por detrás hasta el final del segundo periodo, pero conseguimos decantar el partido a nuestro favor en el último periodo.

Disfruté de los atronadores aplausos y vítores del público, aunque sólo tenía ojos para uno de ellos: Ruby. Mi novia.

Llevaba dos meses viviendo en Phoenix y, aunque Ruby se había negado a mudarse conmigo, me había permitido alquilar un piso en el mismo edificio que el suyo.

Eso le facilitaría la mudanza.

Ella aún no sabía de su buena suerte, pero yo estaba decidido a convencerla para que se mudara conmigo antes de fin de año. Después de todo, pasábamos juntos casi todos los minutos libres.

Y estábamos en el mismo edificio, casi en la misma planta. Así que podíamos ahorrarnos el paseo de dos minutos e irnos a vivir juntos enseguida.

Porque estaba claro que, de todas formas, no dejaría marchar a esta mujer.

Con su fuerza de voluntad, su inteligencia, su rapidez mental y su belleza, últimamente me tenía en el bolsillo.

Ella era mi roca en la que siempre podía confiar. Me decía la verdad cuando nadie lo hacía, por muy dura que fuera. Me atrapó cuando caí. Y me utilizaba con una perseverancia que me había llevado a mis límites físicos más de una vez.

—¡Chase! —Jordan patinó hacia mí y chocó los cinco—. Carly y yo vamos a salir a cenar después del partido para celebrarlo. Un delicioso filete con una porción exagerada de patatas fritas y una cerveza helada. ¿Queréis venir Ruby y tú?

Me lo pensé.

Ruby había prometido recompensarme si ganaba el partido esta noche. Y como no tenía que trabajar el domingo, su recompensa sería muy generosa y podría durar media noche.

Un pequeño refrigerio realmente no podía hacer daño.

—Suenan bien, amigo. Nos apuntamos —dije y patiné una vuelta de honor junto a Jordan.

—Impresionante, ¿verdad? —gritó Jordan por encima del rugido de la multitud—. ¿Alguna vez pensaste que jugaríamos delante de 20.000 personas y que nuestras caras saldrían en la tele?

Sacudí la cabeza y agradecí que mi casco ocultara mi cara todo lo posible, porque lágrimas calientes me escocían los ojos.

Realmente lo había conseguido.

No. Lo habíamos conseguido. Jordan y yo.

Mi mejor amigo y yo habíamos hecho realidad nuestro sueño de una carrera profesional en el hockey.

¿Qué posibilidades había?

Y sin embargo, habíamos desafiado todas las probabilidades y nos negamos a desviarnos de nuestro camino.

Hubo muchos momentos en los que dudamos. Y aún más momentos en los que otros dudaron de nosotros. Intentaron convencernos de que nunca lo lograríamos. Que vivíamos en un mundo de fantasía que tarde o temprano explotaría como una pompa de jabón.

Pero en el fondo de nuestros corazones, sabíamos la verdad. Y si simplemente escuchamos la voz tranquila que nos habla desde el corazón, seremos capaces de desafiar todas estas adversidades. Porque al final, el único límite es el que nos imponemos a nosotros mismos.

Jordan y yo salimos patinando del hielo y nos dirigimos a los vestuarios, donde ya nos esperaban Carly y Ruby.

—Hola, campeones —nos saludó Carly riendo—. ¿Seguís solteros?

—¿Por qué? —preguntó Jordan, sonriendo.

—Porque me encantaría robarte un beso y mi amiga aquí presente —señaló a Ruby—. piensa que su pareja es totalmente sexy.

—Así que crees que soy sexy, ¿verdad? —murmuré con voz ronca y tiré de la risueña Ruby hacia mí.

—Mmm. Mucho.

Le mordisqueé el cuello, saboreando cómo se convertía en cera caliente y suave entre mis manos.

—Jordan me preguntó si podíamos cenar con Carly y él y le dije que sí. Pero esos pezones duros y redondos que asoman bajo tu blusa realmente necesitan mi atención. Quizá sea mejor que cancele lo de Jordan —susurré con voz ronca al oído de Ruby y acaricié despreocupadamente con los dedos sus erectos capullos, a los que les encantaba que los chuparas con avidez.

Ruby me agarró la cara y me besó con fiereza.

—No creo que vaya a llegar a casa. Estabas tan increíblemente caliente en el hielo —susurró, respirando agitadamente contra mis labios.

Disfruté de su excitación y de sus dulces cumplidos, con los que normalmente era muy parca.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer con mi novia sexy? —me burlé de ella y le robé otro beso.

—Para bien o para mal, tendré que aguantar hasta después de cenar —suspiró—. Nos vemos en el coche dentro de media hora.

Le di una palmada cariñosa en el trasero y me separé de ella de mala gana.

Jordan seguía besándose con Carly como si estuviera ebrio y decidí no perturbar su felicidad.

Si terminaba de ducharme antes que él, tendría más tiempo para dedicarme a las necesidades de mi novia en el coche y así ella podría relajarse, quedar satisfecha y acurrucarse en mis brazos durante la cena mientras me susurraba lo mucho que me quería.

Ah, sí. Eso sonaba como un plan maestro absoluto.

Y un final perfecto para un día perfecto.



¿Aún no has tenido suficiente de estos dos?

*Suscríbete a mi boletín de noticias [AQUI](#) y consigue un **capítulo extra exclusivo** de la historia de Chase y Ruby. También puedes escanear este **código QR**.*



Download Here

MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de automovilismo. A los fans de Drive to Survive les encantará.

Titan Racing 1 – Nunca te enamores del jefe: Allegra & Hunter

Titan Racing 2 – Nunca beses al adversario: Riley & Dante

Titan Racing 3 – Nunca te cases con el multimillonario: Dakota & Grayson

Titan Racing 4 – Nunca te acuestes con el enemigo: Kenzie & Cesare 1

Titan Racing 5 – Nunca tengas un bebé con el director general: Kenzie & Cesare 2

La serie Colorado College:

Amor prohibido sobre el hielo

Besos prohibidos sobre el hielo

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas [AQUÍ](#). También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College, **además de un capítulo extra** exclusivo de este volumen, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este código QR:



También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: [avaavery.autorin](#)

Ava en TikTok: [@avaavery.books](#)

Antes de partir

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada:

Depositphotos.com

Photo ID & Credit:

41582277, mandrixta

93290756, digital-clipart

60191977, sakkmasterke

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Alemania

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com